

# EN LAS GRIETAS DE UNA PANDEMIA: EXPERIENCIAS, PRECARIIDADES Y GOBIERNOS

**Ana Vergara del Solar**  
**Mauricio Sepúlveda Galeas**  
**Jorge Vergara del Solar**  
**(editores)**



  
EDITORIAL  
USACH

Colección  
**FAHU**  
Facultad de Humanidades



**En las grietas de una pandemia:  
experiencias, precariedades y gobiernos**

**En las grietas de una pandemia: experiencias, precariedades y gobiernos**

Ana Vergara del Solar, Mauricio Sepúlveda Galeas y Jorge Vergara del Solar (editores)

El presente libro, bajo la supervisión del Comité Editorial FAHU, fue sometido a revisión por pares externos (peer review) especialistas en el área de investigación.

© Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2023

Av. Víctor Jara 3453, Estación Central, Santiago de Chile

Tel.: +56 2 2718 0080

[www.editorial.usach.cl](http://www.editorial.usach.cl)

© Ana Vergara del Solar, Mauricio Sepúlveda Galeas y Jorge Vergara del Solar , 2023

© de la fotografía Nelson Muñoz

I.S.B.N. edición digital: 978-956-303-660-2

Director editorial: Galo Ghigliotto G.

Edición: Consuelo Olguín A.

Diseño y diagramación: Andrea Meza V.

Diseño de colección: Ana Ramírez P.

Corrección de textos: Luz María Astudillo U.

Primera edición, diciembre 2023

La presente obra se encuentra liberada bajo una

Licencia Creative Commons Atribución



**Ana Vergara del Solar**  
**Mauricio Sepúlveda Galeas**  
**Jorge Vergara del Solar**  
(editores)

**En las grietas de una pandemia:**  
**experiencias, precariedades y gobiernos**



Colección  
**FAHU**  
Facultad de Humanidades



La Colección FAHU es una iniciativa de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile, iniciada el año 2021, cuyo propósito es difundir estudios en torno a las Artes, Humanidades y Ciencias Sociales. Todos los trabajos de esta colección han sido evaluados en su pertinencia por el Comité Editorial de la Facultad de Humanidades y sometidos a revisión por pares externos y externas, sugeridos y sugeridas a partir de su trayectoria y relación con los ámbitos y líneas de investigación tratados.

El interés de la Facultad de Humanidades es poner a disposición los libros con acceso abierto, promoviendo la circulación de sus planteamientos y su relación con diversos colectivos y personas interesadas en las temáticas abordadas. Esperamos que esta colección sea un aporte al desarrollo de la investigación en las distintas disciplinas.

Jefe Oficina Editorial  
César Zamorano

Comité editorial colección FAHU

Claudia Córdoba	Rolando Álvarez
Jaime Retamal	Juan Pablo Arancibia
Sylvia Contreras	Antoine Faure
Alfonso Dingemans	Pedro Reyes
Lucía Dammert	Verónica Rocamora
Mauricio Olavarría	Ana María Fernández
Marcelo Díaz	Claudia Calquín
José Sebastián Briceño	Dante Castillo
Hernán Neira	Rosa Basaura
Hernán Venegas	Edinson Muñoz
Rafael Chavarría	Sebastián Reyes



# Índice

Introducción en tres actos Mauricio Sepúlveda Galeas, Jorge Vergara del Solar y Ana Vergara del Solar.....	11
1. La irrupción pandémica: de la precarización neoliberal al estallido Ana Vergara del Solar y Mauricio Sepúlveda Galeas .....	25
2. Cuerpo y corporalidades en el acontecimiento pandémico Daniela Leyton Legües, Carolina Peixoto y Germán Lagos Sepúlveda.....	51
3. Precariedad y vulnerabilidad: hacia una ontología política del malestar subjetivo en tiempos de COVID Claudia Calquín.....	65
4. La dimensión material de la subjetividad: lugares y cosas en tiempos de COVID-19 Cristian Ortega Caro, Fabiola Ibáñez Carrillo, Héctor Solórzano Navarro y Angélica Barra Pérez.....	83
Reflexiones finales Félix Aguirre.....	105
Sobre las y los autores .....	119
Agradecimientos.....	125



## Introducción en tres actos

Mauricio Sepúlveda Galeas  
Jorge Vergara del Solar  
Ana Vergara del Solar

Los capítulos que conforman este libro están basados en el estudio “Familias en tiempos de COVID-19: experiencias desafíos y respuestas de las familias en contextos de desigualdad social” llevado a cabo entre 2020 y 2021 y el que fue financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID). Dicho trabajo formó parte de un proyecto más amplio que involucró, además de Chile, a otros nueve países (Argentina, Estados Unidos, Pakistán, Reino Unido, Rusia, Singapur, Sudáfrica, Suecia y Taiwán) y estuvo liderado por el Instituto de Educación de la University College London (UCL). Nuestra investigación tuvo como objetivo general comprender los cambios en la vida cotidiana generados por la pandemia, en tanto fenómeno sociosanitario complejo, y la producción de significados asociada a ella por parte de familias en contextos de diversidad cultural y desigualdad social en cuatro regiones de Chile (I, IV, VIII y RM).

En la Primera Región, el estudio fue desarrollado por un conjunto de cuatro investigadores e investigadoras de la Universidad Arturo Prat, liderado por Cristián Ortega, y en el que colaboraron también Angélica Barra, Fabiola Ibáñez y Héctor Solorzano. En la Quinta Región, lo llevó a cabo un equipo de la Universidad de Valparaíso, encabezado por Juan Pablo Pinilla, con la inclusión de Félix Aguirre y Ketty Cazorla. En la Región Metropolitana, por su parte, la investigación fue conducida por Ana Vergara, de la Universidad de Santiago, participando asimismo Claudia Calquín, de la misma universidad, Mauricio Sepúlveda, de la Universidad Diego Portales, y José Antonio Román, de la Universidad Tecnológica Metropolitana. Por último, en la Octava Región, el estudio fue coordinado por Daniela Leyton y participaron además Jorge Iván Vergara, Germán Lagos y Carolina Peixoto, todos de la Universidad de Concepción.

En términos de diseño, el estudio utilizó un método de orientación etnográfica, mientras las estrategias de trabajo de campo y de recolección de información se guiaron por los principios de la investigación multimétodo. Se consideraron la etnografía multimodal —a través de la plataforma *online* Indeemo—, junto con entrevistas en profundidad de manera remota, dado el contexto de la pandemia por COVID-19. La producción de información se llevó a cabo entre los meses de septiembre de 2020 y enero de 2021, y participaron 38 familias residentes en Iquique, Valparaíso, Santiago y Concepción.

En cuanto a los contenidos del libro, cada capítulo aborda un tema central: la irrupción de la pandemia en las condiciones adversas de la modernización neoliberal, la cuestión de la corporalidad o *embodiment*, el malestar de los sujetos bajo la precariedad y la vulnerabilidad y la materialidad asociada a la pandemia. Las perspectivas de análisis son variables, pero todas reconocen la complejidad del fenómeno y buscan integrar distintos niveles y aspectos. En efecto, los estudios aquí incluidos buscan comprender la subjetividad social en relación con condiciones estructurales dinámicas, no estáticas, o sea, donde los sujetos se constituyen en actores capaces de reflexividad y acción, pero limitados siempre por circunstancias externas, políticas, culturales y económicas y por sus propias trayectorias vitales y relaciones. En consecuencia, aunque los apartados no constituyen una unidad temática y teórica, existen aspectos comunes.

En primer lugar, todos los trabajos buscan comprender la pandemia de COVID-19 desde la perspectiva de las condiciones políticas y económicas previamente existentes. La aparición de la pandemia en marzo de 2020 no se dio en un vacío social, sino que se articuló con las condiciones adversas producto de varias décadas de políticas neoliberales y la emergencia del llamado estallido social en todo Chile desde fines del año anterior. Existe también consenso en que la pandemia significó un reforzamiento de la desigualdad, de la precariedad y del malestar. Se resalta también la debilidad de las políticas sociales, orientadas a la focalización en los sectores más pobres y la tardía respuesta del gobierno de Sebastián Piñera, que tendió además a favorecer el mantenimiento del aparato productivo, exponiendo al contagio a los sectores más precarizados laboralmente, entre otros aspectos centrales.

La falta de una política gubernamental apropiada llevó a las familias a buscar soluciones por su propia cuenta. La experiencia habitual de catástrofes en nuestro país ayudó a las familias a sobrellevar la pandemia. Sobre todo, las familias se ayudaron entre ellas intentando proteger su sa-

lud, además de garantizar estudios y trabajos; en otros casos, moviéndose al borde de la supervivencia. Este giro hacia el interior de las familias conllevó estrategias tanto sanitarias, económicas y de relacionamiento entre sus miembros. Los estudios subrayan el hecho de que las familias pudieron recrear rutinas previas y crear otras nuevas para también tener una buena convivencia, en ocasiones mejor que antes de la pandemia. También resultó notorio el hecho de que la familia constituye una familia extendida, apoyando a otros miembros fuera del hogar, sobre todo adultos mayores, que fueron objeto de preocupación y cuidado.

No obstante lo anterior, la realidad de la pandemia tocó muy profundamente los hogares chilenos. La responsabilización individual-familiar por salir adelante operó, en muchos casos, como una suerte de revictimización perversa por parte de un Estado ausente.

El mundo familiar adquirió también otras connotaciones alrededor de los objetos, que, desde las perspectivas de los nuevos estudios sociales de la ciencia, están en diálogo e interactúan con nosotros permanentemente y representan partes de un *ser en el* mundo simbólico y material a la vez. Asimismo, desde la perspectiva de la corporalidad, fueron abordadas las repercusiones de las restricciones impuestas a la movilidad habitual de los sujetos y las relaciones entre la vida familiar, las políticas sanitarias y la vida cotidiana. No menos importante, todos los autores subrayan la incertidumbre asociada a la situación pospandémica, planteando la duda de si las condiciones existentes durante ella se mantendrán o se producirá una posible modificación positiva en el ámbito de las políticas públicas.

A continuación, buscaremos describir el proceso pandémico, es decir, desarrollar un análisis crítico en torno a ciertos ejes temporales y sociales significativos, como un drama en tres actos: enigma, dolor y desnudez, que remiten a otras tantas formas de vivir y enfrentar la pandemia.

## Primer acto: el enigma

Apostados en nuestros hogares, que arden de hacinamiento e incertidumbre de un extremo al otro, los sanos sentimos en la cara las olas vivas del calor del incendio pandémico. Las recibimos como algo que nos resguarda, como antes habían sido las paredes del trabajo, prisión y seguridad al mismo tiempo. Nos mantuvimos juntos, como en una yerra confirmatoria de que somos una familia. Amasamos el pan y barajamos las cartas, apretados como rebaños. Ninguno quería ser la oveja perdida, o el animal enfermo, porque de antemano sabíamos que no había ni pastor que nos devolviera al rebaño, ni médico que espantaré la muerte.

*Diario inédito de una pandemia*  
Mauricio Sepúlveda Galeas

Así vivimos el encierro, entre toques de queda e inefables cuarentenas dinámicas decretadas por el Gobierno. Así vivimos, en un estado de excepción que se extendió durante un año y medio, convirtiéndose —como dice Walter Benjamin— en la regla<sup>1</sup>. Así vivimos el confinamiento, sin poder disfrutar de esas migajas de tiempo de ocio a las que nos hemos acostumbrado los hombres y mujeres de “esfuerzo”. Así vivimos la quimera del distanciamiento, transportados en vagones y buses como ganado, con el aliento contagioso de otros a centímetros de nuestro rostro para cumplir con nuestros trabajos “esenciales” como la distribución y entrega de productos.

Buscamos aquí ofrecer una imagen del fenómeno pandémico, tal como fue experimentado por la sociedad chilena, en particular por sus familias. Una pandemia es un acontecimiento, una enfermedad y una dolencia, que proyecta una determinada imagen en torno a la cual no sólo coexisten interpretaciones distintas, sino que también compiten entre ellas (Delanty, 2021). Si bien es cierto que, en determinadas ocasiones, la imagen puede ser más aterradora que la enfermedad y que puede dañar a muchos, pero no a todos, sus consecuencias desastrosas terminan afectando a todos. En el mismo sentido, los resultados de nuestra inves-

<sup>1</sup> “La tradición de los oprimidos nos enseña que el estado de excepción, en el cual vivimos, es la regla” (Benjamin, ca. 1942, Tesis VIII).

tigación corroboran el hecho de que la pandemia del COVID-19, dada sus implicancias sanitarias y políticas, adquirió para los afectados el significado de un acontecimiento, al menos desde dos planos: como ruptura del curso normal o natural de las cosas y como experiencia cuya plena significación se nos escapa.

El carácter oblicuo de la significación parece dar la razón a Jacques Derrida (1977) cuando plantea que no hay acontecimiento digno de ese nombre, sino allí donde esta apropiación se topa con un límite, con una frontera. Se trata también de un espacio transitivo porque el acontecimiento parece insubordinarse a toda recuperación o captura saturada de sentido y no puede ser reducido o clausurado. Su única marca, señala Dosse (2012), es ser el mismo, siempre más acá o más allá de su determinación. Estamos ante una construcción narrativa, lo cual implica que, al entrar en el movimiento de su relato, el acontecimiento pierde su neutralidad impersonal y, en una dirección opuesta, nos invita a valorar la parte subjetiva, esa parte de la aprehensión personal e individuada puesta en juego a propósito de su acto narrativo.

No menos importante, el acontecimiento es palabra y concepto a la vez. Como palabra, permite al sentido común designar la pandemia y calificarla como un hecho novedoso y terrible, mientras que su naturaleza conceptual está anclada en el saber histórico-filosófico y es utilizado para referirse a la ruptura y singularidad, a la imposibilidad de su completa aprensión y comprensión. Señala, así, una insuficiencia de las capacidades racionales para comprender el sentido de la pandemia como novedad histórica, sobre todo al inicio. Dicha carencia va siendo llenada por la asimilación con catástrofes previas y muy frecuentes en Chile, como los terremotos y maremotos. Esa experiencia, tan presente en los chilenos desde su infancia, sirvió como modelo para enfrentar la pandemia, que fue así adquiriendo, conforme el paso del tiempo, características comunes y conocidas, sin perder nunca del todo su carácter enigmático.

## Segundo acto: el dolor

A fines del 2020 me escribió vía WhatsApp: “Qué lata todo lo que está sucediendo. Hay que tener paciencia para esperar que todo pase, y fuerza para resistir”. Hoy releo esta suerte de memorial del distanciamiento social que nos dejó la pandemia.

A decir la verdad, no sé si fue su paciencia o su resistencia la que se agotó. Apenas unos meses después de haberme escrito ese mensaje, estando a 1.900 kilómetros de ella, después de doce horas de infructuosas llamadas telefónicas e intentos de comunicarme con ella, unos amigos lograron, con la ayuda de la fuerza pública, ingresar a su casa. Sentada en un sofá con su camión de dormir de costumbre, su tasa de té enfriada como nunca lo estuvo antes, control remoto de TV en mano, barajas de cartas esperando el juego de carioca cotidiano, esta vez suspendido para siempre, allí estaba ella, muerta. En el certificado de su defunción se señalaba como motivo de muerte “infarto al miocardio fulminante”. Yo lo taché y aún lo sigo haciendo. Sobre esas letras impersonales, iguales a la de los partes policiales o certificados de antecedentes, corrijo y escribo: motivo de muerte de mi madre: la pena”

*Diario inédito de una pandemia.*  
Mauricio Sepúlveda Galeas.

Los estudios sociales de las enfermedades infecciosas tradicionalmente se han centrado en los aspectos políticos, sociales y culturales de los medios empleados en el control de las pandemias y sus impactos asociados. Algunos han llamado la atención sobre la continua discriminación y estigmatización de los grupos sociales identificados como “contaminantes” y que suponen un riesgo para los demás, lo que a menudo implica juicios morales sobre su valor como seres humanos (Nelkin y Gilman, 1991; Rosenberg, 1988). Otros se han centrado en las dimensiones macropolíticas de los riesgos sanitarios en las sociedades contemporáneas, llamando la atención acerca de las relaciones existentes entre las estructuras socioeconómicas y las desigualdades que afectan el estado de salud de los distintos grupos sociales. Considerados en conjunto, dichos estudios nos ilustran acerca de las dos grandes caras del fenómeno: las dimensiones

simbólicas asociadas a estos tipos de enfermedades y, por otro lado, sus dimensiones estructurales.

En las últimas décadas este campo de estudios ha experimentado importantes cambios. Entre ellos cabe destacar la ampliación en los procedimientos analíticos hacia las llamadas nuevas materialidades, las narrativas del contagio y las tecnologías biopolíticas. Algunas de estas investigaciones han tenido una orientación etnográfica, intentando establecer un vínculo entre las dimensiones estructurales y simbólicas arriba señaladas. Al respecto, han subrayado la dimensión performativa de las prácticas de gobierno, así como sus efectos en la producción de subjetividades y su entrelazamiento con las políticas de la experiencia en el marco de los procesos de salud/enfermedad asociados a las epidemias y pandemias, en este caso, el COVID-19.

Los cambios experimentados en los estudios sociales de las enfermedades contagiosas venían gestándose desde mucho antes del inicio de la pandemia de COVID-19. Las crisis del SIDA (1984) y del Ébola (2014), así como la secuencia de variantes del NH1, constituyeron los momentos en los cuales dichas transformaciones adquirieron relevancia y pertinencia. Estas experiencias habían demostrado que, si bien todo el mundo había estado en riesgo de contraer el COVID-19 y experimentar su impacto negativo en la salud e incluso morir, en los hechos, los grupos sociales más desfavorecidos no sólo tienen más probabilidades de enfermar, sino que también sufren más daños. En efecto, las poblaciones más desventajadas social y económicamente, como lo corrobora nuestra propia investigación, se ven obligadas a correr riesgos que otros sectores pueden eludir y experimentan mayores daños relacionados con la pandemia.

Consideramos, pues, que la pandemia del VIH-SIDA y, más tarde, la del Ébola, pusieron en evidencia la inextricable relación entre vulnerabilidad estructural y la distribución de la morbi-mortalidad. Como lo ha señalado Paul Farmer, es un “error banal” suponer *que una pandemia afecta a todas las personas por igual*, como si ante la llegada del coronavirus, no siendo ninguno de nosotros inmunes, estamos todos en riesgo, y, por lo tanto, el COVID-19 nos habría puesto en un plano de igualdad. La pintoresca idea de que los patógenos respiratorios no discriminan —porque todos respiramos— es falsa en lo que respecta a este nuevo coronavirus<sup>2</sup>.

2 O, como lo señala Judith Butler, discriminan unos seres humanos a otros: «El virus por sí mismo no discrimina, pero nosotros humanos seguramente lo haremos, formados y animados como estamos por los poderes entrelazados del nacionalismo, el racismo, la xenofobia, y el capitalismo» (2020).

Por esto, Farmer (2005, pp. 177-178) agrega que la medicina social tiene más que ver con la justicia social, o sea, con las desigualdades de acceso y de resultados, que con la mera práctica de la medicina.

Pese a lo anterior, la narrativa dominante del COVID-19 que pudimos observar en los medios de comunicación, en particular en la televisión abierta (Recamora et al., 2022), estuvo encapsulada en un presentismo pandémico (no hay referencias a sucesos anteriores similares), un igualitarismo abstracto frente al riesgo (todos podemos enfermar y morirnos), con la excepción de la edad en su fase inicial y una tendencia a culpabilizar a la víctima del hecho de enfermar (no seguir las indicaciones de las autoridades sanitarias)<sup>3</sup>. Dicho orden discursivo interpretó el acontecimiento pandémico como algo de naturaleza extraordinaria y discontinua, para borrar su filiación en el orden de las enfermedades contagiosas y desalojándolo de su historicidad filogenética. No menos importante: descalificando tanto el saber médico ya acumulado como el conocimiento de sentido común de la población chilena frente a las catástrofes.

El referido discurso no estuvo únicamente presente en los medios de comunicación, sino también en la voz de los expertos. De hecho, no por mera casualidad, autoridades, intelectuales de talla internacional y gente de a pie parecían asombrados de la realidad desgarradora de desigualdades sociales y vidas precarias que evidenciaba y profundizaba la pandemia. Son reveladoras al respecto las palabras de Judith Butler: “seguramente veremos a los ricos y a los que poseen seguros de cobertura de salud apresurarse para garantizarse el acceso a dicha vacuna cuando esté disponible, aun cuando esto implique que sólo algunos tendrán acceso y otros queden condenados a una mayor precariedad”. En consecuencia, la pandemia del COVID-19 evidenció las profundas desigualdades de nuestras sociedades actuales, que, con ingenuidad real o aparente, muchos parecían no haber notado.

Sin pretender restar méritos al planteamiento de Butler, lo cierto es que, desde un par de décadas atrás, la investigación etno-epidemiológica

3 No es una tendencia nueva. Se dio ya en el caso del VIH-SIDA. Como señalan Castro y Farmer (2003, p. 31): “algunos de los documentos principales elaborados por organismos internacionales de salud están repletos de una ideología... que mantiene la noción de que el tratamiento antirretroviral sólo es para quien se lo pueda pagar mientras que la prevención es adecuada en todas partes. Además, estos documentos tienden a reproducir la manera según la cual, con frecuencia, se acusa a las personas que tienen VIH/SIDA de padecer la enfermedad, cuando en la gran mayoría de casos la enfermedad está causada por las fuerzas de una violencia estructural frente a las cuales resulta difícil desarrollar y llevar a la práctica una mínima autonomía individual o colectiva”.

de base empírica, llevada a cabo en el campo de la salud/enfermedad, había señalado el valor determinante de las desigualdades sociales y económicas en dicho campo y, en particular, en la distribución de la morbi-mortalidad. No podría ser de otro modo, pues tal como se señala en el primer capítulo del presente libro, el COVID-19 mostró el peso significativo —por no decir determinante— de la vulnerabilidad y la violencia estructural en la distribución desigual de la morbilidad y la mortalidad atribuibles a la pandemia (Singer y Rylko-Bauer, 2020). Más aún, todo indica que las respuestas del Gobierno frente al SARS-CoV-2 operaron, según Nazneen Khan y Amaya Boswell (2022), como mecanismos de eugenicidio, convirtiendo a niños en situación de pobreza racializada, personas comunes en situación de calle o emigrantes, entre otros, en grupos “indeseables”, sujetos socialmente desechables, exponiéndolos a la enfermedad y a la muerte prematura.

### **Tercer acto: la desnudez**

Se colapsaron, imagínese una semana sin ocupar baño, teníamos que hacer las necesidades en bolsas, no le digo mentiras. La señora llamó a Aguas Andinas, pero nada, como no venían ella no podía hacer nada. Ese fue otro tema, ella no quería ni siquiera descontarnos el arriendo de eso, tuvimos que hablar: “mire, señora, fueron como siete días, nos podemos enfermar de una infección”. Ahí ella tomó un poco de conciencia y nos bajó el arriendo, no mucho, pero por lo menos nos bajó, y bueno, gracias a Dios, hasta el momento los baños han estado tranquilos.

Pero eso es como un problema de acá; el otro día me encontré por una casualidad un cliente, porque a veces los días de feria me pongo acá afuera de mi casa, y me dijo que acá habían vivido unos amigos de él, haitianos, y que los problemas acá eran los baños y que ellos se fueron por el mismo problema de los baños. Entonces esperemos que no vuelva... es incómoda esa situación para que mi hijo se bañara, yo tenía que... No podíamos bañarnos, ni hacer nuestras necesidades, nada. Yo tengo un amigo chileno y me daba pena molestarlo: “amigo, nada más para que mi hijo se bañe y haga sus necesidades, nada más”, no lo molestaba todos los días, sino cada dos tres días. Menos mal en ese momento no había [nadie]... en el apartamento

donde él vive, podían entrar personas. Ustedes saben que en algunos apartamentos no dejaban entrar visitas, ahí aún no habían quitado eso de las personas. Bueno, para mí no lo molestaba, yo dije: “para mí no importa, pero por lo menos que mi hijo se bañe”, nada más para eso, porque acá no podíamos hacer nada.

*Diario inédito de una pandemia.*

Mauricio Sepúlveda Galeas.

Desde hace varias décadas atrás, el contagio viene siendo una metáfora frecuentemente utilizada para referirse a todo tipo de amenaza<sup>4</sup>. En los discursos sociales y narrativas mediales sobre el terrorismo global, la pobreza y el hambre, las crisis migratorias o financieras, la comida rápida y las obesidades o incluso los estilos de vida, el tropo del contagio ha dejado de ser una mera figura retórica, para pasar a ser, en muchos casos, *su leitmotiv*. Las narrativas del contagio han adquirido una presencia altamente significativa no sólo en los medios de comunicación, sino también en las industrias culturales. En efecto, las parrillas de canales de radio y televisión abiertos, así como las plataformas *streaming*, internet y servicios de Telcos<sup>5</sup>, parecen haber dejado de pensar “el contagio” como una cuestión de contenidos ligados a ciertos nichos acotados de audiencias. Ya desde antes de la pandemia de COVID-19, la presencia de contenidos asociados al contagio, amenazas y catástrofes había ido ganando espacios desde el punto de vista de la programación como de la generación de contenidos.

Las narrativas del contagio han sido apuntaladas, desde su inicio, por un saber biomédico de nuevo cuño articulado en torno a los temas de bioseguridad, incorporados en las agendas de las instituciones internacionales y en los ordenamientos jurídicos y políticos supranacionales. Han permeado y, progresivamente, colonizado la esfera pública y privada, adquiriendo una presencia altamente significativa en la opinión pública y en el discurso científico y político<sup>6</sup>. Precisamente, en este lugar sin límites, el relato de un posible colapso sanitario y de seguridad halla

4 Como mostró notablemente Mary Douglas (1970), las creencias, metáforas y rituales asociadas a la contaminación y, por ende, al contagio, son muy abundantes en el ámbito religioso. Su estudio resalta la dimensión simbólica del contagio y su relación con el orden social.

5 Asociación Chilena de Telecomunicaciones A.G, que agrupa a las mayores empresas en servicios de internet, telefonía móvil y fija y de TV pagada: Claro, Entel, Movistar, Mundo y VTR.

6 La tesis de la colonización interna del mundo de la vida por los sistemas sociales (en este caso, el médico) está ampliamente desarrollada por Habermas ([1981] 1992, Tomo 2, pp. 469-527).

su fundamento y punto de anclaje. Estratégicamente situado en un escenario de incertidumbre radical, dicho relato codifica el cambio climático y las enfermedades infecciosas emergentes (A-NiHI y COVID-19) en clave de prueba de fe y fáctica de una catástrofe eminente.

El contagio se ha constituido también en la infraestructura normativa esencial para pensar las prácticas de gobierno, una clave de lectura fundamental del presente texto, por dos razones fundamentales. En primer lugar, si bien el relato de la bioseguridad ha hecho posible la construcción de “escalas geopolíticas” cada vez de mayor amplitud, interconexión y alcance territorial (Maureira, 2016). En su diseminación hacia otros ámbitos, adquirió una fisonomía completamente irregular, heterotópica, es decir, de “espacios absolutamente otros” o contra espacios (Foucault, 1966, p. 4). Foucault sostiene que en las sociedades llamadas primitivas dichos lugares están asociados con “crisis biológicas”, como los jóvenes en estado de pubertad antes de reintegrarse a la sociedad ya como adultos, pero que, en las sociedades modernas, las heterotopías son espacios para quienes tengan comportamientos desviados (Foucault, 1966, pp. 4-5).

Lo que observamos en este caso es, por un lado, un retorno al biologismo, en el sentido de clasificar, separar y excluir a individuos sobre la base de su condición biológica y la amenaza de contagio que representarían. Por otra parte, quienes no siguen aquellas conductas prescritas para el resguardo sanitario son considerados transgresores y, en este sentido, desviados en su conducta. O sea, las “crisis biológicas” y la desviación están reunidas. Sin embargo, son considerados desviados sólo los que deben respetar las restricciones en toda su cabida; no ocupan el mismo lugar aquellos que deben seguir trabajando por obligación, aunque el riesgo de contagio (o contaminación, como diría Mary Douglas) sea para ellos el más alto posible. Resulta evidente que es el Estado —en consonancia con el interés privado— el que rediseña el mapa pandémico y establece las reglas que lo conforman. En este sentido, cumple con lo que Foucault denomina función de gobierno. Volveremos sobre el punto.

Por otro lado, las heterotopías se forman con relaciones fracturadas de un sistema, creando puentes entre una estructura y otras, haciendo que sus relaciones constitutivas varíen, cambien y se contradigan (Toro-Zambrano, 2017). Al respecto, si pensamos en los emplazamientos institucionales característicos del Primer Mundo, con sus equipamientos sociotécnicos propios del estado de bienestar, no nos será posible encontrar dentro de nuestro mundo material equivalencias estructurales. La configuración de los emplazamientos institucionales en nuestras so-

ciudades es distinta, signada por un tipo de capitalismo extractivista, gobiernos neoliberales y Estado subsidiario, y estos emplazamientos condicionan las posibilidades de estar, de habitar y hablar sobre el mundo.

La segunda razón guarda relación con los modos de pensar y urdir una analítica del gobierno —conforme es ensayada en los capítulos que conforman el presente libro— en un intento, como diría Donna Haraway (1991), de que el objeto de conocimiento sea presentado como un actor y un agente, no como una representación expuesta en una pantalla, una obra o una exposición. Entendemos por gobierno lo señalado por Foucault en sentido amplio de la expresión: “guiar a los hombres, dirigir su conducta, constreñir sus acciones y reacciones, etc.” ([1978-1979] 2008, p. 16). Gobernar es una actividad práctica que tiene el propósito de conformar la conducta de sí mismo y de los otros (la polis), muy presente en la cultura griega clásica<sup>7</sup>. Esto puede involucrar acciones y relaciones de muy diferente tipo, tanto del individuo consigo mismo, como relaciones interpersonales que involucren algún tipo de control o guía de la conducta de los demás, vínculos en el marco de instituciones y comunidades y relaciones que conciernen específicamente al ejercicio del poder político. La idea de conducción permite establecer un continuo analítico entre el gobierno de sí y el gobierno de los otros, puesto que esta *voluntad de gobernar* constituye un elemento presente en ambas instancias.

Es muy importante tener presente que el Estado no es la sede y origen único del gobierno (Foucault, [1980]1992, p. 119), aunque sí un lugar fundamental en su codificación e implementación<sup>8</sup>. En tal sentido, una analítica del gobierno está orientada al examen de las condiciones particulares bajo las cuales emergen y se transforman diferentes prácticas de gobierno, en este caso el gobierno de la pandemia.

Como bien señala Brady (2014), existe una tendencia entre los científicos sociales a presentar las transformaciones neoliberales en términos monolíticos y lineales. Precisamente, para evitar caer en ese error, en nuestra investigación de base para la elaboración del presente libro,

7 Como se recordará, los dos aspectos están íntimamente relacionados (Foucault, [1981-1982] 2006, pp. 69, 141 y 243).

8 El Estado mismo no debe ser concebido como una unidad monolítica y omnipresente. En este sentido, Foucault habla, muy acertadamente, de “especificidad plural del Estado...encarnado en una serie de maneras precisas de gobernar y, a la vez, en instituciones correlativas a ellas” (Foucault, [1978-1979] 2008, p. 20). Sin embargo, su insistencia en la multiplicidad y en el carácter específico de cada política (véase un texto paradigmático en Foucault, [1975] 1991, p. 34) impide ver los vínculos y aspectos comunes de las políticas estatales, aunque reconoce que existe una “parte enigmática” de las relaciones de poder en la que subyace “una especie de sed gigantesca e irreprimible que fuerza a volverse hacia el Estado...[una] voluntad de Estado” (Foucault, [1978] 2012, p. 112).

se utilizó un diseño metodológico mixto, que combina el análisis de la gubernamentalidad y sus políticas y una metodología etnográfica. Al hacerlo, se quiso evitar la elaboración de interpretaciones deterministas, homogenizantes y estáticos de las prácticas de gobierno de la pandemia. Entre otros aspectos, hemos podido observar cómo el relato hegemónico y bioseguritario de la catástrofe, articulado a propósito de la pandemia del COVID-19, es confrontado, traducido y re-significado en las narrativas de las familias estudiadas. En estas últimas, la catástrofe bioseguritaria es resignificada como una crisis social y humanitaria en un horizonte de reflexividad ética del mundo de la vida ante los límites de la existencia.

Queremos profundizar en la referida reflexividad ética. Ha quedado marcado en nuestra memoria un significativo pasaje de una entrevista realizada a Mireya, mujer jefa de hogar y madre de dos hijos de 13 y 6 años, cuando afirma que la pandemia *la pilló en pelotas*. Decimos que alguien está en *pelotas* si se encuentra desnudo, sin ropa o nada que lo cubra. Pero en este caso la desnudez es una metáfora de la vida, que no se agota en la pura contingencia de la pandemia, que viene de atrás. La de Mireya y de muchos como ella son, pues, vidas desnudas, o nudas vidas, expuestas al cansancio, la enfermedad y la muerte, porque nadie o muy pocos pueden interceder por ellas. Toda la estructura social y política está montada para que haya muchas vidas como estas, desnudas porque han sido desnudadas. Y en ellas el poder —como en el cuento de Kafka, “En la colonia penitenciaria” (1919)— ha grabado en sus cuerpos las marcas de la exclusión.

Su narrativa en ningún momento sitúa la desnudez como sujeción ontológica, sino que está alojada en su memoria de vida y en su condición de madre, joven y pobre. Contra todo el presentismo pandémico de los medios de comunicación y las autoridades, Mireya no cesó de trabajar y estudiar en ningún momento. Verdadera diosa Shiva criolla, con una mano preparaba el *susbi*, con la otra promovía su venta en un WhatsApp comunitario, mientras cuidaba el corral del hijo pequeño y en voz alta le recordaba sus deberes escolares al hijo adolescente. Después de conocerla, su vida nos parece inmensa y frágil a la vez, superior a la pandemia y sujeta a ella como un punto extremo de la vulnerabilidad. ¿Cuánto puede una vida?

## Referencias

- Benjamin, W. (Ca. 1942). Thesen über den Begriff der Geschichte. *Textlog*.  
[de.https://www.textlog.de/benjamin/abhandlungen/ueber-den-begriff-der-geschichte](https://www.textlog.de/benjamin/abhandlungen/ueber-den-begriff-der-geschichte)
- Castro, A. y Farmer, P. (2003). El Sida y la violencia estructural: La culpabilización de la víctima. *Cuadernos de Antropología Social*, (17), 29-47.
- Butler, J. (21 de marzo de 2020). Judith Butler sobre el COVID-19: La desigualdad social y económica se asegurará de que el virus discrimine. *El Desconcierto*.
- Delanty, G. (Ed.). (2021) *Pandemics, Politics and Society. Critical Perspectives on the COVID-19 Crisis*. Bibliographic information published by the Deutsche National bibliothek. (<http://dnb.dnb.de>.)
- Derrida, J. (1977). Cierta posibilidad imposible de decir el acontecimiento. *Proyecto Derrida*. <http://proyectoderrida.org/cierta-posibilidad-imposible-de-decir-el-acontecimiento>
- Dosse, F. (2012). *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y la atención a las singularidades*. Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Douglas, M. (1970). *Pureza y peligro*. Siglo XXI Editores.
- Farmer, P. (2005). *Pathologies of power*. University of California Press.
- Foucault, M. (1966) Utopías y heterotopías. *Topologías*. <https://www.funcionlenguaje.com/index.php/es/sala-de-lectura/recursos/1330-topologias-michel-foucault.html>
- Foucault, M. ([1980] 1991). *Microfísica del poder*. Ediciones La Piqueta.
- Foucault, M. ([1975] 1991). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. ([1981-1982] 2006). *La hermenéutica del sujeto*. FCE.
- Foucault, M. ([1978-1979] 2008). *Nacimiento de la biopolítica*. FCE.
- Foucault, M. ([1978] 2012). Metodología para el conocimiento del mundo: cómo deshacerse del marxismo. En *El poder, una bestia magnífica* (pp. 87-112). Siglo XXI Editores.
- Habermas, J. (1992). *Teoría de la acción comunicativa* (2 Vols.). Taurus.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Editorial Cátedra.
- Khan, N. (Edit.). (2022). *COVID-19 and Childhood Inequality*. Routledge.
- Maureira, M. (2016). *La reconceptualización de lo vivo: de las epidemias al Posthumanismo* [Tesis de doctorado]. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Rocamora, V., Broitman, C., Olivares Ramírez, Y. y Toloza Provoste, M. P. (2022). Comunicar el riesgo sobre el SARS-COV-2: Informes televisados del Ministerio de Salud chileno. *Cuad.inf.*, (52), 69-90.
- Singer, M. y Rylko-Bauer, B. (2021). The Syndemics and Structural Violence of the COVID Pandemic: Anthropological Insights on a Crisis. *Open Anthropological Research*, 1(1), 7-32.

# 1. La irrupción pandémica: de la precarización neoliberal al estallido<sup>9</sup>

Ana Vergara del Solar  
Mauricio Sepúlveda Galeas

## Introducción

Como es sabido, la pandemia de COVID-19, en América Latina, al igual que en el resto del mundo, trastocó las dinámicas laborales, domésticas y de cuidado y afectó especialmente a los grupos de menores ingresos, trabajadores informales, niños y mujeres (CEPAL, 2020). En ese escenario, no sólo evidenció la vulnerabilidad y la violencia estructural como factores determinantes tanto en la morbilidad como en la mortalidad atribuible a la pandemia (Singer y Rylko-Bauer, 2020), sino también agudizó aún más el mapa de la desigualdad que caracteriza nuestra sociedad. Prueba de ello es que, en el caso de Chile, la mayor prevalencia de contagios y fallecimientos se encuentra en sectores de alta concentración urbana y con menores ingresos, además de menor acceso a distintos derechos sociales (Fuenzalida, 2020). Parafraseando a Butler (2020), podríamos afirmar que existen porciones de mundo, ya que el mundo no está comprendido de forma equitativa.

Las desigualdades estructurales y la precarización de la vida están en fuerte debate público en nuestro país, a partir del denominado ‘estallido social’, iniciado el 18 de octubre de 2019. Ese día, y bajo la consigna “Evadir, no pagar, otra forma de luchar”, cientos de estudiantes secundarios ingresaron a las distintas estaciones del tren subterráneo de Santiago sin pagar, en reclamo por el alza de 30 pesos en el precio de los pasajes, a partir de lo cual se extendieron protestas masivas por todo el país. Reunidos luego bajo la consigna “no son 30 pesos, son 30 años”, en alusión a las tres décadas de gobiernos democráticos posdictatoriales, en

---

<sup>9</sup> Este artículo corresponde a una reformulación y actualización de Vergara, A., Sepúlveda, M., Pinilla, J., Leyton, D., Ortega, C. y Calquín, C. (2023). Chile: Pandemic, neoliberal precarity and social outbreak. En K. Twamley, H. Iqbal y C. Faircloth (Eds.), *Family Life in the Time of COVID: International Perspectives* (49-69). UCL Press.

cuestión de horas las protestas convergieron en torno a la expresión de un profundo malestar social con el modelo neoliberal instaurado por la dictadura militar entre 1973 y 1989 y consolidados por dichos gobiernos democráticos. Como ha mostrado la literatura, las reformas neoliberales chilenas han sido de las más precoces, consistentes y sistemáticas a nivel mundial (Harvey, 2005; Taylor, 2006).

En este escenario, nos hemos preguntado cómo se han articulado la pandemia, el estallido social y la precarización neoliberal en Chile. Si bien es cierto que nuestro análisis se inscribe en un corte transversal, es decir, en un tiempo corto o coyuntural —para usar los términos de Braudel (1970)—, lo cierto es que se ha tratado del paso del tiempo excepcional al extraordinario. En efecto, en un breve periodo de tiempo, de no más de seis meses, nos enfrentamos a dos acontecimientos históricos que alteraron radicalmente el curso de la vida de todos los chilenos y chilenas: la pandemia y el estallido social. A la vez, resulta francamente imposible interpretar y comprender los efectos de la pandemia en la vida de las familias, si soslayamos otros estratos del tiempo, sobre todo aquellos vinculados con las formas de estructuración de la sociedad chilena en los últimos 50 años. Y es el peso estructurante y performativo —aunque no necesariamente determinante— de dimensiones como la vulnerabilidad y violencia estructural, aquel que esculpirá el rostro de la pandemia en Chile.

Con ciertas resonancias aportadas por la antropología médica crítica, hemos querido ir más allá de los relatos y explicaciones a nivel microsocial de las creencias y prácticas relacionadas con la salud y su interfaz con las ecologías locales, las configuraciones culturales o la psicología humana (Singer, 2021). En esa dirección, centramos nuestra atención en los vínculos verticales que conectan a los grupos sociales, los comportamientos particulares y los patrones de salud de la población, con las estructuras políticas y económicas generales, así como con las relaciones sociales que ayudan a producir y reproducir tales estructuras a lo largo del tiempo y en unos contextos socio-históricamente determinados.

Una vez introducido el capítulo, presentaremos algunos elementos del contexto nacional en que se ha manifestado la pandemia, para luego dar cuenta de algunos aspectos teóricos que nos han orientado en la producción e interpretación de los resultados, denominándolas ambas como coordenadas, ya que nos orientan sin pretender constituirse en marcos interpretativos cerrados. Luego de ello, describiremos los resultados y algunas conclusiones al respecto.

## Coordenadas de contexto

La intensidad con que ha incidido la pandemia en Chile y la crisis económica derivada de esta tiene directa relación con un modelo de desarrollo orientado a la acumulación irrestricta del capital. También se relacionan con un Estado marcadamente débil, tanto en su regulación del mercado, incluido el del trabajo, como en su papel en la provisión de bienestar y aseguramiento de derechos sociales. Como mencionamos previamente, las políticas neoliberales se iniciaron en Chile en la década de los 70, en el marco de la dictadura cívico militar que implicó, además, una fuerte represión y una restricción severa de la participación social. A través de la Constitución de 1980 se consagró el modelo neoliberal y una noción de democracia tutelada, a continuar/implementar a partir del término de la dictadura.

Los gobiernos democráticos posdictatoriales han contribuido a la consolidación del modelo neoliberal, aunque han aumentado el gasto social y disminuido la pobreza absoluta; sin embargo, la desigualdad ha aumentado, estando Chile hoy entre los países más desiguales del mundo (World Bank Group, 2016). Al mismo tiempo, los ingresos son muy bajos, siendo la mediana salarial de \$420.000 (USD 467.347). Un 69,4% de los trabajadores tiene un sueldo menor a \$635.000 (USD 706,584) en un contexto en que la línea de la pobreza por ingresos es de \$459.534 (USD 511,338) para un hogar promedio de cuatro personas (Fundación Sol, 2021). El endeudamiento es un mecanismo recurrente para compensar los bajos salarios, estando presente en el 70% de los hogares y alcanzando la deuda total de los hogares el 50% del PIB (Fundación Sol, 2021). A la vez, aunque los grupos socioeconómicos más bajos experimentan condiciones de vida más extremas, la mayor parte de la población se ve expuesta a salarios bajos, a trabajos precarizados y a una condición en que el acceso a salud, educación, previsión y otros derechos sociales ha sido comoditizado/mercantilizado y depende de la capacidad adquisitiva de las familias.

Por otro lado, el estallido social encuentra sus antecedentes en las movilizaciones sociales masivas de las décadas anteriores, en una sostenida crisis de confianza en las instituciones y en el sistema político, y en una marcada pérdida de popularidad de los gobiernos. Pese a ello, la intensidad y extensión del estallido resultó sorprendente para todos los actores. Al conocerse los primeros casos de COVID-19, en marzo de 2020, el país se encontraba en una fuerte crisis política. La instalación de un

estado de excepción y las medidas restrictivas a propósito de la pandemia aplacaron esta intensidad, lo que generó una suerte de espera o congelamiento. La atención, además, se dirigió hacia el proceso constituyente, lo que fue posible gracias a un acuerdo político sostenido en noviembre de 2019, y que implicó un plebiscito —en octubre de 2020— y la conformación de una Convención Constituyente, a partir de julio de 2021, con la misión de redactar la nueva Carta Fundamental. La propuesta de Nueva Constitución fue presentada formalmente al país en julio de 2022 y sometida a un plebiscito en septiembre del mismo año, siendo rechazada por una mayoría amplia del electorado (62%), por razones complejas que se encuentran aún en proceso de análisis.

En su dimensión epidemiológica, la pandemia en Chile se caracterizó por cifras comparativamente altas de contagio y mortalidad durante el año 2020 y gran parte de 2021. Así, por ejemplo, los contagios diarios del día 10 de junio de 2020 alcanzaron a 6.754, lo que ubicó a Chile como el quinto país del mundo con las cifras netas más altas, sólo superado en América Latina por Brasil (Worldometers, 2020). Ello ocurrió en el marco de medidas sanitarias, políticas y económicas que, si bien formalmente eran parte de un plan de acción sistemático, en la práctica carecían de articulación suficiente, eran escasamente sensibles a realidades territoriales y sociales heterogéneas y se implementaron de modo centralista y con escasa participación de actores sociales relevantes.

Desde el inicio de la pandemia, y al igual que en otros países (Bennet, 2021; Lupton, 2022), el discurso sanitario de las autoridades de gobierno evidenciaba una fuerte tendencia a responsabilizar a las personas por los contagios, conminándolas a adherir a los protocolos de comportamiento para evitar o minimizar el impacto de los riesgos. La comunicación de riesgos y mandatos normativos orientados al control y regulación de los cuerpos en su vida cotidiana, impulsada por las autoridades sanitarias, ha contrastado con una serie de medidas (o ausencia de ellas) tendientes a favorecer la continuidad de las actividades económicas de las grandes empresas. Ello ha implicado asumir una cuota de ‘sacrificio’ en cuanto a vidas humanas, especialmente de aquellas de los sectores más pobres. Ambos casos ilustran como las autoridades de gobierno tuvieron una mirada reduccionista respecto de la naturaleza de los riesgos en juego, apelando a una suerte de elección racional del autocuidado. A la vez, se ha culpado a la ciudadanía de la propagación del virus, generándose una minimización de la responsabilidad estatal e institucional en su proliferación y los daños consiguientes (Bennet, 2021; Jay, 2021).

En ese escenario, la mortalidad general ascendió en un 13%, en comparación con los años 2016-2019, mientras que la tasa de mortalidad observada por COVID-19 cada cien mil habitantes, para el año 2020, fue de 114,2, transformándose en la primera causa de muerte en el país (DEIS, 2021). Las medidas sociosanitarias aplicadas de modo más extensivo han sido aquellas relativas al distanciamiento social, al toque de queda y al cierre de establecimientos educacionales, iniciándose luego un proceso gradual de reapertura. A la vez, se ha desarrollado un proceso masivo de vacunación, que alcanzó al 87,03 % de la población objetivo en septiembre de 2021 (MINSAL, 2021). Otras medidas han obedecido a una lógica selectiva, que clasifica fases de severidad y tipo de medidas de acuerdo con las cifras de contagio de las distintas comunas del país.

Iniciado el proceso de vacunación el 3 febrero de 2021 con una población objetivo de 15.200.840 personas, en agosto del mismo año las cifras de contagio comenzaron a disminuir. Al día 9 de septiembre de 2021, por ejemplo, la tasa de incidencia acumulada de contagios era de 8.596 (por 100.000 habitantes) y la de personas fallecidas de 194, lo que no es tan distinto si lo comparamos con Brasil, el país con mayor número neto de casos en América Latina, y que presentó para el mismo día una tasa de 9.813 y 274 respectivamente. La diferencia se produce respecto a la tasa de contagios nuevos diarios, que en Chile era de 2,6 y en Brasil de 14,4 (Worldometers, 2021). Pese a todos los esfuerzos realizados por las autoridades y el conjunto de ciudadanía, considerando hasta el 14 de septiembre de 2022, la cifra de muertes por COVID-19 reportadas por el Ministerio de Salud fue de 60.882 fallecidos en nuestro país.

Como en otros países de América Latina, la pandemia profundizó las dificultades económicas de las familias, teniendo efectos sobre los ingresos y el empleo. Según un estudio de Naciones Unidas (PNUD, 2020), un 59,4% de los hogares chilenos disminuyó sus ingresos en comparación al periodo previo, y el desempleo alcanzó a un 30% de quienes estaban ocupados antes de la pandemia.

Cabe tener también presente el problema del impacto social y económico producido por el estallido social. De acuerdo con los datos aportados por el Banco Central, el IMACEC (Índice Mensual de Actividad Económica), disminuyó desde el -3,36% al -3,98% entre octubre y noviembre de 2019, continuando su disminución en los meses siguientes. En la misma dirección, según datos de gobierno, más de 10 mil pequeñas y medianas empresas fueron afectadas por hechos de violencia, saqueos y

vandalismo producto del estallido social, además de una caída de casi un 50% de las ventas del comercio (Holz y Gutiérrez, 2020).

Como consecuencia de lo antes señalado, la pobreza y desigualdad se vieron incrementadas. Como muestran los resultados de la Encuesta Casen 2020, la población en situación de pobreza aumentó de 8,6% a 10,8% entre los años 2017 y 2020, mientras que la correspondiente a la pobreza extrema se duplicó, en ese mismo periodo, de 2,3% a 4,3%. Respecto a la desigualdad, los ingresos monetarios de los hogares del 20% de mayores ingresos representaron 11,7 veces los ingresos del 20% de hogares de menores ingresos, lo que es similar a niveles registrados entre 1994 y 1996. Por su parte, el coeficiente de GINI fue de 51,0, lo que representa un retroceso a los niveles observados entre 2003 y 2006 (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2021).

La pandemia ha tenido también impactos en la educación, en el contexto de un sistema educativo altamente excluyente y segregado. La disponibilidad de clases *online* varió según el estrato socioeconómico (Mineduc, 2021); para los estratos más bajos, aun existiendo disponibilidad, las brechas en la calidad de la conectividad a Internet (SubTel, 2017) fueron decisivas. Otros de los efectos negativos de la pandemia en Chile tienen que ver con la inseguridad alimentaria (Rimisp, 2021), con la postergación de la vacunación y tratamiento de salud por razones distintas al COVID-19, y con el agravamiento de una situación de salud mental (ACHS, 2021) que ya era muy desventajosa. Se profundizaron, además, los marcados desbalances de género en el ámbito de las tareas domésticas y de cuidado (Universidad Católica, 2020), a la vez que la carga familiar sobre estos cuidados se intensificó, en un país en que ellos tienen, en general, un carácter 'familiarista' (Passerino y Trupa, 2020), en desmedro de la acción y las políticas del Estado.

El Gobierno desplegó distintas medidas para la mitigación de los efectos socioeconómicos del COVID-19, siendo una de ellas destinada a garantizar el suministro de servicios básicos, mediante la promulgación de la Ley N° 21.249 que establecía la Prohibición de la Suspensión del suministro eléctrico y subsidios estatales; otra medida fue la protección del empleo mediante el establecimiento de la Ley N° 21.277, que facultaba el acceso a prestaciones del seguro de desempleo de la Ley N° 19.728, en circunstancias excepcionales, permitiéndole a los trabajadores y las trabajadoras acceder a las prestaciones y complementos del Seguro de Cesantía; y además, se incorporaron medidas como subsidios al empleo y flexibilización y ampliación de créditos con garantías del Estado

(por ejemplo Fogape). También hubo una serie de medidas orientadas a incrementar el monto de beneficios sociales ya existentes, a fortalecer los mecanismos existentes y a crear nuevos subsidios. En la misma dirección, el Parlamento aprobó en tres ocasiones el retiro de fondos previsionales por parte de las personas, lo que inevitablemente profundizará las enormes carencias de un sistema previsional extremadamente privatizado, inefectivo y discriminador por clase y género.

El *ethos* neoliberal del gobierno ha estado presente en el conjunto de medidas tomadas. Sea como racionalidad política o tecnología de gobierno, este *ethos* neoliberal se tradujo en una serie de políticas focalizadas en los hogares más pobres al inicio de la pandemia y, más tarde, en sectores medios. Al respecto, han existido críticas provenientes de distintos sectores políticos, científicos, académicos y sociales respecto a las medidas implementadas por el gobierno para mitigar los impactos socioeconómicos asociados a la pandemia. En la nota de prensa publicada por *BBC News Mundo* el 22 abril de 2021, por ejemplo, se señala uno de los puntos clave de las críticas: “Muchos requisitos y un exceso de focalización de los programas sociales han provocado que miles de chilenos queden fuera de las ayudas económicas”. El subtítulo de esta nota de prensa hace referencia al profundo malestar social a propósito de los obstáculos burocráticos, en muchos casos excluyentes, derivados de los instrumentos dispuestos por Estado para distribuir las ayudas sociales.

Se trata de lo que Sonia Álvarez denomina focopolítica (2008): las políticas focalizadas que caracterizan las formas de gobierno en los países pobres y de los pobres de estos países. En Chile, dicha política es muy cuestionable por su omisión de la matriz ocupacional o estructura del trabajo en el país, que, según fuentes oficiales, para el trimestre octubre-diciembre de 2019, mostraba una tasa de ocupación informal del 28,4%. Dicho de otro modo, más de un cuarto de la población laboralmente activa —un alto porcentaje jefas o jefes de hogar— quedaron en la práctica marginados y marginadas de las medidas de ayuda brindadas por el Estado durante el primer año de pandemia, lo que, en términos del lenguaje popular se llama “ser invisible” para el Estado. Al mismo tiempo, la ayuda social —como tecnología de gobierno— estuvo mediada por un dispositivo sociotécnico materializado en el Registro Social de Hogares, que es utilizado para la calificación de los hogares en función de políticas focalizadas de protección y ayuda social por parte del Estado. Este tipo de instrumentos puede abrir o cerrar oportunidades (Ramos, 2005). Por una parte, el número de hogares contabilizados en este instrumento es de

5.436.878, mientras que el Censo del año 2017 considera 5.651.637 hogares, lo que confirma la existencia de una brecha de acceso. A la vez, el número efectivo de hogares beneficiados por medidas como el Bono de emergencia COVID-19 fue de 1.528.459, según información actualizada al 6 de mayo de 2020 (DIPRES, 2022), lo que nos permite hacernos una imagen clara del escaso alcance de las medidas gubernamentales.

## Coordenadas teórico-conceptuales

De acuerdo con los propósitos de este capítulo, consideramos importante discutir tres conceptos interconectados entre sí: neoliberalización, precariedad y vida cotidiana. Con neoliberalización nos referimos a una formación histórica particular, caracterizada por conjuntos específicos de transformaciones, no sólo económicas y políticas, sino también epistemológicas, sociales y subjetivas (Winnubst, 2015). Tales procesos no tienen, necesariamente, una relación punto a punto/lineal con la doctrina neoliberal.

Su carácter impuro, heterogéneo, contingente y pragmático puede llevar incluso a contradecirla —como en el caso de la existencia en Chile de numerosos monopolios y de una recurrente restricción de libertades públicas— siempre que esto esté en función de favorecer la concentración máxima del capital (Harvey, 2005; Vergara, Llobet y Nascimento, 2021).

Dichos procesos de neoliberalización se alimentan de y condicen con una racionalidad rectora, *un arte de gobernar* que interviene y afecta a todos los órdenes de la vida (Brown, 2015) y, de este modo, contribuyen a la producción de formas de subjetivación. Uno de sus efectos es la responsabilización individual y familiar por los problemas sociales y la precarización de las condiciones de vida que esos mismos procesos producen, modelando los discursos públicos y privados y las experiencias de los sujetos (Castel, 1997; Laval y Dardot, 2013). Se trata de un proceso de moralización que trae consigo un conjunto de prácticas que contribuyen a un imaginario neoliberal en constante evolución y adaptación a nuevas circunstancias (Shamir, 2008). El proceso de moralización de la economía acompaña a la economización de lo político, a la vez que la conjunción de agencia y culpa produce individuos doblemente responsabilizados. Por un lado, se espera que los individuos se basten por sí mismos y se les culpa por su incapacidad para prosperar y, por otro lado, que

actúen por el bienestar de la economía y se les culpa por su poca o nula prosperidad (Brown, 2015). La creciente importancia de los procesos de responsabilización y de culpa se encuentra fuertemente ligada a respuestas individuales al riesgo y, como constatamos en los discursos públicos referidos a la pandemia de COVID-19 en nuestro país, se materializa en la imagen o representación del prudencialismo. Mediante este último, se anima a la ciudadanía a tomar medidas para protegerse a sí misma, a su hogar y a su vecindario, además de no esperar “únicamente” protección por parte de las instituciones públicas (O’Mayer, 2009).

La estrategia gubernamental de responsabilizar a los individuos por los problemas sociales no resulta novedosa y ha tenido, en las personas, una impronta importante. La discusión acerca de la fragilización de la vida asociada a los procesos de neoliberalización e individualización que le acompañan comienza tempranamente en Chile. La investigación realizada por Arteaga y Pérez (2011) muestra que los sujetos experimentan un riesgo y fragilidad permanentes en su vida cotidiana. De esta manera —de acuerdo con estas autoras— para los sectores más desprotegidos, e inclusive para la mayoría de la población chilena, el riesgo constituye el contexto rutinario de la acción presente y futura. En la misma dirección, el Informe Sobre Desarrollo Humano en Chile del año 2012 subraya que, en los discursos de la gente, se constata la ausencia interpretaciones de carácter estructural, en su sentido económico y político, respecto a los problemas que les aquejaban, en un contexto que promovía la representación de que el esfuerzo individual es clave para lograr mejorar las condiciones de vida y obtener reconocimiento social.

Transcurrido casi medio siglo del inicio del experimento neoliberal en Chile, los procesos de neoliberalización han hecho de la precariedad el horizonte insuperable de nuestro tiempo (De Mauro, 2020). En otras palabras, la precariedad parece haber dejado de ser algo excepcional para convertirse en la regla, ubicada en el centro de la racionalidad política (Rose, 2012) y del régimen político (Bourdieu, 2000). La precariedad no remite sólo al desamparo laboral, en términos de desempleo y subempleo, sino que se encarna en escenarios vitales de sentida inseguridad, incertidumbre y falta de garantía de condiciones socioeconómicas mínimas y suficientes para garantizar la supervivencia (Díaz e Insúa, 2019). Incluye, desbordándolos al mismo tiempo, los límites del trabajo, para hacernos vivir con lo imprevisible y la contingencia (Lorey, 2016), además de extenderse hacia ámbitos hasta hace poco insospechados: afectivos, sexuales, perceptivos, corporales (Tsinos y Papadopoulus, 2006).

Se trata, por ello, de una categoría ordenadora que designa los efectos políticos, económicos y jurídicos de una condición precaria generalizada (Lorey, 2016), y de una categoría analítica que permite una descripción situada de las estructuras de la experiencia humana (Alcalde, 2020) en clave de relaciones de poder geolocalizadas y micropolíticamente emplazadas en la vida cotidiana.

En cuanto a la vida cotidiana, ha sido recurrente, en la prensa, la mención de que la pandemia desestructuró las rutinas de las personas y las familias. En las ciencias sociales, por su parte, se han sugerido nociones tales como la de ‘disrupción biográfica’ acarreada por el periodo pandémico (Moretti y Maturo, 2021, a partir de un concepto de Bury, 1982). Por mucho que nuestros resultados muestren que la gente ha experimentado la pandemia como una irrupción o una tempestad, como veremos después, no podemos tomar esos resultados de modo literal. No se puede pensar la vida cotidiana previa a la pandemia como estática y autoevidente.

En efecto, lejos de ver a la vida cotidiana como un reservorio invisibilizado de significados, rutinas y rituales, que, por su carácter naturalizado, pasa desapercibido para las personas, nos parece mejor enfatizar su carácter dinámico y conflictivo y su capacidad de dar cuenta de contradicciones sociales más amplias (De Certau, 2000; Lefebvre, 1972). Esto resulta particularmente cierto en países como el nuestro, donde es difícil encontrar una vida prepandémica caracterizada por la estabilidad pública y privada, la predictibilidad y la seguridad social. También es muy válido en escenarios plagados de conflictividad de clase, género, de edad y étnica, entre otras, que hacen de esa vida cotidiana un espacio de incertidumbre y exigen configurar una ética abierta a situaciones nuevas que sobrepasan los marcos preestablecidos.

En Chile, la vivencia de lo impredecible es aún más frecuente en el estrato socioeconómico bajo y medio bajo (PNUD, 2012). La vida cotidiana es experimentada por ellos como una constante odisea por la sobrevivencia. Aunque la evidencia sugiere que los grupos de mayores recursos logran conformar periodos de mayor estabilidad biográfica que los más desventajados, la amenaza de la precarización y la desestabilización está también presente (PNUD, 1998). El estallido social acentuó este escenario de inestabilidad económica y de disrupción de rutinas cotidianas, mostrando que la ‘disrupción biográfica’ no es excepcional en Chile ni podría establecerse un contraste radical entre una vida previa

armoniosa y estable y una posterior desorganizada por la crisis pandémica. Se trata, por tanto, de diferencias relativas y no absolutas.

Como mencionamos anteriormente, el estallido social, y las movilizaciones sociales que le antecedieron, fueron abriendo la puerta para la politización de una serie de temáticas, entendiendo dicha politización como la puesta en terreno de lo público de aquello que parecía ser meramente privado (Fernández Christlieb, 2004). Ello ha ocurrido con cuestiones como las desigualdades sociales y los problemas de acceso a la educación y la salud. Sin embargo, esa politización pudo ser también inestable y provisoria, lo que explicaría el rechazo mayoritario a la propuesta constitucional, no obstante, su orientación en pro de los derechos sociales y de un Estado socialmente orientado.

En lo que respecta a los efectos de la pandemia, al momento de iniciar nuestro estudio, no existía suficiente claridad respecto al modo cómo las personas la estaban interpretando. En ese marco, nos preguntamos si la pandemia, como problema social, estaba siendo significada por las personas en claves más individualistas, como podría haberse esperado en un Chile previo al estallido social, o si este último proceso podría haber conllevado una mayor politización de su lectura.

### **Resguardo, movilidad y desconfianza**

Los resultados obtenidos muestran que las familias estudiadas aceptaban, en general, la existencia de la pandemia y la necesidad de las medidas sociosanitarias como el distanciamiento social, el uso de mascarillas y la suspensión de clases presenciales, en buena medida porque observaban que eran muy similares a las aplicadas en otros países. Más aún, en muchos casos se incorporaban recomendaciones domésticas no obligatorias, en una suerte de “teatro de la higiene” (Bennett, 2021), donde desinfectaban los productos traídos del exterior o se cambiaban su vestimenta al regresar de la calle al hogar.

Las acciones formaban parte de una intencionalidad de ‘resguardo’, un repliegue de las personas y familias sobre sí mismas, imbuido de un sentido ético asociado al hecho de cuidarse y cuidar a otros, y a la percepción de que el entorno social o las autoridades no iban a ejercer un cuidado suficiente respecto a los peligros implicados en la pandemia. De ese modo, el cumplimiento de las medidas no se basaba en la confianza en las autoridades, sino, justamente, en la desconfianza hacia ellas. Había,

en los términos de los entrevistados, que ‘salvarse solo’. Un ejemplo característico es el de una mujer adulta de 36 años, cuya familia pertenece al grupo socioeconómico medio, quien relató:

Mi mamá me dice: ‘¿sabes qué?, esta cuestión es al final Ley de Moraga<sup>10</sup> no más’ —me dice— ‘*aquí al que le da el virus, le da no más y lamentablemente...*’ —me dice: ‘aquí hay que trabajar’, ‘y si me da el virus me muero, me muero no más, pues’.

La cita anterior se refiere también al problema de las cuarentenas. En muchas familias nos relataron que alguno de sus integrantes había debido salir por razones de trabajo. Se trataba de una decisión compleja basada en alternativas perversas: salir a trabajar significaba exponer la vida y la salud; no salir, quedarse en casa, en cambio, perjudicaba la reproducción y el cuidado de sí mismo y de los cercanos, debido a la ausencia de ingresos en el hogar. El problema se agrava en los grupos socioeconómico bajo, como lo revela la afirmación de un adulto de 39 años de dicho estrato:

[Si] el Gobierno te diría ‘ya, quédate en casa, toma, come todo esto’... ahí podríamos estar años en cuarentena, ahí dan ganas de estar en cuarentena. Pero si no tienes de dónde, sí o sí tienes que salir...hay gente que vive acá que es de escasos recursos. Hay algunas señoras que son madres solteras, que viven solas con sus hijitas, imagínese para ellas no poder salir en la semana...si no salen ellas, no comen. Esa es la cruda realidad.

Como ha ocurrido en otros países del mundo (Burns et al., 2021), muchas personas se vieron forzadas a desplazarse por la ciudad por razones de trabajo, tomar transporte público o estar en espacios atestados. Además, muchos de quienes trabajan en la “primera línea” de los servicios esenciales pertenecen a grupos ya desfavorecidos desde el punto de vista socioeconómico: inmigrantes y personas que viven en condiciones de bajos ingresos o de pobreza. El personal sanitario, los limpiadores y las personas que trabajan en plantas de procesamiento de carne, supermercados y servicios de reparto estuvieron expuestos en una proporción mucho mayor que otras personas que podían aislarse y tener el privilegio de optar al teletrabajo (Lupton, 2022).

10 Expresión coloquial en Chile, que alude a una situación de desgracia que no necesariamente afecta a todos. En su versión completa, como juego de palabras rimado, la expresión es: ‘Ley de Moraga: el que caga, caga’. En este caso, “cagar” significa sacar lo peor de la situación.

Lo abyecto de esta situación es que muchas personas y empresas que ya eran extremadamente ricas obtuvieron grandes beneficios económicos de la crisis del COVID-19. Ejemplos paradigmáticos son las empresas transnacionales Amazon y Walmart que reportaron enormes beneficios adicionales durante el primer año de la pandemia, debido al aumento masivo de las compras en línea producto de las restricciones de la movilidad de la gente impuestas por los gobiernos (Lupton, 2022). Jeff Bezos, fundador de Amazon y la persona más rica del mundo, aumentó así en 75.600 millones de dólares su fortuna entre marzo y diciembre de 2020 (Kinder y Stateler, 2020).

Volviendo al tema de la movilidad, en el caso de Chile, quienes se desplazaban lo hacían porque sus actividades fueron consideradas esenciales según las normativas gubernamentales. Sin embargo, la evidencia indica que muchas empresas falsearon los permisos requeridos para ubicarse en esta categoría y mantener así su dotación de personal (Diario Universidad de Chile, 2020). Peor aún, al estar en la difícil posición de no poder mantener una distancia social segura, esos miles de personas que debían salir de casa tuvieron que soportar el escarnio general al ser sindicadas como irresponsables, por no seguir las órdenes de la sanidad pública y poner en riesgo a otros miembros de la comunidad.

A ello se suman quienes debían desarrollar actividades de comercio informal, estrategia de sobrevivencia recurrente en América Latina (Matus y Montes, 2020). Como muestran los estudios de movilidad en pandemia, en Chile la reducción del desplazamiento fue escasa (no más allá de un 30% a 40%), incluso en los momentos de más estricto confinamiento. Existieron además diferencias según el perfil socioeconómico de la zona donde se habitaba (ISCI, 2021). En el caso de las familias bajo estudio, aquellos que podían permanecer en casa, especialmente en el grupo socioeconómico medio, se mostraron agradecidos de contar con una posibilidad que otros no tenían, como si se tratara de un privilegio.

El desplazamiento también respondió a la necesidad de proporcionar cuidados a familiares o conocidos o desarrollar actividades solidarias como ollas comunes, estrategia históricamente frecuente en Chile en momentos de crisis económicas profundas. Respecto a los cuidados, muchas familias se recompusieron durante la pandemia, trayendo consigo a un pariente que no vivía previamente en el hogar, pero había otros casos en que no resultaba posible y ello implicaba desplazarse con frecuencia. Así, las familias —entendidas más allá de la co-residencia, sino en tanto una unidad mayor de apoyo y cuidado mutuo— participaron de las deci-

siones y arreglos respecto a estos requerimientos. Con todo, observamos que este fenómeno no es nuevo en Chile ni en América Latina, donde la literatura muestra que la provisión de cuidados y el bienestar social tienen un carácter marcadamente ‘familiarista’ (Passerino y Trupa, 2020).

Aun intentando cumplir con las medidas sociosanitarias de la pandemia, los miembros de las familias fueron muy críticos del modo cómo se implementaban las políticas y el rol de las autoridades en ellas. Los informantes percibían la aplicación de las medidas como poco oportunas, laxas o insensibles a las necesidades más urgentes de la población, mientras otros inclusive la percibían como una lógica eugenésica o de ‘limpieza social’. En una familia de grupo socioeconómico bajo, por ejemplo, una joven mujer de 19 años afirmaba que:

...la gente que se muere son la gente que menos sirve para ellos, que son la tercera edad, la gente enferma, la gente con diabetes, la gente con hipertensión, la gente de sobrepeso; la gente, así como mi papá les sirve que no se muera, porque imponen [en previsión, en impuestos], es dinero...

Otros veían en las medidas estatales contra la pandemia el propósito de contener el proceso de cambio político iniciado con el estallido social. El relajamiento de las cuarentenas, un par de meses antes del plebiscito que, en octubre de 2020, aprobó la reforma constitucional, hizo pensar a varios participantes que era una forma de entorpecer la votación, al intentar aumentar los contagios.

La desconfianza hacia la acción gubernamental se expresó, además, en un gran escepticismo respecto a las cifras oficiales de morbilidad y mortalidad, que tuvo su correlato en la renuncia del primer ministro de Salud involucrado en la pandemia, Jaime Mañalich, por motivos relacionados precisamente al manejo de las cifras. En estas condiciones, muchos de los participantes intentaban encontrar, en internet, en medios extranjeros o en sus círculos de contactos, informaciones que les resultaran más legítimas, como una suerte de *contrasaber* (Foucault, 2008). Al respecto, en una familia de grupo socioeconómico bajo, una mujer adulta de 43 años refería lo siguiente:

Mi hija se metía en las páginas [web] y ahí [me decía]: ‘Mira mamá, esta doctora es coreana y está hablando de que si el país no toma las medidas se va a contagiar todo el mundo’... Y ella estaba más preocupada que si esa enfermedad se propaga va a haber gran dificultad, varios riesgos,

de cómo el presidente no toma las cartas debidas o cómo no se pueden enterar si nosotros nos metimos en una página y vemos las noticias internacionales [por ser peligroso hacerlo].

En otras ocasiones, la desconfianza se generalizó hacia la relación con personas externas a la familia, hacia la “gente”, en términos abstractos. Así, se comenzó a construir una dicotomía entre el “nosotros”, constituido por las personas responsables, prudentes y éticas, y los “otros”, representantes de los irresponsables, imprudentes y despreocupados de las consecuencias de sus acciones. Podemos interpretar este hallazgo a través del marco de una ética de la ciudadanía biológica o biocidadanía, que sitúa en un lugar de exclusión a quien no promueve o protege los valores relativos a la salud (Rose, 2012). En otra familia de grupo socioeconómico bajo, una mujer adulta de 71 años sostenía que:

Para mí ha sido muy difícil esto de la pandemia, y más difícil se me hace el hecho de saber que hay gente que está sana y que no cumple con las cosas y que a nosotros nos ha perjudicado más. Porque nosotros, yo, por lo menos, que llevo siete meses encerrada, encerrada, eh... yo digo, ‘¿por qué la gente no toma conciencia?’ y eso es lo que más me duele.

### **Vitalismo y reconfiguraciones de la temporalidad**

Como mencionamos, a partir de marzo de 2020, y de modo rápido e inesperado, la pandemia se apareció en la vida de las personas y las familias. Lo hizo, además, en un momento en que muchas familias regresan de vacaciones de verano, endeudadas y debiendo solventar una serie de gastos que se concentran en marzo (escolares, de circulación de tránsito y otros). Al respecto, en una familia de grupo socioeconómico medio bajo, una mujer adulta de 37 años nos contó que la pandemia los encontró *en pelotas* (desnudos). Con ello, aludía especialmente a la falta de recursos económicos, pero también a una sensación de indefensión y fragilidad que resulta política y subjetivamente más amplia y que, como señalamos previamente, vincula vulnerabilidad y precariedad.

Otra dimensión muy importante de la pandemia fueron los cambios relativos al confinamiento en espacios pequeños de vivienda (la mayoría tienen en Chile entre 41 y 60 metros cuadrados) (Mindes, 2017) y a la necesidad de asegurar el cuidado en circunstancias excepcionalmente

difíciles. Los participantes del estudio calificaron estos cambios como una irrupción, un naufragio, una experiencia invasiva y caotizante en sus vidas cotidianas. Los primeros meses, en particular, estuvieron marcados por la angustia, el insomnio y la irritabilidad, entre otras situaciones. En este primer momento de desorganización de la vida cotidiana personal y familiar no sólo se alteraron las rutinas individuales y colectivas, sino también las bases objetivas y subjetivas que permitían una experiencia de estabilidad relativa en los hogares.

Los adultos que permanecieron principalmente en el hogar relataron haber vivido una sensación de suspensión del tiempo, de desconcierto ante una experiencia extraña, que se reforzaba con la del encierro en la vivienda. Dicha vivencia fue menos intensa entre quienes se mantuvieron circulando por razones laborales u otras. Ya sea que debieran o no salir a trabajar afuera, para los adultos, la relación entre pasado, presente y futuro se vio trastocada en incertidumbre e imposibilidad de planificar más allá de lo inmediato, especialmente en materias económicas o laborales. Esa experiencia de desestabilización es narrada por los entrevistados en continuidad con lo vivido durante el estallido social. Una mujer de 42 años, integrante de una familia de grupo socioeconómico medio, comentaba al respecto que:

La inseguridad económica también es parte de esa tempestad: ¿voy o no voy a tener plata?, lo material ¿qué pasa con lo material? ¿voy a poder pagar las cuentas ¿entiendes? Y luego empiezan a pasar cosas en las relaciones, empezas a chocar, qué sé yo. Es que también veníamos con el susto del estallido social, entonces ya venía algo como también caótico.

Luego de esos primeros meses, los participantes experimentaron una reorientación de la atención hacia el presente, intentando evitar preocuparse por lo perdido o lo que podía venir. Los testimonios distinguen entre lo controlable y lo que no lo es, junto con una dilatación del presente que llevará posteriormente a una revalorización del entorno doméstico, de la vida cotidiana y de los afectos cercanos. Se transitó, entonces, de un presente vacío de sentido a uno que lo recomponía a través de nuevos proyectos personales y familiares: desarrollar una nueva actividad laboral, conocerse mejor entre los miembros de la familia, aprender a aceptarse, ver crecer a los hijos, aprender a usar tecnologías informáticas o inglés, mejorar las propias habilidades en la cocina, arreglar la casa, entre otras.

En una familia de grupo socioeconómico medio, una mujer adulta de 32 años afirmaba que:

Debemos tener las precauciones y vivir el día a día, porque si caemos, nos angustiamos, y estuvimos un poco depre [deprimidos]. Estuvimos con ansiedad, con cambios de ánimo, porque igual le haces daño al que está al lado tuyo inconscientemente y se genera una cadena... Lo conversamos y dijimos: “vamos a vivir el día a día y vamos a plantearnos de la forma más prospera y más alegre posible, no pensando que el otro año no voy a tener pega [trabajo], porque también te lo preguntas en algún momento... tratamos todos de trabajar en la misma [sintonía]”.

Los niños y jóvenes se hicieron parte de esta recomposición de los proyectos vitales, especialmente en lo relativo a la valoración de nuevas actividades, la creación de espacios de encuentro familiar, o el cultivo de nuevos aprendizajes personales. Sin embargo, su experiencia del tiempo parecía ser un poco distinta a la de los adultos: no se apreciaba tanto la postergación de los proyectos personales anteriores sino la sensación de asfixia y de nostalgia por actividades y sociabilidades perdidas. En particular, añoraban poder compartir con los compañeros en el colegio, participar de actividades deportivas o culturales, salir a jugar al parque o la plaza o visitar amigos. En síntesis, para los niños y jóvenes, el “encierro” y el “aburrimento” tienen mayor relación con el confinamiento y el aislamiento social y espacial más que con una sensación de vacío o pérdida de sentido de la temporalidad.

Los niños y jóvenes valoraban, asimismo, las experiencias compartidas con la familia en torno a la cocina, el juego o ver juntos películas. Estas actividades intensificaron en ellos un sentimiento de pertenencia y de sentirse acompañados por su familia. En un hogar de grupo socioeconómico bajo, por ejemplo, un joven de 15 años expresaba que:

[Con la pandemia] he apreciado más el entorno familiar, porque por la pandemia, como mucha gente ha muerto; nosotros realmente no apreciamos nuestro entorno, siento que debido a la pandemia todo se aprecia más: la familia, los amigos, todo. Pero cuando no había pandemia como que daba igual todo, entonces uno no apreciaba realmente lo que tenía a su alrededor. Pero ahora que hay pandemia como que uno se da más cuenta de lo que tiene.

En esta cita, se observa, también, una suerte de *segunda mirada* sobre la familia y las amistades, una revalorización de los vínculos. Ello se inscribe, como en el caso de otros participantes, en el marco de intensificación del presente, antes mencionado, y de un mayor vitalismo ante la muerte y la vulnerabilidad. Se expresa, además, un sentimiento de gratitud por los esfuerzos realizados por sus padres. Un joven varón de 14 años, miembro de una familia de grupo socioeconómico medio bajo, y cuya madre debió empezar a vender ropa usada en las ferias libres para sustentarlos, comenta que:

Voy a veces [con ella], pero las veces que voy igual es complicado, porque ahí se ve el esfuerzo que hace mi mamá por nosotros, de levantarse todos los días temprano, plancha todo el día para que la ropa esté bien, porque la ropa, así, bien puesta, se vende.

El sentimiento de gratitud y la valoración de la vida y de “aquello que se tiene” no se circunscribe a niños y jóvenes, está presente también en algunos adultos. Se asocia a la comparación con aquellos que enfrentan situaciones más difíciles. Observaciones similares han sido hechas para el contexto latinoamericano, con relación a otras situaciones muy adversas, como la violencia política sostenida en Colombia (Serrano, 2000) o la de los niños trabajadores centroamericanos (Woodhead, 1999).

En una línea similar, las nuevas condiciones hicieron posible, en varios casos, actualizar la demanda de contar con “tiempos familiares” de convivencia, precisamente cuando existía una carencia previa al respecto (PNUD, 2012; Vergara, Sepúlveda y Salvo, 2019). En efecto, las largas jornadas laborales y escolares, los extensos desplazamientos entre el trabajo y el hogar, la precariedad de los apoyos públicos e institucionales a las familias y las tareas de cuidado han ido restando mucho tiempo a la convivencia.

En cuanto al trabajo productivo, la pandemia evidenció, muchas veces, condiciones de vida y de sobreexplotación con altos costos sociales y personales. Quienes trabajan como empleados debieron enfrentar temores al despido o directas amenazas al respecto, o experimentar la intensificación de los turnos o jornadas laborales. Por ejemplo, dos profesores básicos pertenecientes a una familia de SEG medio bajo, nos contaron que su jornada laboral *online* se había extendido hasta alcanzar cerca de 12 horas diarias entre dictar clases y prepararlas, apoyar a alumnos con dificultades de conexión o comprensión, asistir a reuniones y otras

tareas. Muchas personas que desarrollaban actividades económicas independientes, por otro lado, han visto frustrada su continuidad, lo que les impactó no sólo en términos económicos, sino también en cuanto al sentimiento de un proyecto personal abortado, cuyos alcances iban más allá de la simple actividad comercial.

Por otra parte, las cuarentenas y el cierre de escuelas y algunos trabajos presenciales difuminaron los límites entre el hogar, la escuela y el trabajo, lo que generó una actividad frenética (Moretti y Maturó, 2021) o *continuum* laboral, resultante en una experiencia de saturación temporal y espacial. En cuanto al trabajo doméstico y de cuidado, aumentó la participación de los varones y los niños mayores, si bien, como se ha observado en otros países (Passerino y Trupa, 2020), siguieron siendo las mujeres adultas quienes llevaron la mayor carga.

En cuanto al trabajo académico de niños y jóvenes, ellos no se sentían cómodos con las clases *online*. Percibían que estaban aprendiendo poco y que no lograban sostener relaciones cercanas con sus profesores y compañeros. Existían, además, problemas con la calidad de la conexión a internet en las familias que habitaban en sectores de menores ingresos. En el caso de una familia de grupo socioeconómico medio, por ejemplo, los hijos de una mujer adulta de 37 años debían viajar cada día a casa de una tía para poder conectarse a internet, exponiéndose al contagio en el uso del transporte público, si bien ello mostraba el involucramiento de las familias en su sentido más extendido, analizado previamente. A la vez, la educación chilena ha tenido, históricamente, un doble carácter para los grupos socioeconómicos más bajos: integrativo y excluyente. Es en esta situación de pandemia que este carácter excluyente se ha mostrado con más fuerza, y las resoluciones posibles quedan a cargo de los padres, de los mismos niños o de los profesores, sobrecargados por las clases *online* y los problemas de conectividad de sus alumnos, como vimos en el relato de Manuel y Silvana, docentes que fueron parte de la investigación.

## Reflexiones finales

La pandemia, sus consecuencias y las medidas tomadas para paliarlas, intensificaron la precarización de la vida, coronando cerca de 50 años de políticas neoliberales en el país. El estallido social, una ruptura y una continuidad histórica, a la vez, rearticuló formas de organización colectiva que se encontraban relativamente dormidas. Facilitó, a la vez —al

menos provisoriamente—, la comprensión de las relaciones estructurales entre distintas esferas sociales: gobierno, salud, educación, previsión, organización social de los cuidados y tiempo libre, entre otras.

Los recursos colectivos e individuales desplegados en la pandemia no son inéditos en Chile, provienen de un repositorio histórico y cultural, que se activa ante situaciones muy adversas. La larga experiencia histórica enfrentando desastres naturales recurrentes como terremotos y maremotos han permitido la generación de un conocimiento altamente extendido en la población respecto de cómo organizarse para enfrentarlos<sup>11</sup>. Incluso con mayor eficacia que Japón, no obstante tratarse de un país altamente desarrollado y con una también larga experiencia sísmica (Ramos y Murikami, 2019). Otro tanto puede decirse de situaciones de alto conflicto político, como la dictadura de Pinochet. Por todo ello, el país estaba relativamente preparado para enfrentar, mayormente con recursos de las propias familias que del Estado, la pandemia de COVID-19. Sin embargo, la impronta que los procesos de neoliberalización han tenido en la construcción de subjetividades y en la individualización cultural de la sociedad chilena fue muy profunda y limitó ampliamente la entrega de ayuda estatal, que, como dijimos antes, siguió rigiéndose por la lógica de la focalización.

Lo aquí descrito constituye un escenario complejo, en el cual las familias y sus integrantes debieron poner en juego diversos arreglos y estrategias para enfrentar las dificultades producidas y tomar decisiones respecto a la vida cotidiana, su organización y sus diversas formas de trabajo. Se trató de un proceso decisonal complejo, que no debe entenderse sólo como cognitivo, sino como apuestas prácticas y simbólicas que la gente hace en torno a la construcción de una vida vivible para sí, su familia y su entorno. El dilema producido por la necesidad de subsistencia y la demanda de confinamiento fue uno de los ámbitos de decisión más difíciles. Se trata de dos formas de afirmación de la vida que están en contradicción, y esa contradicción debió ser resuelta a nivel personal y familiar, insoslayable de una lógica sacrificial, donde siempre se pierde o se arriesga a perder algo: el ingreso o la salud. Toda esta constelación de interpretación, decisión y acción, y el reposicionamiento personal y colectivo que involucran, dan cuenta de la capacidad de agencia de niños, jóvenes y adultos, de la cual las personas son concientes. Por ello enar-

11 Véase, entre otros, Olivos y Zeguel (2011), Fernández Canque (2007) y los testimonios reunidos por Watanabe et al. (2022). Para los mapuches, pueblo originario y, en consecuencias, cuya experiencia con los desastres naturales es milenaria, véase: Neira et al. (2015) y el clásico estudio de Lenz (1912).

bolan un sentimiento de orgullo relativo al compromiso moral con la familia y el *salir adelante* juntos, que moviliza gratitudes de otros y hacia uno mismo.

Reconocer dicha agencia (individual y colectiva) no supone concebir unos hiperactores sociales, capaces de torcer el destino ante cualquier dificultad, tampoco significa minimizar el peso de los problemas, muchos de las cuales podrían haber sido menores si las respuestas y la planificación pública hubiera sido más coherentes. Sólo implica que, las personas no son ni fueron en este caso estáticas ni pasivas ante los acontecimientos. Intentaron conducir, lo más posible, aún en marcos estructurales de mucha precariedad, sus propias vidas y las de sus familias, valiéndose de recursos materiales, afectivos y organizativos propios. En general, y en una medida relevante, la sobrevivencia material y emocional de las familias en Chile ha descansado en la capacidad de las personas de movilizar sus propios recursos, incluso al extremo del agotamiento.

Lo que se vislumbra hacia adelante es muy incierto. Más allá de la sostenida baja en los contagios, la pandemia, como fenómeno social complejo, no se terminará tan rápidamente. Sus efectos sobre el empleo, la actividad económica, la pérdida de aprendizajes académicos, la salud mental de las personas y otros, se extenderán, muy probablemente, por un buen tiempo. El estallido social hizo posible un proceso de redacción de una Nueva Constitución. Sin embargo, el resultado de ese proceso resultó negativo y el nuevo proceso actual no parece que vaya a conducir al corto plazo a la consolidación de un Estado con una mayor responsabilidad por la provisión del bienestar y el aseguramiento de derechos sociales. Tampoco está claro que pueda debilitarse la concepción de una democracia tutelada ni que vayan a abrirse mayores espacios a la participación social. Ello haría necesarias transformaciones profundas y extensivas, que no resultan fáciles en un contexto global en el cual Chile ocupa un lugar secundario, como proveedor de materias primas, sometido a las presiones de las agencias crediticias internacionales y los tratados de libre comercio. En conclusión, las secuelas de la pandemia y del modelo neoliberal seguirán entre nosotros aún por un largo tiempo.

## Referencias

- ACHS (Asociación Chilena de Seguridad). (2021). *Termómetro de la salud mental en Chile ACHS-UC, Tercera Ronda, mayo de 2021*. [https://www.achs.cl/portal/centro-de-noticias/Documents/Termometro\\_SM\\_version3.pdf](https://www.achs.cl/portal/centro-de-noticias/Documents/Termometro_SM_version3.pdf)
- Alcalde, B. (2020). La condición del trabajador pos keynesiano: el precariado frente a la contrarrevolución neoliberal. *Revista Internacional de Pensamiento Político, I Época, 15*, 287-303.
- Arteaga, C. y Pérez, S. (2011). Experiencias de vulnerabilidad: de las estrategias a las tácticas subjetivas. *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, (2)*, 67-81.
- Bourdieu, P. (2000). *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Editorial Anagrama.
- Burns, N., Follis, L., Follis, K. y Morley, J. (2021). Moving targets, moving parts: the multiple mobilities of the COVID-19. En D. Lupton y K. Willis, *The COVID-19 crisis. Social perspectives* (pp. 27-38). Routledge.
- Bury, M. (1982). Chronic illness as biographical disruption. *Sociology of Health & Illness, (4)*, 167-182.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Butler, J. (2009). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. Paidós.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Paidós.
- CEPAL. (2021). El desafío social en tiempos del COVID-19. *Informe Especial COVID-19, N°3*. [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45527/5/S2000325\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45527/5/S2000325_es.pdf)
- De Certau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- De Mauro, M. (2020). '¿Cómo hacer sentido en la precariedad? Bio-precario y vida sensible. *Bakhtiniana, 15(3)*, 35-56.
- DEIS. (2021). *Estadísticas de defunciones por COVID-19*. Ministerio de Salud. [https://informesdeis.minsal.cl/SASVisualAnalytics/?reportUri=%2Freports%2F357a72ec-43b7-4ca9-89cb-33f4818d2ab3&sectionIndex=0&ssso\\_guest=true&sas-welcome=false](https://informesdeis.minsal.cl/SASVisualAnalytics/?reportUri=%2Freports%2F357a72ec-43b7-4ca9-89cb-33f4818d2ab3&sectionIndex=0&ssso_guest=true&sas-welcome=false)
- Díaz, V. y Insúa, P. (2019). Discursos sobre la precariedad: consecuencias en la identidad y en la obra del artista. *Rev. Asco. Esp. Neurosis, (39)*, 111-132.
- Fernández Chanque, M. (2007). *Arica, 1868. Un tsunami y un terremoto*. DIBAM.
- Fernández Christlieb, P. (2004). *El espíritu de la calle: Psicología política de la cultura cotidiana*. Átropos.
- Fraude, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial.
- Fuenzalida, M. (2020). COVID-19 y las desigualdades territoriales al interior de Áreas Metropolitanas de Valparaíso, Santiago y Concepción, Chile. *Espiral, Revista de Geografías y Ciencias Sociales, (2)*, 79-89.

- Fundación Sol. (2021). Los verdaderos sueldos de Chile-2021. <https://www.fundacionsol.cl/blog/estudios-2/post/los-verdaderos-sueldos-de-chile-2021-6796>
- Gobierno Argentino. (2020). “Pensar en Tiempos Turbulentos”: Judith Butler. Ministerio de Salud Hospital Nacional en Red “Lic. Laura Bonaparte”. <https://www.argentina.gob.ar/noticias/pensar-en-tiempos-turbulentos-judith-butler>
- Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford University Press.
- Instituto Sistemas Complejos de Ingeniería (ISCI). (2021). *Reportes de movilidad en tiempos de COVID*. <https://isci.cl/covidcat/reportes/>
- Laval, Ch. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa.
- Lefebvre, H. (1972). *Crítica de la vida cotidiana*. Siglo XXI.
- Lenz, R. (1912). Tradiciones e ideas de los araucanos acerca de los terremotos. Imprenta Cervantes.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Ediciones Traficantes de Sueños.
- Matus, Ch. y Montes, M. (2020). Comercio informal en Santiago. Pistas etnográficas para el reconocimiento de una práctica urbana. *Planeo*, (83), 1-14. [://revistaplaneo.cl/wp-content/uploads/Arti%CC%81culo\\_Matus-y-Montes.pdf](https://revistaplaneo.cl/wp-content/uploads/Arti%CC%81culo_Matus-y-Montes.pdf)
- MINDES (Ministerio de Desarrollo Social). (2017). *Resultados Vivienda-Casen 2017*. Ministerio de Desarrollo Social. [http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/storage/docs/casen/2017/Resultados\\_ingresos\\_Casen\\_2017.pdf](http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/storage/docs/casen/2017/Resultados_ingresos_Casen_2017.pdf)
- MINEDUC (Ministerio de Educación-Agencia de la Calidad de la Educación). (2021). *Diagnóstico Integral de Aprendizajes*. <https://diagnosticointegral.agenciaeducacion.cl/>
- MINSAL (Ministerio de Salud). (2021). *Más del 87% de la población objetivo ha completado su esquema de vacunación contra SARS-CoV-2*. <https://www.minsal.cl/mas-del-87-de-la-poblacion-objetivo-ha-completado-su-esquema-de-vacunacion-contra-sars-cov-2/#:~:text=M%C3%A1s%20del%2087%25%20de%20la,de%20Salud%20%2D%20Gobierno%20de%20Chile>
- Moretti, V. y Maturo, A. (2021). Unhome sweet home: the construction of new normalities in Italy, during COVID-19. En D. Lupton y K. Willis, *The COVID-19 crisis. Social perspectives* (pp. 90-102). Routledge.
- Neira, P., Reyes, J. y Linker, S. (2015). *Las voces del lago*. Proyección Editores.
- Olivos, F. y Seguel, P. (2011). Emergencia organizacional ante la emergencia: alcances y limitaciones de la respuesta ciudadana pos 27-F en Curepto urbano. *Revista Pequeñ*, 1(1), 138-149.

- Pasik, D. (30 de julio de 2020). Judith Butler y el coronavirus: en marzo se venía un mundo mejor, pero se cuidó la salud de la economía. *El Clarín*. [https://www.clarin.com/cultura/judith-butler-coronavirus-habla-vidas-consideran-dispensables-favor-salud-economia-\\_o\\_tG\\_MAHmkS.html](https://www.clarin.com/cultura/judith-butler-coronavirus-habla-vidas-consideran-dispensables-favor-salud-economia-_o_tG_MAHmkS.html)
- Passerino, L. y Trupa, N. (2020). Experiencias de cuidados y trabajo: preocupaciones, malestares y emociones en contexto de pandemia de COVID-19 en Argentina. *Revista Feminismos*, (8), 134-148.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (1998). *Desarrollo Humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. PNUD.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2021). *Desarrollo Humano en Chile. El desafío de repensar el desarrollo*. PNUD.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2020). *Impactos Socioeconómicos de la Pandemia en los Hogares de Chile. Resultados de la Encuesta Social COVID-19*. [https://www.estudiospnud.cl/wp-content/uploads/2020/11/202001110\\_pnud\\_covid-1.pdf](https://www.estudiospnud.cl/wp-content/uploads/2020/11/202001110_pnud_covid-1.pdf)
- Ramos, L. y Murakami, H. (2019). Reduction of the risk by tsunami: evacuation process in Chilean cities during the earthquakes of 2010 and 2015. *Journal of Tsunami Society International*, 38(1), 30-48.
- RIMISP (Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural). (2021). Pandemia y alimentación en los hogares de Chile: Resultados de la Encuesta de Seguridad Alimentaria y Alimentación. <https://www.rimisp.org/wp-content/uploads/2021/06/6-Chile.pdf>
- Rose, N. (2012). *Políticas de la Vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. Editorial Universitaria.
- Serrano, J. (2000). Menos querer más de la vida: concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos. *Nómadas*, (13), 10-28.
- SUBTEL (Subsecretaría de Telecomunicaciones). (2017). *IX Encuesta de acceso y usos de Internet*. [https://www.subtel.gob.cl/wp-content/uploads/2018/07/Informe\\_Final\\_IX\\_Encuesta\\_Acceso\\_y\\_Usos\\_Internet\\_2017.pdf](https://www.subtel.gob.cl/wp-content/uploads/2018/07/Informe_Final_IX_Encuesta_Acceso_y_Usos_Internet_2017.pdf)
- Taylor, M. (2006). *From Pinochet to the "Third Way". Neoliberalism and transformation in Chile*. Pluto Press.
- Tsianos, V. y Papadopoulos, D. (2006). Precariedad: un viaje salvaje al corazón del capitalismo corporeizado. *Transversal*. <https://transversal.at/transversal/1106/tsianos-papadopoulos/es>
- Universidad Católica-Centro de Encuestas y Estudios Longitudinales. (2020). *Estudio longitudinal Empleo-COVID-19. Datos de empleo en tiempo real*. 2020. <https://www.uc.cl/site/assets/files/11504/presentacion-estudio-longitudinal-empleo-covid19-10-septiembre-2020.pdf?it=site/efs/files/11504/presentacion-estudio-longitudinal-empleo-covid19-10-septiembre-2020.pdf>

- Vergara, A., Llobet, V. y Nascimento, M. L. (2021) South American Childhoods Since the 1990s: Between Neoliberalisation and the Expansion of Rights. An Introduction. En A. Vergara, V. Llobet y M. L. Nascimento *South American Childhoods since the 90's. Neoliberalisation and children's rights* (pp.1-43). Palgrave Macmillan.
- Vergara, Ana; Sepúlveda, Mauricio and Salvo, Irene. 'Being a parent and being a child in Chile today: the relational construction of subject positions in a context of neoliberalisation'. *Subjectivity* 12 (2019): 371-388.
- Watanabe, Ch., Moreno, J. y Sáez, B. (2022). *Testimonios de resiliencia*. The Toyota Foundation.
- World Bank Group. (2016). *Poverty and shared prosperity 2016. Taking on inequality*. <https://openknowledge.worldbank.org/bitstream/handle/10986/25078/9781464809583.pdf>
- Worldometers. (2020). *Coronavirus*. <https://www.worldometers.info/coronavirus/#countries>
- Worldometers. (2021). *Coronavirus*. <https://www.worldometers.info/coronavirus/#countries>
- Woodhead, M. (1999). Combatting child labour. Listen to what the children say. *Childhood*, (6), 27-49.



## 2. Cuerpo y corporalidades en el acontecimiento pandémico

Daniela Leyton Legües  
Carolina Peixoto  
Germán Lagos Sepúlveda

En el presente texto ofrecemos un análisis relacionado con la construcción del cuerpo vivido en pandemia desde la perspectiva del paradigma del *embodiment* o de la corporalidad propuesto por Thomas Csordas (1990, 2015). Las actuales perspectivas teóricas en torno al cuerpo en ciencias sociales buscan superar los enfoques individualizantes o mecanicistas del cuerpo, basados sólo en el sustrato biológico del ser humano. De este modo, se pueden integrar las dimensiones sociales y culturales del cuerpo humano, reconociéndolo como un constructo sociocultural y, como tal, objeto de simbolización (Scheper-Hughes y Lock, 1987). El entorno y los objetos que rodean el cuerpo humano se inscriben en él y lo recrean, siendo susceptible de ser simbolizado y, por ende, significado por los propios sujetos y conjuntos sociales.

Asimismo, podemos referirnos al cuerpo en su dimensión política (Scheper-Hughes y Lock, 1987), basándonos fundamentalmente en el análisis de la biopolítica y anatomopolítica propuesto por Michel Foucault, centrado en el control y el disciplinamiento de los cuerpos en las sociedades occidentales modernas mediante el poder ejercido a través de sus diversas instituciones (cárceles, hospitales, escuelas y ejército, entre otros).

Por otro lado, comprendemos al cuerpo como un operador sociocultural (Pazos, 2015), en su doble dimensión de producto sociocultural y desde su capacidad de agencia en su relación con el mundo, a través de la constitución de la propia experiencia de los sujetos. Es en esta línea que Thomas Csordas (1990) propone el paradigma del *embodiment* como un campo metodológico sobre la “fenomenología cultural de la corporalidad”, el que:

...denota un intento por avanzar en la comprensión de la cultura y el sí mismo desde el punto de partida de nuestros cuerpos como-ser-en-el-mundo, y requiere reconocer que nuestros cuerpos son tanto el sustrato de la existencia como el emplazamiento de la experiencia... (Csordas, 2015, p. 17)

El análisis de la corporalidad se concentra en la experiencia corporizada como una primera aproximación al mundo de la cultura de los sujetos (Csordas, 2010). En este sentido, el enfoque propuesto por Csordas intenta dinamizar las lecturas sobre cuerpo y cultura, ello implica que el cuerpo no debe ser abordado únicamente como un objeto de simbolización o de sujeción político social, sino que también como medio y acción, parte activa de la conformación de la experiencia humana mediante lo que denomina “las estructuras elementales de la agencia en la relación entre cuerpo y mundo” (Csordas, 2015). A partir de los trabajos de Merleau-Ponty, Bourdieu y Foucault, Csordas (2015) identifica tres perspectivas de la agencia en la relación cuerpo-mundo que variarán acorde con la primacía o dirección del vector de la agencia. Es decir, de manera general, la relación del cuerpo en el mundo se expresa mediante la intencionalidad del primero (Merleau-Ponty); mientras que un vector de agencia recíproco entre cuerpo-mundo ocurrirá en la práctica y su *locus* será el *habitus*, siguiendo el planteamiento de Bourdieu, y, finalmente, el vector de agencia del *mundo-sobre-el-cuerpo*, estará dado por el discurso en las relaciones de poder (Foucault).

La propuesta del paradigma del *embodiment* de Csordas (1990, 2010, 2015) constituye una postura metodológica apropiada para analizar el fenómeno de la corporalidad a partir de la identificación de diversos componentes, algunos de los cuales revisaremos aquí. Dicha perspectiva nos permite plantear la relevancia de la dimensión corporal en el marco de la pandemia por COVID-19 en Chile, comprendido como un suceso sanitario inmerso en un contexto sociopolítico e histórico determinado. Se trata de experiencias encarnadas fraguadas al calor del acontecimiento pandémico, que nos permiten visibilizar las vivencias de los sujetos en relación con las políticas sanitarias adoptadas por el gobierno.

En este sentido, la pandemia por COVID-19 se presenta como un contexto novedoso para pensar el cuerpo y la corporalidad, no sólo desde la medicina, sino que, desde lo social, lo cultural y lo político; abriendo diversas interrogantes desde las ciencias sociales en su dimensión de

acontecimiento y en sus consecuencias sociohistóricas (Finol, 2020; Valle, 2020).

La revisión de los relatos obtenidos del trabajo de campo realizado con familias de distinta composición y estrato socioeconómico, durante la fase de confinamiento y cuarentenas en el año 2020, permitió identificar tres ejes significativos en relación con el cuerpo vivido en el marco del acontecimiento pandémico. Se trata de distinciones analíticas, que no tienen necesariamente una correspondencia lineal o cronológica de la relación corporal, ocurriendo que incluso se superponen unos con otros. El primero dice relación con el quiebre de la vida cotidiana, es decir, la ruptura explícita y abrupta con lo que denominábamos normalidad que impregna todos los espacios de la vida. El segundo aspecto consiste en el resguardo que aplican o experimentan las familias en relación con su dimensión corporal afectada. El tercer y último ámbito se refiere a la temporalidad, a la producción de una cotidianeidad pandémica en contextos de confinamiento.

### **El quiebre de la experiencia cotidiana**

Las familias experimentaron la irrupción de la pandemia como un gran quiebre en su vida cotidiana. De forma más o menos explícita, todos y todas las participantes dan cuenta del impacto y reconfiguración en su dimensión cotidiana producto de la irrupción del COVID-19. En este sentido, y desde el paradigma del *embodiment*, interpretamos lo dicho por los sujetos, en relación con la forma en que se vive la corporalidad, como el “impedimento de la agencia [de los sujetos] en la relación cuerpo mundo [es decir], esta agencia deteriorada tropieza con un vector de agencia desde el mundo hacia el cuerpo” (Csordas, 2015, p. 36).

En otras palabras, existe una mutua influencia entre el cuerpo y el mundo mediante las prácticas sociales, las que se expresan de manera inconsciente —aquello que Pierre Bourdieu conceptualizó como *habitus* (Bourdieu, 2007)—, trastocado a través del establecimiento de restricciones en la vida cotidiana de los sujetos. Dichas restricciones recaen sobre su corporalidad, afectando directamente uno de sus ámbitos centrales como es el *movimiento o movilidad*, comprendido como la habilidad para movernos, definido por un estilo y que requiere de agencia e intencionalidad (Csordas, 2015, p. 32). A su vez, la corporalidad se expresa en el mundo de los *afectos*, comprendiendo el reconocimiento de emociones y

sentimientos por parte de los sujetos, de manera cultural y socialmente situadas (Csordas, 2015).

Planteamos entonces que, dado que el movimiento requiere de la acción o, más precisamente, de la agencia y de una intencionalidad para su relación con el mundo (Csordas, 2015), las restricciones impuestas sobre la movilidad de los sujetos producto de las cuarentenas conllevan una pérdida de la agencia que venía dada en la relación “recíproca” entre cuerpo y mundo y experimentada en la normalidad de las rutinas, viéndose seriamente trastocada. De este modo, lo que antes era llevado a cabo de manera diaria y rutinariamente sufre un *quiebre* abrupto.

Lo anterior repercute en la experiencia de la pandemia por los sujetos, a través de la vivencia corporal sentida o expresada como una desestructuración de la vida cotidiana. Igualmente, la limitación de la agencia corporal pasa a ser vivida y reconocida por los sujetos mediante afectos o sentimientos como *angustia, cansancio, estrés, ansiedad y tristeza*. Asimismo, este quiebre tiene tanto impactos diferenciados como comunes entre las familias y al interior de estas, de acuerdo con sus condiciones materiales y emocionales de vida, al género, a la edad y al tipo de trabajo desempeñado por las madres y los padres de cada una de las familias.

De acuerdo a lo señalado, la pérdida de movilidad es tal vez uno de los aspectos más sensibles y sentidos por las y los entrevistados, lo cual apunta a la movilidad corporal reducida principalmente al espacio doméstico, producto de las limitaciones y regulaciones de la vida al aire libre y en espacios públicos, mediante las políticas sanitarias de ordenamiento y control que buscaban disminuir las interacciones entre las personas con el argumento de disminuir el nivel de los contagios por Sars-CoV-2.

Lo que más afecta a las personas es el encierro, vivido con mucho pesar. Algunos señalan que ha sido “horrible, horrible”, otros nos comentan que les ha producido angustia y desvelo o mal dormir, incluso entre jóvenes y adolescentes. Estas sensaciones se agudizaron en el caso de mujeres adultas a cargo de sus hogares, pero también las niñas, los niños y jóvenes manifestaron su pesar por no poder salir de sus casas ni tener la posibilidad de pasear en las playas, bosques, espacios verdes o, simplemente, en la ciudad con amigos o con la familia.

La vivencia del encierro experimentará variaciones según las condiciones en las que viven las familias. En el caso de una familia biparental de estrato medio de la Octava Región, la madre nos relata que a ella personalmente no se le ha hecho tan difícil sobrellevar el encierro, debido a que, siendo dueña de casa, no han cambiado tanto sus rutinas. Destaca,

además, que vive en una parcela donde ha podido tener tiempo para hacer un jardín y un huerto, lo que pudo llevar a cabo durante la cuarentena. Distinta es la situación de otras familias que habitan en tomas, casas o departamentos pequeños de 50 o 60 metros cuadrados; una de sus residentes señala que “todo [es] totalmente reducido”. En la misma línea, la madre de la familia monoparental de estrato medio considera que se siente *prisionera* en su hogar. Mientras que la madre y jefa de hogar de la familia monoparental de estrato bajo, quienes habitan en un campamento, retrata por medio de una fotografía la dificultad de encontrar espacios de intimidad para amamantar a su hija.

Todas y todos los integrantes de las familias con quienes trabajamos insisten en que uno de los ámbitos más difíciles de recuperar o reemplazar es el del ocio, la recreación y la sociabilidad con amigos y familiares. Si bien las familias han encontrado momentos de esparcimiento y vida en común, la sociabilidad fuera del hogar es difícilmente reemplazable. Las personas han buscado alternativas, como tomar cursos *online*, dedicarse a plantar flores o plantas inclusive en los pequeños balcones de los departamentos, o cocinar cosas dulces para alegrar a la familia o para poder venderlos, entre otros. Sin embargo, y sobre todo entre los adultos, es difícil encontrar momentos de distensión y relaxo. Así, la madre de la familia biparental de estrato bajo nos indica en una fotografía que su único momento de esparcimiento durante las cuarentenas se da al final del día, cuando se sienta a fumar un cigarrillo en el balcón del departamento junto a su hija mayor.

El quiebre de la cotidianidad y el consiguiente encierro, producto de las largas cuarentenas en muchas comunas del país, no afectó de manera homogénea a los miembros del hogar. En algunos casos fue especialmente difícil de sobrellevar para las y los niños y adolescentes, en otros los más perjudicados fueron sus madres y/o padres. Por esta razón, las y los entrevistados consideran que el aburrimiento ha sido una experiencia marcadora y cotidiana para las y los niños y adolescentes, llegando a ser problemática para algunos de ellos. Por ejemplo, la madre monoparental de estrato bajo, les atribuye a sus hijos estar “como con depresión”, porque se niegan a realizar muchas de las cosas que hacían habitualmente, tales como bañarse, hacer las tareas escolares o ayudar con el aseo. Asimismo, los adolescentes y niño/as nos compartieron algunas de sus actividades diarias e impresiones a través de la plataforma digital, donde coinciden en la sensación de aburrimiento y en la falta que les hacen las actividades

diarias que llevaban antes de la pandemia: jugar fuera de casa con otros niño/as, hacer deporte y tener una mayor independencia y privacidad.

Para ellos, el espacio central para realizar su vida cotidiana durante la pandemia se reduce a su habitación, e incluso de manera más específica a su cama, considerando además que algunos de ellos deben compartir su habitación. El encierro ha llevado a lo/as niño/as, adolescentes y jóvenes a relacionar su corporalidad con el mundo y su familia a través de su propia cama, como un mediador de su experiencia corporal reducida y mediante la búsqueda de un espacio de privacidad e intimidad. La cama se ha transformado en uno de sus lugares principales, donde duermen, estudian, se conectan con los amigos o amigas mediante distintas plataformas, juegan *online* o comen.

La sensación de este mundo reducido y encerrado respecto a los movimientos habituales anteriores a la pandemia, nos la expresa una de las adolescentes de la familia biparental de estrato medio, mediante una fotografía de su diario multimodal. La imagen retrata, en primer plano y a la sombra, una reja negra de fierro cerrada, bajo esta se observan hojas amarillas y secas caídas al suelo. En evidente contraste, el plano de fondo registra un paisaje iluminado por el sol. A través de la reja se puede ver hacia la calle desierta excepto por algunos árboles que habitan su margen opuesto. Al pie de la fotografía la niña de la familia biparental escribe: “Gracias a la cuarentena no he salido de mi casa, por lo menos no yo sola”.

Al perder espacios de distensión y entretenimiento cara a cara con sus pares, las/los niñas/niños y jóvenes nos dejan entrever lo que experimentan como pérdida de individualidad y privacidad, de manera que su vivencia corporal se percibe como limitada. En esta línea, uno de los adolescentes de la familia biparental de estrato medio comenta que pasa el día encerrado en su pieza con la puerta cerrada, porque le encanta tener privacidad y le gusta estar solo. Como consecuencia, ha comenzado a tener muchas disputas con su madre, cuya consecuencia es que —según dice—: “¡no puedo estar tranquilo!”.

Las madres y padres en general señalan que sus hijo/as pasan gran parte del día pegados a las pantallas, situación que también los estresa, y que sería producto del aburrimiento que están experimentando. Asimismo, los jóvenes y niños/niñas con hermanas/hermanos menores sostienen que la falta de movilidad y derroche de energía corporal, también los ha conducido a estresarse y llorar permanentemente o a tener discusiones entre hermano/as. Sin embargo, algunos de ellos/as también

reconocen que las cuarentenas les han servido para mejorar su relación con sus hermanos/as y conocerse mejor.

### El “resguardo” familiar en la *orientación y copresencia corporal*

Una vez visto el quiebre de la vida cotidiana producido por el encierro por la pandemia y por las cuarentenas obligatorias, en este ítem presentaremos la cuarentena vivida por las familias mediante lo que estas denominan “el resguardo”. Esta acción promovida por las familias no sólo apela a un encierro —voluntario o no— como una forma de protección en la pandemia, sino que incluye además un repliegue de las familias sobre sí mismas (Leyton et al., 2023), apuntando a acciones y prácticas que van siendo encarnadas por los sujetos como una forma de protección y control. El resguardo consiste en un proceso activo de atribución de significados y producción de prácticas, asociado a los conocimientos, creencias y saberes respecto a la enfermedad y su posibilidad de contagio que van siendo producidos por las familias. Dicho proceso remite también a las experiencias y sensaciones corporales, que podemos identificar a partir de las denominadas *orientación y copresencia corporal* (Csordas, 2015). Es decir, si el quiebre anteriormente mencionado apunta a una disrupción y pérdida de agencia, el “resguardo”, como orientación y copresencia, corresponde a una reactivación de dicha agencia corporal deteriorada.

La orientación como parte de la corporalidad apela al habitar el espacio, el cual se da mediante el movimiento corporal de los sujetos, a través de su relación con los objetos, los lugares y los otros (Csordas, 2015). En primer lugar, los espacios públicos se han visto drásticamente trastocados debido al distanciamiento físico con otros y la demarcación de los lugares que deben ocupar las personas en lugares de alto flujo de personas, como el transporte público, tiendas o supermercados. Por otro lado, en el espacio íntimo del hogar se hicieron presentes otras relaciones del cuerpo y los objetos. Por ejemplo, se hace común el uso de objetos novedosos para el cuidado cotidiano higiénico, como el alcohol gel y las mascarillas, las que se indican desde la autoridad sanitaria como obligatorias en el espacio público.

Los y las entrevistadas coinciden en que la *incorporación* del uso de estos objetos constituye formas de resguardo frente a la pandemia, aunque no hay un acostumbamiento corporal, dado que son percibidas como molestas e incómodas. Asimismo, las formas de utilizarlas varían entre

los grupos familiares y entre las personas. Por ejemplo, el adolescente de la familia biparental de estrato medio alto comenta que usa mucho alcohol gel e intenta no tocar nada cuando sale de casa, inclusive haciendo que su madre le abra las puertas. Por el contrario, la madre de la familia monoparental de estrato bajo comenta que ella no es “tan exagerada” como para ponerse alcohol gel cada vez que toca algo cuando sale. Dicha familia fue una de las que más referencias hizo respecto a lo incómodo de las mascarillas o a la falta de libertad que sentían al utilizarla, al “echar de menos salir así libre”. Por otro lado, para ellos no es novedoso el uso frecuente de cloro en el hogar para limpiar superficies y objetos, destacando que es una práctica común entre las familias que viven en el campamento.

Otros adultos y jóvenes nos mencionaron que se quitan toda la ropa cuando regresan a su hogar y la dejan en un espacio destinado para ello, limpian la suela de los zapatos con amonio cuaternario y después se duchan. Para la mayoría estas acciones son vividas como una carga, una pesada responsabilidad que hay que cumplir para no contagiarse, las que ponen en práctica principalmente para no poner en riesgo a los otros integrantes de sus familias, independiente de sus edades y de la preexistencia de enfermedades que incrementa los riesgos de contagio. En efecto, acerca de estas rutinas, la joven de la familia extensa de estrato medio señala:

“...conductas incómodas”, “estar todo el rato...eh...salir con mascarilla, después cuando uno entra desinfectar todo, tener que lavar todas las cosas...eh...Entonces, igual eso es como una lata y al final... ¡y es una rutina que no, a la que no estábamos acostumbrados, para nada!”.

Por otro lado, las transformaciones dadas por la nueva orientación corporal también suponen la incorporación de otras actividades vinculadas con el ocio y el trabajo, inclusive al interior del hogar al entenderlo como una nueva forma de relaciones con los objetos en sus casas. De este modo, algunos de los entrevistados realizan o retoman rutinas de ejercicios, cultivan plantas o comienzan a experimentar diseños con maquillajes en el rostro y el cuerpo como pasatiempo.

Gracias a su relación con el cuerpo y la corporalidad, el resguardo conlleva también una transformación en la *copresencia*, entendida como “las formas moduladas histórica y culturalmente de intersubjetividad, intercorporeidad, alteridad, sociabilidad y modos somáticos de atención,

en contextos de interacción cara a cara y cada vez más en escenarios virtuales creados por la tecnología” (Csordas, 2015, p. 32). Sin lugar a duda, el ámbito de la copresencia ha sido uno de los más afectados por la pandemia, tanto en lo que tiene relación con los ámbitos de vida abandonados como en los incorporados. En ambos casos, dejando una impronta en la afectividad.

Si bien en muchas de las familias, los adultos mantuvieron sus trabajos fuera del hogar, la relación con el otro se modificó sustantivamente, ya sea en el uso del espacio en la ciudad —en aspectos de orientación como en las formas de locomoción y distancia física hacia los otros— y, principalmente, el control sobre el movimiento y la interacción con los compañeros en el lugar de trabajo altamente limitadas o restringidas. Por otro lado, tenemos la fuerte inserción del uso de las plataformas virtuales, en las que todas las familias comenzaron a relacionarse a distancia con otras a través de la tecnología, reemplazando el cara a cara.

Lo más difícil de la pandemia ha sido perder el contacto corporal y presencial. Sobre todo, los adultos mencionan el pesar y tristeza que sienten por alejarse de sus familias extendidas: padres, abuelo(as), primo(as) o sobrino(as); por no poder visitarse ni reunirse en momentos especiales como cumpleaños u otro tipo de festividades. Aquello ha conducido a algunas familias a cambiar su domicilio a otro cercano a sus padres o abuelos, ya que la mayoría de las familias que habitan cerca mantienen un contacto presencial más frecuente. Para los jóvenes, en cambio, la mayor dificultad consiste en perder el contacto presencial con sus amigos/as y grupos de pares, el que se trasladó al uso intensivo del celular o del computador. Como una arista positiva de este cambio es la creación de nuevas formas de recreación: compartir música u otros intereses de manera *online*.

Paralelamente, se intensificó la presencialidad al interior de los hogares. Las familias reconocieron pasar más tiempo juntos y conocerse mejor al compartir la mayor parte de la vida cotidiana dentro del hogar. No obstante, adultos y jóvenes lo consideran en ocasiones agobiante, también les ha permitido contar con espacios de entretenimiento y conocimiento mutuo. De alguna manera, el resguardo se presenta como una protección frente a las incertezas exteriores, de manera que las nuevas rutinas en pandemia representan un movimiento entre una gran incertidumbre y las pequeñas certezas cotidianas.

## La temporalidad corporal: el tiempo inacabado entre el trabajo y los estudios

La *temporalidad* se relaciona con la corporalidad a partir de la experiencia de la duración, que remite a la experiencia vivida en torno a los ciclos, a las estaciones del año, al crecimiento o al envejecimiento, la vida y la muerte. Por lo tanto, no constituye necesariamente un tiempo lineal (Csordas, 2015).

Asimismo, y como hemos destacado, para los jóvenes y los(las) niños(as), la vida en pandemia ha resultado difícil, en algunas situaciones incluso aún más que entre los adultos. Por un lado, está el aburrimiento que muchos de ellos han experimentado, por otro, han visto truncadas las formas habituales de relacionarse y experimentar el mundo en un momento de su ciclo vital en el que están adquiriendo mayor autonomía y definiendo su individualidad frente a los adultos y a sus pares.

No sólo las y los niños y jóvenes perciben las dificultades señaladas, también lo hacen sus madres. Algunas comentan que el encierro ha implicado un cambio en los planes que los/as mismos/as niños/as se habían propuesto durante el año o que ellas sientan la necesidad y la preocupación de buscarles entretenimientos a sus hijos/as porque consideran que para ello/as ha sido más difícil enfrentar la pandemia. Asimismo, los/las niños/as afirmaron haber experimentado algunas transformaciones corporales en este tiempo, como es el caso del adolescente de la familia biparental del estrato medio alto, quien señala que ha madurado y ha crecido, lo que se refleja en el asombro de los adultos sobre lo grande y cambiado que estaría, pero él enfatiza que es una transformación no sólo física, sino que también emocional y que sus padres no se han percatado de ello.

La experiencia de la temporalidad entre los/las niños/as se vincula a dos ámbitos relevantes de vida al interior de los hogares, como son sus estudios mediante la enseñanza *online* o a distancia y el trabajo de los padres, tanto de manera remota y en casa, como los que han tenido que seguir trabajando fuera del hogar.

Respecto a la educación *online*, entre los/las niños/as y sus padres, es transversal la sensación de dificultad sobre el proceso de aprendizaje de la escuela. Los/las niños/as más pequeños no entienden las clases, se distraen con facilidad y se frustran, mientras que a los más grandes les es muy difícil concentrarse y tienen la sensación de no aprender a pesar de los esfuerzos de sus profesores. Agregan que en las clases presenciales

recibían retroalimentación, lo que no ocurre con la educación a distancia, generando incertidumbre entre ellos/ellas. Los ritmos y los tiempos normales de concentración y aprendizaje se han visto muy alterados, aunque no se debe olvidar que esta es una percepción de los entrevistados, no necesariamente coincidente con una baja real en las calificaciones escolares.

El ámbito laboral de las familias ha sido también muy relevante en la experiencia de la pandemia. Uno de sus principales componentes, que se despliega con mucha fuerza, es el cambio de la temporalidad vivenciada en la corporalidad de los sujetos. El mundo del trabajo —sea al interior del hogar o fuera de él— se presenta como un eje “ordenador” de esta vida cotidiana abruptamente trastocado por la pandemia.

Respecto a las transformaciones y continuidades de la situación laboral, las/los integrantes de las familias que conservaron su trabajo —sea que se desempeñan como empleados en el sector servicios o como obreros industriales— señalaron que las exigencias han sido mayores y que sus condiciones laborales se han visto desmejoradas. Consideran que el trabajo se volvió más demandante, se sienten más presionados por las jefaturas para “rendir” laboralmente y más controlados en el cumplimiento de sus funciones. Existen experiencias de obreros industriales controlados a través de dispositivos electrónicos, que registran y trazan los contactos entre trabajadores y que incluso emiten alarmas cuando existe una proximidad física mayor a la permitida. En otros casos, el control se realiza a partir de la realización de exámenes PCR para detectar la enfermedad y la aplicación de cuarentenas por parte del empleador. En el caso de las personas vinculadas a servicios, dicho control laboral se efectúa a través de la vigilancia por aplicaciones tecnológicas como WhatsApp o correos electrónicos permanentes por parte de colegas y de jefaturas.

Asimismo, las y los entrevistados coinciden en que las tareas laborales se amplían y complejizan producto de las medidas sanitarias, lo que no necesariamente supone la incorporación de condiciones de trabajo idóneas, tales como formas adecuadas de traslados, entrega de insumos higiénicos, infraestructura apropiada o herramientas o medios materiales adecuados para realizar el teletrabajo. Ante las situaciones señaladas dicen sentirse “estresados”, “superados” o “desgastados”. Para los adultos, esto conlleva una sensación de permanente falta de tiempo, problema que sus hijo/as se lo hacen saber y en ocasiones les reclaman, mientras en otros casos apoyan la labor de sus progenitores haciéndose cargo de las tareas domésticas y de cuidados de sus hermanas/hermanos pequeños/pequeñas si los hubiera, principalmente durante la semana.

En el transcurso de la investigación las familias fueron dando cuenta de la elaboración de una cotidianeidad pandémica. Sin embargo, no podemos establecer si esta se transformará en una “nueva” cotidianeidad, si existen aspectos de la vida cotidiana en pandemia que pasarán a ser parte constitutiva de las familias o si ciertos aspectos de la antigua cotidianeidad no volverán. Lo que las familias experimentan es un tiempo pandémico, que esperan que constituya un gran paréntesis, pero que cada día se extiende más y comienza a experimentarse como un modo de vida persistente, produciéndose un cierto acostumbramiento y acomodo, a pesar de las dificultades. Es en esta trayectoria de transformaciones de la vida cotidiana donde aparece una necesaria adaptación, resignación o resignificación de las experiencias corporales que van siendo encarnadas por los sujetos, producto del quiebre impuesto y repentino de la vida en medio de la pandemia por coronavirus.

### **La incorporación de la pandemia en la cotidianeidad**

En el presente capítulo hemos buscado realizar una reflexión fenomenológica respecto de las significativas modificaciones en la vida cotidiana producidas por la implementación de políticas sanitarias, vividas y experimentadas corporalmente por los sujetos. Hemos destacado cinco categorías de análisis que forman parte del paradigma del *embodiment: movimiento o movilidad, afecto, orientación, copresencia y temporalidad*. A través de ellas quisimos dar cuenta no sólo de una forma de enfrentar una cotidianeidad sentida como cambiante por los sujetos, sino también nos ayuda a comprender sus transformaciones intersubjetivas. Esto es, de experiencias compartidas y modeladas culturalmente. Por ende, las experiencias de la corporalidad aquí descritas no se deben interpretar como un fenómeno aislado o individual, por el contrario, constituyen las bases o pautas para “analizar la participación humana en el mundo cultural” (Csordas, 2010, p. 83) trastocado por la pandemia.

Podemos observar que en la vida cotidiana la pandemia afectó las relaciones espacio-cuerpo, llevando a producir nuevas relaciones, las que en ocasiones, ocurren de manera conflictiva (Finol, 2020). Las vivencias corporales de alejamiento como manera de prevenir el contagio del virus, y el acercamiento mediado por las tecnologías produjo un lenguaje corporal y espacial propio, siendo necesario aprenderlo y practicarlo por los sujetos. Asimismo, la pérdida de la relación física directa también im-

plicó una reducción de las capacidades sensoriales, debido a que las relaciones mediadas por el mundo digital no permiten oler, tocar ni saborear (Adami et al., 2020, p. 7 citado en Finol, 2020, p. 181). Experiencias que de acuerdo a lo analizado, se viven de forma tal que desestructuran el diario vivir de los sujetos, produciendo angustia, incertidumbre y repliegues en los lugares que los sujetos perciben con mayor control, como sería por ejemplo, el espacio doméstico.

De acuerdo a lo dicho, el análisis de la corporalidad contribuye a la comprensión de la imbricación entre las políticas sociales y sanitarias para hacer frente a la pandemia y las vidas familiares. En efecto, hemos observado sus repercusiones en las condiciones de vida en toda su amplitud, así como sus consecuencias en acciones básicas como descansar y dormir, en el ocio, la concentración y en las relaciones interpersonales. Este quiebre en las experiencias cotidianas se expresa en la identificación de emociones y percepciones compartidas a través del actuar del cuerpo en el mundo, dando cuenta de la afectación de las vivencias personales y familiares generadas por las políticas sanitarias orientadas al confinamiento y las cuarentenas para hacer frente a la pandemia por COVID-19.

## Referencias

- Adami, E. et al. (2020). PanMeMic Manifesto: Making meaning in the COVID-19 pandemic and the future of social interaction. *Working Papers in Urban Language and Literacies*, (273).
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Csordas, T. (1990). Embodiment as a paradigm for Anthropology. *Ethos*, 18(1), 5-47.
- Csordas, T. (2010). Modos somáticos de atención. En P. Aschieri, S. Citro, T. F. Csordas, M. Gómez, M. Jackson, M. Lambek et al., *Cuerpos plurales: Antropología de y desde los cuerpos* (pp. 83-104). Biblos.
- Csordas, T. (2015). Embodiment: agencia, diferencia sexual y padecimiento. En S. Citro, J. Bizerril y Y. Mennelli (coords.), *Cuerpos y corporalidades en las culturas de las américas*. Biblos.
- Finol, J. E. (2020). Antropo-Semióticas del cuerpo. Pandemia y transformaciones en la Corposfera: Espacio, desritualización e identidades. *Espacio Abierto*, 29(4), 178-195.
- Leyton, D., Sepúlveda, M., Vergara del Solar, J. I., Vergara del Solar, A., Lagos, G., & Peixoto, C. (Eds.). (2023). *Postales familiares: Diario vivir durante la pandemia por COVID-19 en Chile* (1ª edición). Ocho Libros.
- Scheper-Hugues, N., Margaret, M. y Lock, B. (1987). The Mindful Body: A Prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1(1), 6-41.
- Vallee, M. (2020). Doing nothing does something: Embodiment and data in the COVID-19 pandemic. *Big Data & Society*, 7(1). <https://doi.org/10.1177/2053951720933930>

### 3. Precariedad y vulnerabilidad: hacia una ontología política del malestar subjetivo en tiempos de COVID

Claudia Calquín

#### **Introducción**

El capítulo aborda otras de las dimensiones de los efectos de la pandemia en las vidas de las familias estudiadas y que, esta vez, nos llevan a los puntos de articulación e inflexión entre las experiencias singulares y los marcos estructurales previos existentes en Chile y que podemos denominar, en términos amplios, el modelo neoliberal impuesto a partir de la dictadura. El hilo conductor es la vida precaria como marco general, tanto a la que se vieron expuestas las familias tras el acontecimiento pandémico, a la vez que condición epocal y marca de nuestro tiempo. En el caso chileno evidenció las grietas de un modelo de sociedad basada en la destrucción y debilitación de los sistemas de seguridad social de corte colectivo propios del Estado benefactor imperante hasta la década de los 70. De este modo, el capítulo analiza las consecuencias de una gestión sanitaria impulsada por el Estado bajo la égida de un gobierno de derecha, en que se pusieron a disposición escasos soportes sociales acrecentando e hiperbolizando la responsabilidad individual de la vida de las familias. En este contexto es que el capítulo aborda las experiencias de fragilidad y vulnerabilidad vinculadas a la falta de seguridad social y económica que permitiera paliar los efectos de las estrictas medidas sanitarias y que se evidenció en un aumento dramático de los índices de pobreza, cesantía y vulnerabilidad social. No es novedad que la catástrofe biológica fue acompañada y mediatiza por una catástrofe social en que la distribución de la protección y la sobrevivencia tuvieron una distribución social-económica desigual.

El capítulo arranca con algunas claves analíticas tomadas del pensamiento crítico actual sobre la condición precaria, ubicadas en los debates en torno a la crisis de la sociedad salarial —y en el caso de Chile a su total

destrucción— en que se puntualiza su dimensión generalizada en tanto programa de gobierno de la inseguridad y la vulnerabilidad. Un punto importante es la distinción entre la condición de vulnerabilidad propia de lo humano en que el yo se conceptualiza como atado a la dependencia y la alteridad y, por otro, a la vulnerabilidad producto de los procesos de acumulación y desprotección neoliberal que resultan propicios para comprender las formas de articulación y sus resultados, entre lo biológico y lo político. Este marco nos permitió analizar las experiencias de las familias más allá de la experiencia individual y ancladas a procesos más amplios. Entre los resultados abordados, se destaca la fragilidad como experiencia generalizada, a la vez que altamente modelada por el acceso o no a soportes sociales y especialmente al soporte que da el trabajo asalariado. A pesar de esto, los resultados demuestran la capacidad de las familias para sortear dicha experiencia y buscar formas de sobrevivencia. Otro de los resultados que se abordan es la experiencia del tiempo, en tanto las medidas sanitarias impusieron alteraciones de los ciclos de la vida entre ellos, los tiempos dirigidos a los rituales de la muerte y los tiempos de la vida cotidiana y, especialmente, la desaparición de un tiempo futuro. La pandemia y su gestión política impuso una temporalidad en que el presente es lo único que cuenta y que intensifica la condición precaria, esta vez entendida como la falta de esperanzas. Esto que llamamos “el no futuro” fue una respuesta frente a la incertidumbre que revela que el tiempo es regulado por dispositivos de poder y sociales que tienen la capacidad de modelar sus ritmos y sus sentidos.

## **Desvelar la vulnerabilidad**

La pandemia del COVID-19 puede ser considerada como una de las catástrofes biológicas más importantes en los últimos cien años, escenario necrológico inédito de nuestra historia reciente que develó las fuertes desigualdades sociales, así como el fracaso de treinta años de fórmulas neoliberales para paliar la pobreza y la vulnerabilidad. No sería exagerado afirmar que adquirió la forma de una crisis civilizatoria, acelerando la urgencia de los reclamos por nuevas formas de sostenimiento de la vida reivindicados por distintos movimientos sociales en Chile y en el mundo. Pese a estos reclamos y urgencias, la estrategia global se basó exclusivamente en la responsabilidad individual de la ciudadanía y en una ausencia evidente de medidas sociales y económicas más amplias que

permitieran a las familias cumplir con las drásticas medidas de control del contagio, y sus efectos en la vida social de la población, especialmente en la fase en que se llevó a cabo el estudio. Esto reveló una biopolítica tácita del dejar morir, una zona de excepción en el acceso a una ciudadanía sanitaria y de ingreso mínimo, donde se bregó por la supervivencia individual y familiar.

Uno de sus efectos fue que la pandemia incrementó fuertemente la pobreza por ingresos en Chile, pasando de 8,6% a 10,8%, de acuerdo con la Encuesta Casen 2020. Se calcula que hacia ese año existían 2,1 millones de pobres, de los cuales 831.000 se debatían en la extrema pobreza, lo que marcó un retroceso de por lo menos cinco años en la política de erradicación de la pobreza. La misma encuesta indicó la fuerte caída en los ingresos, el aumento de la desocupación en los hogares, el aumento de la falta de acceso al agua potable, especialmente en las zonas rurales y la disminución del acceso a la salud. Por otra parte, un estudio realizado por la Fundación TECHO-Chile, entre los años 2017 y 2021, señaló que la cantidad de familias que residen en campamentos aumentó en 41.004, cifra equivalente a un 10% de los hogares hacinados en 2017 (el 85% de este aumento se concentró en el periodo 2019-2021). La crisis sociosanitaria profundizó las desigualdades en los cuidados no remunerados (Pautassi, 2020). Según el informe de Naciones Unidas de 2020 “Las repercusiones de la COVID-19 en las mujeres y niñas”, las agresiones contra ellas crecieron un 25% en los países que llevan registros.

La compleja situación que atravesaron las familias y que revelan estos datos, nos exigió considerar las experiencias de vulnerabilidad, temor y muerte presentes en cada relato, desde un punto de vista que fuera más allá de una condición individual o psicológica —al estilo de una pandemia psicológica, como fue llamada por algunos expertos del campo psi—, o en clave estrictamente de salud mental o cualquier categoría psiquiátrica que, por más exhaustivas que pretendan ser, fueron insuficientes para dar cuenta de la complejidad de la vulnerabilidad de las familias estudiadas. Es decir, nos dispuso al rechazo a toda ontología del sujeto basada en las premisas liberales de la autonomía y la autosuficiencia. Al mismo tiempo fue preciso buscar conexiones no evidentes entre la singularidad del sufrimiento y la vulnerabilidad y aquella biopolítica que señalábamos anteriormente; ese tejido sin costuras entre lo individual y lo estructural. Situar el fenómeno de la vulnerabilidad dentro de un marco crítico, como problema socio-estructuralmente condicionado por

determinadas políticas de la vida (Rose, 2007) propias del capitalismo contemporáneo, cuyo rasgo fundamental es la precariedad.

Siguiendo a Isabel Lorey (2016), entendemos la precariedad como un “estado de incertidumbre en el modo de vida y por ende en los cuerpos y en los modos de subjetivación” (Lorey, p. 28). Se trata de un programa político de la vida económica y social contemporánea y, cabe destacar, una de las grietas más evidentes del modelo neoliberal impuesto en Chile a partir de la dictadura, que implica una exigencia de adaptación y modulación de la vida de los individuos a partir de un “aseguramiento social reiteradamente rebajado” (Lorey, 2016, p. 79).

Como también lo han abordado Paolo Virno y Franco Berardi en la filosofía o Hito Sterling en el arte, se trata de una condición epocal y trasciende la desigualdad económica o la condición de pobreza. Según Cuevas (2015), el término precario deriva del latín *precarius*, que se refiere a aquello que se obtiene por medio de la petición, la súplica y el ruego. El mismo autor destaca que, en el derecho romano, *precarium* era un tipo de contrato en que el beneficiario arrendaba un bien que podía ser reclamado de vuelta por el dueño en cualquier momento. Hablamos, por lo tanto, de una noción que remite a la inseguridad y a la deuda como dispositivos de subjetivación: “a la dependencia de quien carece respecto de quien posee bienes, a la falta de autosuficiencia, y a la inseguridad de quien debe pedir, suplicar, o solicitar favores para autosustentarse” (p. 317).

Para Castel (2010), la precariedad, en su sentido fuerte y contemporáneo, retrata los efectos subjetivadores del fin de la *sociedad salarial*, es decir, el fin de un modelo de sociedad basado en los principios políticos de la solidaridad y la interdependencia y materializados en dispositivos colectivos de contención y gestión del riesgo que caracterizó al Estado social. Judith Butler considera que esta condición precaria de nuestro tiempo remite a la crisis del sujeto del liberalismo como punto de referencia de lo político. Como respuesta, la pensadora afirma la condición generalizada de interdependencia y el principio de heteronomía como condición de la autonomía, es decir, la vida precaria revela esa disposición ontológica a la alteridad y de desposesión del propio yo. Este marco general de desposesión que atraviesa a lo humano, le sirve a Butler para dar cuenta de otros marcos específicos, como aquellos que asumen las formas de injusticia y de modos de vida basados en la mera supervivencia impuesta, ya sea por violencias normativas, por procesos de expropiación o expropiación de recursos materiales y simbólicos de los cuales los su-

jetos se ven afectados y de los cuales también son efectos. Se trataría de “lesiones impuestas, interpelaciones dolorosas, oclusiones y forclusiones, modos de la sujeción que reclaman ser abordados” (Butler y Athenasiou, 2017, p. 17).

¿De qué forma estas transformaciones y violencias impuestas se revelaron en la pandemia? Es claro que la pandemia del COVID-19 articuló todas estas caras de la precariedad al modo de una catástrofe que evidenció, entre otras cosas, la vulnerabilidad de la vida en su existencia biológica y en su existencia social y política, donde las condiciones de excepción de las poblaciones excluidas se extendieron a la mayor parte de la sociedad. Esto no equivale a postular un principio de igualdad de los efectos sociales de la pandemia, sino destacar que la distribución social de la precariedad adquirió una nueva forma. El análisis de las existencias precarias intensificadas por la pandemia nos obligó a conformar un punto de vista relacional de los sujetos estudiados mostrando, de este modo, la centralidad de los vínculos sociales como base de la propia constitución subjetiva.

### **Fragilidad, sufrimiento social y el problema del duelo**

Una de las primeras dimensiones de análisis fue la experiencia crónica y generalizada de fragilidad para el cuerpo social. Acuñada por Linda Fried y colaboradores (2001) en el campo de la gerontología, la fragilidad se definió originalmente como un síndrome clínico basado en una serie de indicadores de disminución de la reserva fisiológica. Se traduciría en un aumento del riesgo de incapacidad, de pérdida de la resistencia y de mayor vulnerabilidad ante eventos adversos y que se manifiesta en mayor morbilidad y mortalidad<sup>12</sup>. Si bien la fragilidad ha sido preferentemente objeto de investigación biomédica, puede ser también una herramienta útil para analizar la relación conflictiva de la vida y la gestión biopolítica de la pandemia.

En el contexto chileno, la fragilidad pandémica no puede ser separada de los escasos soportes sociales con los cuales las familias ejercen sus funciones productoras y reproductoras en un nuevo contexto en que se

12 Este síndrome se caracteriza por pérdida de peso involuntaria, agotamiento, debilidad, disminución de la velocidad de la marcha lenta y poca actividad física. En términos amplios, se trata de una condición con mayor presencia en mujeres adultas mayores y personas pertenecientes a colectivos excluidos (afroamericanos y migrantes), baja educación e ingresos, a una salud más deteriorada y tener tasas más altas de enfermedades crónicas comórbidas y discapacidad.

vieron fuertemente demandadas por la escuela y los aparatos sanitarios. Dicha ausencia de soportes sociales es una característica del modelo que se instauró en Chile a partir de la dictadura y que se “corrigió” (Garretón, 2012) durante la democracia. Así, la percepción de una falta de protección social asociada a procesos de individualización en la gestión del riesgo comenzó tempranamente en Chile. Por ejemplo, una investigación realizada por Catalina Arteaga y Sonia Pérez (2011) constata en el año 2011 que el modelo implementado en Chile trajo como consecuencia que “los sujetos sientan y experimenten un riesgo y fragilidad permanentes de su experiencia en la vida cotidiana” (p. 70). Siguiendo a las mismas autoras, para los sectores más desprotegidos, el riesgo constituye el contexto rutinario de la acción presente y futura: se vive permanentemente en riesgo, se “planifica” incorporando el riesgo, se actúa asumiendo una estructura en riesgo. En otras palabras, la catástrofe amplificó, multiplicó y aceleró las condiciones y experiencias de riesgo e incertidumbre.

En los relatos, logramos identificar un sinnúmero de metáforas que operan como repertorios de interpretación de dichas experiencias: alteración, tempestad y colapso, entre otras alusivas a los sentimientos de fragilidad, inestabilidad y desasosiego que instauró una especie de *imaginación del desastre* (Sontag, 1984) que oscila entre la indefensión y la esperanza, entre el cansancio y el estado de alerta tal como se aprecia en el extracto siguiente, en tanto los cuerpos se tornaron superficies de inscripción de una trama necropolítica en que lo único predecible y cierto era la muerte que “ronda” las casas, o la enfermedad o la cesantía que asedia los cuerpos.

Eso de alguna manera para poder graficártelo es como si hubiéramos caído en una especie de tempestad, como que uno es el barco y todo se empieza a revolver y revolver, hay momentos que estás a flote, puedes ver mejor el horizonte, pero de repente te hundes más y no sólo uno, sino que el resto de las personas que están en tu sistema, en tu familia. (Francisca, adulta, familia de estrato medio, comunicación personal)

Un elemento novedoso para las familias y la sociedad chilena fue la alteración de los ritos funerarios, que modificó a la vez los procesos de duelo y elaboración individual y colectiva de las muertes. En tal sentido, la falta de soportes sociales para enfrentar la crisis social se acompañó de un retiro de los soportes simbólicos para elaborar la precariedad de la vida en sí, en tanto vida mortal. Así, las familias, junto con verse impedidas de

celebrar el nacimiento y la vida, también se vieron impedidas de llorar la enfermedad y la muerte. Si retomamos a Butler (2017), esto es un aspecto fundamental para pensar la vida precaria en tiempos de COVID-19, en tanto nos demuestra que la vida puede ser perdida o desposeída y que merece ser llorada y, al revés, que la pérdida, el duelo y la capacidad de ser llorada es una condición del surgimiento y mantenimiento de toda vida. Así, el problema del trabajo de duelo —o su falta— y su función psíquica (Freud, 2009) —constatación de la pérdida, elaboración y marca de la ausencia—, no trataría de un proceso de pérdida individual ni una pérdida que le ocurre a un sujeto ya formado, sino de una *política performativa del duelo* que, siguiendo a Arendt (2019), conforma la pérdida no como algo que ocurre en el sujeto, sino en lo que sucede *entre* los sujetos; un *entre* que define quién cuenta como sujeto doliente y sujeto llorado, considerando que las vidas no lloradas se corresponden casi siempre en el capitalismo a vidas que han sido hechas para soportar la carga de la exclusión, el hambre, la usurpación, el desempleo, la violencia y la muerte (Butler, 2017). En ese sentido, la pérdida de las vidas biológicas, en algunos casos, fue de la mano de otras pérdidas distribuidas desigualmente: del trabajo, de la seguridad, de la escuela, de los lazos sociales, del futuro, etc., es decir, de todo un modo de vida.

El tema no es que tus papás se mueran, es que se mueran y no poder enterrarlos. Me produce angustia, uno puede decir “ya, se va morir porque es parte de la vida, quizá no era el destino final”. Ya no los veía hacer rato, estaba de vacaciones. La relación con mis papás había mejorado porque no tuve una infancia muy bonita pero claramente están perdonados. Entonces sentía que cada vez estaba mejor con mis papás y pasaba esto y que la vida me los iba a arrebatarse, que mi papá se iba a morir. (Marcela, adulta, familia de estrato medio bajo, comunicación personal)

### **Espacialidad y desigualdad**

La irrupción de la pandemia implicó cambios sustanciales en la gestión del espacio —restringido a la casa— y en la gestión del tiempo. Estos cambios marcaron una crisis o una pérdida generalizada de los modos comunes de existencia tanto de las familias como de sus miembros individuales.

“Afuera está el virus” —la respuesta de la hija menor de una las entrevistadas cuando la invita a salir a la calle— es una constatación del temor que cruzó la cotidianidad y el estado de alerta de las familias y que se desplegó en un eje espacial del adentro-afuera a través del cual se hace alusión o metaforiza la protección-riesgo. Pero también es una unidad de sentido —una metáfora ontológica al decir de Lakoff y Johnson (1995)— en la que se conjuga el discurso estatal y las imágenes de protección que evoca el espacio familiar reforzados por una política pública basada en las familias y que representó a otros tipos de solidaridad social como eminentemente peligrosos<sup>13</sup>. El espacio doméstico se vio saturado de sus propias imágenes tradicionales, como lugar de afectos y protección, frente al espacio público impersonal y lleno de riesgos (Armstrong, 1995). De acuerdo con una de las entrevistadas:

Todo empieza a convertirse en un modo raro de vida, extraño, de cómo habitan los cuerpos entre las paredes, esto de que tu vecino puede ser la persona que te mate, todas esas cosas como amenazas, la muerte ahí rodando, la muerte en todo puede ser súper lindo, pero súper fuerte. (Andrea, adulta, familia de estrato medio bajo, comunicación personal)

A pesar de ello, es interesante cómo algunas familias, especialmente las que tenían hijos/as pequeños/as, elaboraron una suerte de espacio intermedio o transicional creado para la recreación de los/as más pequeños/as; un espacio que no es el de la casa, pero a diferencia de la calle, no está contaminado. Un espacio que no es ni público ni privado, en el que es posible el encuentro con vecinos cercanos y amigos y que se instaura por medio de un contrato de autocuidado y cuidado mutuo. En ese sentido, la ruta que va del hogar a la calle se torna una ruta de menor a mayores probabilidades de contagio y de mayor a menor control a la exposición directa con el virus.

Si bien estos arreglos espaciales se mostraban profundamente individuales y singulares, sus condiciones de posibilidad no lo eran por diversos motivos. En primer lugar, la dimensión espacial no puede ser desvinculada de las medidas sanitarias de control de la pandemia que se impusieron desde el Estado como marco de actuación. Se trató de

<sup>13</sup> El riesgo, desde el discurso estatal, ha sido construido en el antagonismo privado-público y de una manera contradictoria. Algunas veces el espacio público y la calle son los lugares por excelencia del riesgo y desde ahí se conmina a las familias a mantenerse encerradas en “sus” casas, pues sería el único lugar seguro. Otras, sobre todo en el periodo de las fiestas o cuando se trata de no parar la actividad productiva, es el hogar, la familia, la que se considera como lugar de peligro. En ese sentido, el estado de alerta es también un estado de confusión.

un marco sumamente restrictivo y en el cual los sujetos poco pudieron intervenir. A diferencia de otros países, no se recurrió a la “libertad responsable”. Por el contrario, las medidas sanitarias estuvieron fuertemente teñidas de control social y político impuestas a través del *estado de excepción constitucional de catástrofe* declarado a partir de octubre del 2019, al inicio de la revuelta social. Algunas de estas medidas sanitarias se generalizaron a toda la población —restricciones horarias respecto a la movilidad en la calle—, otras se dirigieron a algunos sectores de la población —cierre de las escuelas, universidades, etc.— y otras establecieron excepciones: permisos especiales para trabajadores, para personas con condiciones especiales, etc.

Lo más importante fue que las posibilidades de seguir estas medidas obligatorias descansaban —aunque no exclusivamente— en la condición social-laboral y económica previa de las familias, diversificando las formas de experimentar y moverse en estos estrechos marcos de acción. Esto se tradujo en una distribución social y territorial de la vulnerabilidad frente al riesgo de contagio y en la aparición de nuevas ilegalidades en la forma de delito sanitario y que afectó principalmente a los trabajadores informales, principales blancos de la persecución tanto policial como sanitaria.

En consecuencia, las familias más precarizadas —migrantes y trabajadoras informales— se desplazaron en un espacio intersticial entre el adentro y el afuera en que la gestión del riesgo se volvió la base de una suerte de economía moral, donde salir a la calle no es sólo un crimen sanitario, sino que, además, una falta de responsabilidad social. De este modo que, siguiendo a Castel (2003), a pesar de la crisis de la sociedad salarial, la protección más efectiva para la gestión del riesgo sanitario y su capacidad para asegurar por sí mismos su independencia social, sigue siendo el trabajo asalariado, para demostrar que su naturaleza va más allá que una relación mercantil; se trataría de un sistema dotado de un estatus que otorga garantías no mercantiles que le permiten a las personas (auto) gobernar su propio presente, sus condiciones de vida y, en parte, su futuro. La ausencia de la protección brindada por el trabajo adquirió la forma del pauperismo en muchas familias. Algunas de ellas se vieron obligadas a generar recursos a partir de la venta de comida callejera en un Santiago aún envuelto en la conflictividad social; otra familia generó estrategias para evadir los controles sanitarios y lograr vender ropa en la cola de la feria sin portar permiso de circulación: identificar regularidad horarias o espaciales con relación a la presencia de los funcionarios esta-

tales. La inseguridad se sorteaba por medio de formas novedosas de habitar la ciudad, de prácticas de resguardo como el uso de guantes, lavado de manos y, fundamentalmente, prácticas de corte espiritual. En estas últimas está siempre de por medio la fe. Para estas familias, el contagio y la inseguridad no son sólo una excepcionalidad, son un hecho que se vive y se sortea diariamente.

### **Realismo capitalista o “no future”**

Junto a la dimensión espacial, el acontecimiento pandémico opera fuertemente en la relación con el tiempo, estableciendo una política temporal problemática en varios aspectos. Por un lado, las familias presentan escasas posibilidades de dominio sobre el presente y el futuro. El estado de inseguridad permanente no sólo mantiene viva la pobreza, en palabras de Castel, sino que actúa como un principio de desmoralización y de “no future” (sin futuro). Por otro lado, esta política actúa homogenizando las diversas temporalidades existentes en la vida social. Lo que Freeman (2010) llama una *cronormatividad*, es decir, “un modo de implantación, una técnica por medio de la cual las fuerzas institucionales llegan a parecer hechos somáticos” y que muestra cómo los calendarios y las agendas inculcan ritmos ocultos, “formas de experiencia temporal que parecen naturales para aquellos que privilegian”, demostrando que los tiempos corporales, la organización del tiempo y su significado depende de regímenes de poder asimétricos.

En particular, el control de la pandemia impuso una temporalidad estatal en que los ritmos de la vida se organizaron hacia un presente que cortó toda relación con el pasado y en que el futuro se tornó impensable. Así, este tiempo estatal, convertido en el único tiempo posible, fue comandando por el “Plan paso a paso” que se ofrece como un continuo de fases obligatorias para todo el territorio nacional pero que, a la vez, se implementó de forma borrosa, con criterios cambiantes en que a veces el paso de una fase a otra dependía del número de casos contagiados y en otras del número de camas disponibles o por un factor económico. Como señalamos, este plan no consideró medidas económicas que permitieran anticipar escenarios futuros. Las exiguas medidas económicas y sociales fueron a remolque de las medidas sanitarias y de forma muy tardía, en una temporalidad siempre asintótica. Hubo, por lo tanto, una percepción social de un manejo errático y de un control por el puro control.

En este contexto, el propio plan obturó el devenir temporal, dado que estableció sólo el inicio del presente, pero no su fin, así como una ruptura sustancial con el pasado<sup>14</sup>. La vida social y política de la pandemia se experimentó como una temporalidad estática de un presentismo constante, con escasa probabilidad de control en un futuro próximo. Frente a la incertidumbre, las familias optaron por una desconexión con él por/venir<sup>15</sup>, al modo de una subsumisión interminable al presente en que las utopías del estallido social cedieron a un realismo biológico y político que se impuso sin tregua.

Este *realismo capitalista* —el capitalismo como único proyecto posible—, bien descrito por Mark Fisher (2016), es una excelente clave analítica para pensar el marco de legibilidad temporal de la experiencia de la pandemia, en el que se intensifica el presente al punto de hacerlo abrumador; una inmediatez que no cesaba y en donde el tiempo pasado —especialmente el tiempo de la revuelta— tuvo escasa conexión con el futuro o inclusive fue preciso borrar. La pandemia exhibió el modo en que se construye y privilegia cierto relato hegemónico sobre la organización del tiempo y cómo este privilegio oculta su estatus sociopolítico. La ruptura de las continuidades temporales macrosociales, mediante las cuales se ordenan los distintos aspectos de la vida colectiva se fracturaron y la visión del mundo devino indiferenciada. Se reveló con ello una severa incapacidad de la política neoliberal para proveer, ya no sólo de un estado de seguridad y un sentido de lo colectivo y lo común, sino de un marco para la elaboración de un sentido de la *esperanza o un futuro* al cual esperar y aspirar.

Cabe destacar que la pandemia se dio en un contexto histórico de fuerte crisis social y política marcada por la imposibilidad de recomponer el *pacto social* y que en octubre del 2019 implodiona como crisis de lo político. En ese sentido, los efectos de la pandemia no pueden ser desligados de esa falla de la política para recomponer protecciones sociales demandadas por la ciudadanía y que sirvieran de mecanismos

14 Esto es más dramático aun si pensamos que la acción estatal se volcó completamente al manejo de la pandemia. Es lo que los profesionales sanitarios y de atención social denominaron “modo COVID” que implicó cierre de programas de intervención, reconversión de hospitales, camas y prestaciones exclusivamente a los casos de COVID-19. Para un análisis del “modo COVID” se puede consultar Calquín et al. (2021).

15 La pérdida de identidad que caracteriza a la esquizofrenia, de acuerdo a Lechner (1987), puede ser entendida como el resultado de una experiencia desarticulada en que los diferentes elementos aislados, desconectados, discontinuos, no se estructuran en una secuencia coherente. “El esquizofrénico no conoce un ‘yo’ porque ‘carece de nuestra experiencia de la continuidad temporal y está condenado a vivir en un presente perpetuo con el que los diversos momentos de su pasado tienen escasa conexión y para el que no hay futuro concebible en el horizonte”.

de coherencia e integración social. De este modo, la estrategia sanitaria se ve subjetivada a través de un imaginario del miedo y la sospecha, profundamente necrológico, en que la responsabilidad individual y el beneficio personal se impuso como la guía de percepción de las cosas. Por ejemplo, es sintomático el relato de una familia de estrato bajo y con muchas dificultades económicas, quienes valoran positivamente la gestión del gobierno por la razón de que recibieron cajas de alimentos, el ingreso familiar de emergencia, el bono COVID-19, el 10% de AFP. La única falla de las medidas, para esta familia, es que debería haber sido para todos, inclusive “también para la clase media”. Pareciera que, en su discurso, esta familia incorpora las distinciones estatales entre pobres, extremos pobres y clase media. Lo interesante es que la mayor crítica al Gobierno proviene de los sectores profesionales o ilustrados, es ahí en donde el descrédito gobierna la falta de certezas.

Al estar excluidos del pacto social, los sujetos se vieron conminados no sólo al escepticismo, sino que a un individualismo en que la familia es el único lugar de solidaridad. La fragilidad, por lo tanto, no tuvo un correlato colectivo en lo común, por el contrario, se configuró a través de prácticas de diferenciación que reprodujeron las formas estatales de ordenamiento social. Así, las familias que mantuvieron sus trabajos crearon una identidad colectiva basada en la retórica del privilegio o de que “somos clase media”, diferenciada de aquellos que necesitaron el apoyo estatal. Siguiendo a Rosanvallon (2012), la política neoliberal desplazó la definición de una identidad de clase hacia la relación con la asistencia social: se es pobre porque se necesita y se merece la ayuda estatal —el merecimiento en su doble connotación moral—: buena persona y que no logra subsistir por sí mismo.

El relato recurrente de que “hay otros que están en peor situación que nosotros”, si bien indica que la identidad social es profundamente relacional y que lleva a los sujetos a autodefinirse en relación con otros, también mostró su ambigüedad, pues más que movilizar acciones de solidaridad, acentuó y reafirmó el valor moral individualizante que adquiere la autoeficiencia, el emprendimiento como bien moral que la aleja de la ayuda social que, en ningún caso, se considera un derecho.

Las familias más fragilizadas adoptaron el discurso de que las medidas sociales fueron exclusivamente para ellos (y no para la clase media), lo que aumentó la economía moral del agradecimiento que rodea de forma sistemática la asistencia social de la pobreza. Acá podemos destacar la situación de una familia de estrato bajo, cuya falta de acceso a internet

y, por lo tanto, a las actividades de la escuela es crítica, convirtiéndose en el tema que anuda la entrevista. Aunque quisieron contratar un plan de internet, la imposibilidad es estructural, pues en la zona donde está emplazada la vivienda no existe cableada de redes de internet. Frente a esto, no hay solución, la familia se resignó a estas exclusiones y a las ayudas de la profesora. La respuesta de F., la adulta entrevistada, se traduce en pura impotencia y agradecimiento a la profesora. Frente a la pregunta de si, como apoderadas, se organizaron para exigir alguna solución de tipo institucional, la respuesta es negativa pues, “a los apoderados les da vergüenza decir que no tienen internet”, en definitiva, les da vergüenza reconocer su situación de pobreza y exclusión, a la vez que de exigir algo que no se asume como un derecho y que, de no encontrar solución, podría poner en peligro lo poco que se ha recibido. En ambas posiciones, se trata de un recurso pastoral de la resignación, del agradecimiento y la humildad y que actúa como un operador psíquico que ayuda a disminuir la desesperanza y la desesperación.

Otro de los tiempos suspendidos fue el de los propios proyectos individuales y familiares, que en su mayoría quedaron trancos o en suspenso y que singularizaron la experiencia de incertidumbre y no futuro. Acá fue posible identificar una narrativa de la esperanza con diversos grados de fuerza y claridad. La esperanza, como han destacado algunas autoras, posee una naturaleza performativa. Como acto de habla —promisorio— supone que un estado de felicidad o de bienestar o de mejoría “nos aguarda, al menos sí hacemos lo correcto” (Ahmed, 2017). En ese sentido, es una relación activa con el mundo que disminuye la incertidumbre, asumiendo un rol mediador entre los sujetos o los colectivos de sujetos y lo excesivo que puede haber en lo real desesperanzado y arrojado a un “sálvese quien, y como pueda” de la política neoliberal, brindando así una imagen más precisa del futuro.

Para Ahmed (2017) las esperanzas son performativas en virtud de que “activan tal futuro en el presente, y relacionales, puesto que cambian a través de las diferentes relaciones que mantenemos, adquiriendo un rol mediador y coordinando diferentes comunidades y grupos” (Butti y Tirado, 2013, p. 6). ¿Dónde radicarón esas esperanzas?, ¿hacia dónde se dirigieron? Para la mayor parte de las familias entrevistadas esas esperanzas correspondieron a logros personales, sean laborales o sociomateriales básicos. La casa propia, el emprendimiento, las mejoras en las condiciones de vida o un trabajo seguro se identificaron como el principal *leitmotiv* familiar. Fueron escasas las familias que vincularon las esperanzas

y los proyectos asociados a proyectos colectivos, como si, a falta de proyectos colectivos, se hiciera urgente el proyecto personal que asumió la forma de una posibilidad pospuesta, quizás utópica, tal como se aprecia en este extracto:

es que no...cómo que no me proyecto así a futuro de lo de la pandemia, yo...me proyecto más...así como juntar mi platita e irme de esa casa, porque con mi tía no me llevo muy bien. (Andrea, adulta, familia de estrato medio bajo, comunicación personal)

También fueron escasas las familias que participaron de instancias de organización colectiva —ollas comunes o encuentro vecinales—. En este último caso, lo familiar y lo colectivo confluyeron en una experiencia singular de vulnerabilidad y su enfrentamiento de modo colectivizada y politizada, con cierto optimismo y desde la movilización de fuerzas vitales que les permitió gestionar el hastío vital. La implicación moral con los acontecimientos sociales y pandémicos para algunas familias actuaron como contendor de la fragilidad y el desvalimiento, lo que permitió cierta abertura y la multiplicación y pluralización del tiempo normalizado.

Para Ahmed, los objetos a los cuales la esperanza alude —en el ejemplo de más arriba, “juntar mi platita e irme de esa casa”—, se configuran como tal en un marco social y cultural que define cuáles objetos son los deseados por lo que estos objetos no tienen un valor en sí mismos. Pensemos que el “juntar mi platita e irme de esa casa”, que emerge en esta entrevista, es una clave para comprender la cultura popular chilena, en que el acceso a la vivienda es un objeto tras el cual hay que ir activamente y con mucho esfuerzo. En ese sentido, posponer los proyectos se conecta a la trama de la pandemia de un no futuro, pero a la vez al sujeto precarizado. Así, la experiencia del contagio impone una relación directa con la vulnerabilidad de lo viviente —la vida biológica— en que el tiempo vital está alterado y que no puede ser desligada de la precariedad de los soportes en que la muerte por COVID-19 fue mucho más alta en las comunas más pobres del país.

De este modo, la pandemia disolvió los límites entre precariedad ontológica y precariedad social, planteada al inicio de este capítulo, al punto de hacerlas indistinguibles. Las entrevistas muestran una multiplicidad de condiciones de precariedad: migración, cesantía, pobreza estructural, trabajo informal, etc., a la vez que la falta de protección al trabajo en las capas medias. Así, en todas las familias la gestión individualizada del

riesgo y del sostenimiento de la vida se transformó en norma y la experiencia de la fragilidad fue resultado del desamparo estructural al que las familias se vieron expuestas y que bloquearon toda capacidad colectiva de transformación.

## Referencias

- Ahmed, S. (2017). *La política cultural de las emociones*. UNAM.
- Amstrong, N. (1991). *Deseo y ficción doméstica*. Cátedra.
- Arendt, H. (2019). *¿Qué es la política?* Ariel.
- Arteaga, C. y Pérez, S. (2011). Experiencias de vulnerabilidad: de las estrategias a las tácticas subjetivas. *Universum*, 2(26), 67-81.
- Butti, D. y Tirado, F. (2013). Biomedicina, esperanza y corporalización: la experiencia de las afectadas de cáncer de mama en la asociación “GAMIS”. *Revista Latinoamericana de psicología social Ignacio Martín-Baró*, 2(1).
- Butler, J. (2017). *Marcos de guerra*. Paidós.
- Butler, J. y Athenasiou, A. (2017). *Desposesión. Lo performativo en lo político*. Eterna Cadencia.
- Calquín, C., Guerra-Arrau, R., y Araya, N. (2021). Vidas expuestas, sufrimiento y agravio moral: El caso de trabajadores del área psicosocial en tiempos de pandemia COVID-19. *Psicoperspectivas*, 20(3), 163-176. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol20-issue3-fulltext-2450>
- Castel, R. (2003). *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Manantial.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. FCE.
- Cuevas, H. (2015). Precariedad, Precariado y Precarización: Un comentario crítico desde América Latina a The Precariat. The New Dangerous Class de Guy Standing. *Polis (Santiago)*, 14(40), 313-329. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682015000100015>.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- Freeman, E. (2010). *Time Binds: Queer Temporalities, Queer Histories*. University Press.
- Freud, S. (2009). *Duelo y melancolía*. T. XIV. Amorrortu.
- Fried, L. P., Tangen, C. M., Walston, J., Newman, A. B., Hirsch, C., Gottdiener, J., Seeman, T., Tracy, R., Kop, W. J., Burke, G., McBurnie, M. A. y Cardiovascular Health Study Collaborative Research Group. (2001). Frailty in older adults: evidence for a phenotype. *The journals of gerontology. Series A, Biological sciences and medical sciences*, 56(3), M146-M156. <https://doi.org/10.1093/gerona/56.3.m146>
- Fundación TECHO-Chile, Fundación Vivienda y Centro de Estudios Socioterritoriales. (2021). *Catastro Nacional de Campamentos en Chile 2020-2021*. [https://ceschile.org/wp-content/uploads/2020/11/Informe%20Ejecutivo\\_Catastro%20Campamentos%202020-2021.pdf](https://ceschile.org/wp-content/uploads/2020/11/Informe%20Ejecutivo_Catastro%20Campamentos%202020-2021.pdf)
- Lakof, G. y Johnson, M. (1995). *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra.
- Lechner, N. (1987). *El presente continuo*. <https://www.nexos.com.mx/?p=4864>
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Traficante de sueños.

- Naciones Unidas. (2020). *Informe de políticas. Las repercusiones de la COVID-19 en las mujeres y niñas*. [https://www.un.org/sites/un2.un.org/files/2020/10/covid\\_and\\_women\\_spanish\\_new\\_translation.pdf](https://www.un.org/sites/un2.un.org/files/2020/10/covid_and_women_spanish_new_translation.pdf)
- Pautassi, L. C. (2020). La centralidad del derecho al cuidado en la crisis del COVID-19 en América Latina. Oportunidades en riesgo. *IUS ET VERITAS*, (61), 78-93. <https://doi.org/10.18800/iusetveritas.202002.005>
- Rosanvallon, P. (2012). *La sociedad de iguales*. Manantial.
- Rose, N. (2007). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. Unipe.
- Sontag, S. (1984). *Contra la interpretación*. Seix Barral.



## 4. La dimensión material de la subjetividad: lugares y cosas en tiempos de COVID-19

Cristian Ortega Caro  
Fabiola Ibáñez Carrillo  
Héctor Solórzano Navarro  
Angélica Barra Pérez

### Presentación

La pandemia provocada por el COVID-19 irrumpió en el mundo en menos de dos meses (entre diciembre de 2019 y enero de 2020) el contagio se propagó desde China hacia Europa rápidamente. En febrero los noticiarios del planeta hablaban de la gran cantidad de muertes y países como Italia y España veían colapsar sus sistemas de salud.

En marzo del 2020, Chile inició, con inusitada eficacia, el proceso de confinamiento, decretándose cuarentena y restricción vigilada a la circulación de las personas, la que se extendió —dependiendo de la situación de cada ciudad y región—, hasta diciembre del mismo año. En el verano de 2021 la circulación de las personas y la presencialidad en varios rubros económicos ya estaba casi normalizada. Hubo nueve meses efectivos de restricción de la circulación. Esto se expresó con controles muy coercitivos en las calles, vigilancia en aeropuertos y terminales de buses, suspensión de la presencialidad en el sistema educacional y restricción de aforos en el sector servicios, área económica que, sin duda, fue de las más afectadas por las medidas sociosanitarias.

La reflexión que sigue se sitúa, precisamente, en esos meses donde el país vivió/sufrió un confinamiento obligado. El estudio ANID “Familias en tiempos de COVID-19” tuvo la fortuna epistémica de entrar, telemáticamente, en las casas de personas y familias que, en diferentes lugares del país, relataron su experiencia pandémica. Iquique, Alto Hospicio, Valparaíso, Quilpué, Viña del Mar, Santiago, Concepción, Chiguayante, Coronel y Talcahuano fueron los escenarios donde se desarrolló la investigación.

## Introducción

En virtud de lo señalado, discutimos, desde el punto de vista de las materialidades y los análisis situacionales —posfenomenología y nuevas ontologías<sup>16</sup>—, cómo, en el acontecer del día a día, las familias construyeron un enclaustramiento pandémico: mitad metáfora, mitad realidad que pretende describir los mecanismos y microprocesos<sup>17</sup> que, desde el lugar de la cotidianidad (la casa, el departamento o la habitación) trasluce intersticios fenomenológicos —o pequeños momentos cargados de intencionalidad y predisposiciones subjetivas— copados de objetos (utensilios, cosas, dispositivos), rincones (cocinas, comedores, escritorios) y situaciones (comer, jugar, distraerse, trabajar) donde las familias fueron adaptando y traduciendo la ilusión, la confianza y los afectos para sobrellevar el enclaustramiento. Son mecanismos de resistencia que, aunque fácilmente comprensibles desde una epistemología de lo mental (i.e., desde los imaginarios, lo simbólico o lo psicológico) poseen una salida muy contingente, muy material. Mediaciones situacionales que construyen mundos de vida ubicados más allá del cartesianismo y de las determinaciones infraestructurales. Sin pretender evadir el peso gravitacional de las condiciones materiales o, en su defecto, sin adentrarnos en cuestiones de diseño y funcionalidad de las mismas; en lo “amplio”, “cómodo” o “estrecho” de los lugares; trasladamos la cotidianidad pandémica desde las “historias familiares”, para ser vertidas en pequeñas cosas y momentos

16 El enfoque ontológico —en sociología y antropología (de la ciencia y la tecnología)— constituye una interpretación que articula prácticas sociotécnicas con la situacionalidad específica y concreta en la cual se gesta dicha práctica, lo que implica —de forma extensiva al constructivismo epistémico— que la creación de los mundos simbólicos (el conocimiento, en perspectiva CTS) ocurre en virtud de la interrelación que la actividad técnica tiene con los lugares, objetos, cosas y utensilios. Todo ello configura la “praxis sociotécnica” y, por lo tanto, unas “ontologías prácticas” (distanciadas de la concepción esencialista de ontología) que es la categoría, en tanto resultado, que permite interpretar el fenómeno a estudiar. De manera similar, la posfenomenología es un enfoque que, a partir del ensamblaje agencias/materialidades interpreta la “intencionalidad de la conciencia” en virtud de cómo los objetos (lugares y cosas) son mediadores recursivos de las situaciones e interacciones sociales a ser explicadas. Ver, por ejemplo, de Boer et al. (2020), Larkin (2013), Lynch (2013) Mol (2003), Searle (2006), Sismondo (2015) y Woolgar & Lezaum (2015).

17 Desde la Sociología Analítica, los “mecanismos sociales” refieren a “acciones e interacciones sociales” causalmente generativas que producen explicaciones sobre cómo determinadas situaciones, eventos o fenómenos llegan a ser lo que son. La “explicación basada en mecanismos” se orienta en la búsqueda de los micro-fundamentos de un evento o, en su defecto, en la búsqueda de micro-procesos que explican macro-fenómenos y/o estructuras donde se despliegan esos mismos mecanismos (Barbera, 2006). Por otra parte, la lógica de los mecanismos, más allá del detalle microscópico, implica identificar un esquema recurrente —en las acciones e interacciones sociales— que, en cuanto tal, pueda ser usado —explicativamente— en otros contextos investigativos de similares objetivos (Rounavaara, 2012).

del hacer diario: la cocina, la mesa, ver televisión o arreglar las plantas, etc., que encapsulan una subjetividad —por momentos trágica— que lidió con la incertidumbre y la resignación, pero también con la esperanza de un futuro pospandémico y, por lo mismo, normalizado y ordenado.

El acontecer pandémico, si bien delimitado a una excepcionalidad temporal, en tanto expresión emocional —emocionalidad, en ese minuto, ignorante a dicha excepcionalidad—, configuró una subjetividad, si bien “momentánea”, al mismo tiempo muy intensa. Se trata de una subjetividad sobrecargada y versátil atrapada en los límites de los lugares y que, aun así, se expande y transita desde la espacialidad, los objetos y las cosas hacia una particular forma de enfrentar la pandemia.

Lo anterior conllevó, en líneas generales, dos procesos: primero, en términos de los límites de lo materialmente situado, i.e., el lugar envuelve a los sujetos en tanto enclaustramiento que resignifica lo trivial (una planta, el patio, una habitación) como el eje de una emocionalidad atrapada, pero que sostiene la dinámica familiar; la cooperación, el reencuentro, la distribución de deberes, la contención y la intimidad. En segundo lugar, el paso desde lo trivial a lo resignificado, choca y se reconoce a partir de una evocación prepandémica que se reconstituye significativamente en la recurrente articulación de los sujetos con dicha materialidad: el hacer/quehacer cotidiano —cocinar, jugar a los naipes, ordenar lo que por meses estuvo abandonado— permite recuperar el tiempo familiar extraviado y reinstala, mediante el recuerdo y en la simplicidad cotidiana, una forma —una estrategia— que sitúa a la familia no sólo como el lugar más seguro frente a la muerte, sino también como el eje de la crítica cultural a la gobernanza pandémica. Ambos procesos atrapan el tiempo y erigen una ontología práctica que se articula, precisamente, en lo que podríamos llamar una “cotidianidad totalmente pandémica”.

### **Construir el habitar**

Una forma de entender la localización material de la pandemia es a través del espacio donde se habita. Los lugares físicos configuran un escenario particular desde donde es posible entender el confinamiento y, en lo fundamental, comprender cómo las habitaciones (casas, departamentos, medias aguas, piezas) se han transformado en “espacios analíticos” —ahora, en pandemia, recursivamente más estables— desde donde es posible observar la construcción pandémica del “habitar” (Heidegger,

2017)<sup>18</sup>. El habitar se ha desplegado materialmente en mecanismos cotidianos, a través de los cuales las personas y las familias han significado un quehacer práctico que permite expresar el “carácter artesanal”, rústico e irreflexivo de dicha construcción; y, más allá de lo material, el habitar ha implicado, al mismo tiempo, un acontecer donde ocurren las cosas, acciones e interacciones mediante las cuales las familias negocian, arreglan y, también, se equivocan en sus decisiones más mundanas. Es en este espacio-momento donde, finalmente, se reconstituye el orden natural; se actualiza el consenso y se recompone lo social, transformando a la familia pandémica en un caso paradigmático para abordar a la sociología misma o, mejor aún, en el espacio multinivel donde lo macrosocial está construido y continuado desde lo microsocio y, en cuanto tal, constituye el escenario fundamental para visualizar, para nuestro caso, dispositivos culturales complejos relativos a las conexiones entre el habitar, resistir<sup>19</sup> y resignificar.

En efecto, la subjetividad pandémica no sólo comprende un estado emocional, por el contrario, sus fronteras analíticas se extienden más allá de las narrativas emotivas y los imaginarios. Para el caso, la narrativa ma-

18 Para dar sentido al uso de Heidegger (2017) se debe aclarar que su “habitar”, más allá de una materialidad que construye al ser en tanto proteger, refiere a cómo los sujetos, mediante y desde los lugares edifican una subjetividad —el ser, la verdad, el lugar, el habla— puesta en un telos de historicidad de largo aliento. Para nuestros efectos, nos conformamos con una aproximación a la subjetividad que en los momentos difíciles de la pandemia logró sostenerse en lo poco (o mucho) que materialmente poseía al alcance de su mano.

19 Por “resistencias” entendemos, más allá del acto colectivo de “oposición al poder” a los mecanismos (por lo tanto, a los procesos y microprocesos) que, para el caso, han operado como formas y acciones para contra-restar tres momentos —ensamblados, superpuestos, complejos— del estado pandémico: i) la pandemia en tanto dispositivo socio-técnico y biopolítico que despliega una narrativa de amenazas sobre la enfermedad y la muerte; ii) la pandemia, en tanto confinamiento que, a riesgo de coerción, restringe la circulación de las personas y iii) la pandemia, en tanto exige obedecer a una serie de medidas socio-sanitarias (mascarillas, distanciamiento, desinfectantes) que operan sobre los cuerpos. Así, y más allá de una definición sustancial, nos remitimos, por una parte, a la perspectiva de “resistencias cotidianas” (Johansson y Vinthagen, 2014), toda vez que identifica acciones (o mecanismos) de oposición informales, espontáneas y no organizadas; acciones de “infrapolítica” como lo señalan sus autores (de acuerdo con el trabajo fundacional de Scott, 1985). Asimismo, los autores identifican una resistencia cotidiana con cuatro elementos: una “práctica diaria”, “se enfrenta a algún tipo de poder”, “es interseccional” y es “heterogénea y contingente” (Scott, 1985), tal como ocurre con las familias aquí estudiadas que, sobre todo en los elementos de interseccionalidad y vida cotidiana, se ajustan a lo señalado por los autores. Por otra parte y dadas las características situacionales del estudio, las resistencias a las que aludimos —cotidianas y enactadas materialmente— poseen un insoslayable componente situacional; para el efecto los lugares y los sitios configuran “espacios de resistencias” contextualmente significativos, tal como lo señalan Baudry y Eudes (2016), en un análisis sobre jardines urbanos y prácticas de resistencia; o el trabajo de Guillaume Marche (2016) referido a cómo, mediante los grafitos, se generan espacios creativos, culturales y situacionales de resistencia; ambos trabajos en Courpasson y Vallas (2016).

terialista se retrotrae hacia el concepto de “habitar”, en tanto acto o acción que “construye” o “edifica” algo más allá del simple ocupar (Heidegger, 2017). Para el caso, se trataría de construir la vida, la vida familiar, los afectos, los recuerdos y también de los arreglos estructurales: pintar las paredes, arreglar la fachada, habilitar espacios, acomodar rincones (para estudiar, trabajar, o estar en soledad) o limpiar lo que “hace tiempo está postergado”, suponen un habitar, en tanto un construir (ocupar, modificar o adaptar el espacio a las exigencias de enclaustramiento) que queda inscrito, sea en lo familiar —objetivación emocional y moral “puesta” más allá del propio sujeto—, como en la casa-cosificada: el lugar que cobija y permite sobrellevar el enclaustramiento mediante la plasticidad sujeto/cosas y que posibilita, por ejemplo, agrandar la cocina, inventar un escritorio, el aparecer de una lámpara, instalar un columpio o, mejor aún, habilitar la vista a la bahía, tal como se expresa a continuación:

... es que yo creo que el patio es el único momento de relajo que tenemos, porque tenemos una vista maravillosa, que vemos toda la bahía de Viña y todo Concón. [...] Entonces, yo creo que todos buscamos salir a mirar esa vista y a relajarse, entonces puede hacer mucho frío, mucho viento, pero nos abrigamos y, aunque sea así, todos salimos al patio en algún momento a relajarse. Es ver la vista, yo creo que el tener esa mirada hace mantenernos un poco más tranquilos. (Entrevista Familiar, Valparaíso, 8 de octubre de 2020, comunicación personal)

Ese habitar como “ocupar”, a su vez, implica tanto cuidar como cultivar (Heidegger, 2017). Cuidar la vida y la familia, cultivar los afectos, los lazos; pero también cuidar el lugar que nos abriga, con lo cual amparamos, por lo tanto, a la familia misma, entendida siempre como un cuerpo frágil e inestable pero muypreciado. Sin importar el origen del juicio (sea desde los padres para con los hijos o desde los hijos respecto de sus madres/padres o abuelas/abuelos), el desvelo por la salud y el bienestar quedan puestos como núcleo narrativo sobre el cual giran el resto de las preocupaciones. En ese cuidado propio del habitar, la casa-lugar se erige, primero, como nido, en tanto abrigo y resguardo y luego como concha, caparazón duro cuyas formas geométricas (como en los caracoles y moluscos) permiten el despliegue de la vida, materialidad y diseño que nos protege del entorno y de los peligros de la naturaleza (Bachelard, 2006). No se trata de una materialidad económica —de recursos y calidad de la edificación—, sino de un lugar asumido en el vivir que se adapta según

las circunstancias —una pieza, un jardín o un baño compartido con 10 familias en un cité santiaguino— pero que, pese a dicha precariedad, se rebela a sí misma, sea en el cité o en una toma en pleno desierto, las familias resisten el confinamiento, la enfermedad y, sin duda, a sus propias condiciones de existencia.

En la siguiente cita, la jefa de familia no sólo resignifica las plantas en una situación cotidiana inesperada, sino que, como señala Bachelard, las plantas y el patio adquieren la forma, metafórica, del resguardo íntimo; la protección “enactada” (ver nota 20) en unos objetos (las plantas) y un lugar (el patio):

Las plantas no tenían mucho espacio, en la casa no tenía mucho tiempo, nosotros no teníamos, habitualmente, tiempo, ni siquiera, muchas veces, de regarlas, ¿no? A veces pasaban algunas plantas en el otro patio semanas y se secaban, la verdad, porque no pasábamos mucho tiempo en la casa, y cuando estábamos en la casa, no había tiempo para las plantas. Y los fines de semana, generalmente, no era ese el tiempo que le dedicábamos (...) Y empezaron a aparecer estas plantitas, y empezaron a generar este, entre comillas, pequeño jardín ... Sí, yo creo que ha sido una linda reconquista, ahora fuera de la casa. Al principio fue como conquistar el espacio íntimo y ahora es preocuparse del patio. (Entrevista familiar, Valparaíso, 5 de enero de 2021, comunicación personal)

El nido pandémico, cuya geometría nos empuja a, por ejemplo, pintar las paredes (de ciertos colores, por moda, posición de clase o capital cultural), comprar un sillón o habilitar un rincón para estudiar, trabajar o preocuparse por las plantas, traslada el cuidado de la materialidad hacia un bienestar en un futuro inmediato. La familia se piensa temporalmente y más allá de improvisar un escritorio o el color de la pared, el futuro se construye aquí y ahora. Son momentos en los que queda inscrito el habitar y, en tanto acción, da uso, ocupa y enacta<sup>20</sup> con los objetos mis-

20 Enactar, enacción —enactment— desde las ciencias cognitivas (Varela et al., 2016 [1991]) es un enfoque que explica el fenómeno de la percepción sistémicamente, toda vez que los sujetos, en el acto de “construir la realidad”, lo hacen “todo a la vez”: cuerpo, mente y entorno (por lo tanto, las cosas) confluyen simultáneamente, se enactan, para entender/comprender/significar/vivir el mundo. La enacción (enaction) constituye así, un enfoque post-cartesiano que, a partir de la teoría de sistemas, la fenomenología, las neurociencias y el budismo (Varela, et al., 2017) recurre a una lógica de indeterminación causal, donde los factores explicativos (el cerebro, el sujeto, la realidad material, la conciencia) no existen ninguno previo al otro. Asimismo, el concepto de “enactar” posee un uso importante en los Estudios en Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS): a partir de los conceptos de “ensamblaje” y “actantes no-humanos” (Latour, 2008): las materialidades (las cosas, objetos, utensilios; también infraestructuras y lugares), “enactan”, en

mos. Esos objetos y el lugar —la pieza, el patio, “la vista”— permanecen y se mantienen, ese mantener es constitutivo del habitar y es parte, a su vez, del cuidar que el lugar otorga a los sujetos (Heidegger, 2017). Ello no sólo implica una posición espacial que permanece en el tiempo y que, por lo tanto, me diferencia del entorno: los actores y actrices en esa distinción espacial, incluida (si los recursos económicos lo permiten) la diferenciación al interior del propio hogar, protegen la intimidad y la individualidad. El permanecer implica tomar distancia frente a la vulneración exterior, el distanciamiento desde el discurso socio-sanitario —muy medible, muy objetivo— “da lugar” a cómo, en la casa misma, los muros, el patio y las puertas “mantienen” no sólo esa integridad y privacidad, sino también, por una parte, al virus alejado, pero a la vez, la enfermedad y a los enfermos en otro lugar.

Más allá del “momento material”, la casa-lugar se transforma en el espacio donde se superponen una serie de dimensiones: en primer lugar, aquella que dice relación con los “mundos de vida”: estructuras de subjetividad, cotidianidad, afectos, voluntades, procesos mnémicos y socialización. En segundo término, estamos expuestos a información pandémica exponencial: es en las familias, sea a través de los noticieros, sea a través de redes sociales, que la “intersubjetividad” queda expuesta a las certezas y errores de la información. Esto sacude las motivaciones y decisiones de las familias —también los temores y las esperanzas—. Tercero, es en las familias donde se materializa la gobernanza pandémica (reportes diarios sobre las muertes, capacidad del sistema de salud, dictámenes sobre las fases de apertura, cobertura de vacunación, modificaciones en los aforos, etc.), es aquí donde se asientan, traducen y cuestionan los “dispositivos de control”. En cuarto lugar, las traducciones al entramado informacional y las posiciones que asumen los actores constituyen, en cierta forma, una disputa en y por el espacio público, pero que, dado el momento pandémico, se ha localizado en la cotidianidad, produciéndose una “ocupación simbólica del habitar” y, en consecuencia, la disputa por recomponer el espacio cotidiano; la disputa por la credibilidad (de la información), la seguridad (frente a la muerte) o el bienestar (de estar en casa) se expresan bajo los límites del hogar. “El lugar”, el habitar heideggeriano, se resignifica en la praxis situada; la realidad pandémica vuelve recurrentemente a

---

la interacción sociotécnica, una serie de significaciones epistémicas que configuran, para el caso, el fenómeno que se desea explicar (ver, a modo de ejemplo, Larkin, 2013). En ese proceso, las significaciones (los test, los experimentos, las teorías) están “encarnadas” en los objetos mismos, tal como sugiere Varela (Ibid) —en su *Embodied Mind*— para el fenómeno de la percepción y de la cual emana la perspectiva de la enacción.

un punto inicial de reconstitución. Así, en el estado pandémico se gesta una particular subjetividad —intensa y compleja, pero, como se mencionó, contingente y momentánea— que, dadas las restricciones a la circulación, el confinamiento obligado y, fundamentalmente, por la reducción cotidiana de toda la complejidad social a un único lugar, se produce una relocalización de la “*performance* subjetiva”: acomodados, nuevas coreografías y relecturas a las circunstancias de enclaustramiento. Otra vez, el espacio público, vaciado por la pandemia y, por lo tanto, erosionado en su posibilidad de intersubjetividad, dio lugar a casas y departamentos que, “llenos” de actores y actrices, reconstruyeron, no sólo lo público desde los dispositivos digitales, las habitaciones y los balcones (Lozanovska, 2021), sino también lazos y afectos que parecían haber quedado reducidos u olvidados sólo a los momentos prepandémicos. Ambos momentos —como las conexiones familiares telemáticas y las reuniones familiares “clandestinas”—, en tanto disputa, se instalan desde una *performance* material; en el primer caso desde una inscripción tecnológica (el caso extremo del video-*collage* español *Resistire*). El segundo, desde el traslado tráfugo que esquiva controles y vigilancias. Ambos vuelven, mediante un ejercicio de situacionalidad, a conectar filiación, confianzas y esperanzas.

Yo de repente la noto que está, así, como colapsando y le digo: “¡Ya!, ¡te fuiste a la casa de tus abuelos!”, porque no puede ir a ningún lado más. Entonces, obviamente, eh... mi marido se salta los controles sanitarios, se va por arriba... *pa'* poder sacarla de aquí, porque en realidad, claro, ella puede pedir un permiso y todo, pero después, a la vuelta, es complicado (...). Cuando ya la noto que está muy complicada, le digo: “Ya, te vas con tu abuela, te vas un rato para allá, ¿o te quieres quedar?”. Pero eso es lo que hacemos. (Valparaíso, 11 de septiembre de 2020, comunicación personal)

Asimismo, el permanecer recompone lo que el enclaustramiento ha descompuesto, sea mediante el olvido, sea por la irreflexividad prepandémica. Volver a “poner las cosas” renueva y evidencia un “fondo”, unas “reservas” que, para nuestro caso, trastocan la aparente rigidez del enclaustramiento. Ese trastocar o un roce leve a las estructuras de la pieza, *living* o cocina reconstituye el estudiar, jugar o comer superponen unas subjetividades que, aparentemente frágiles, resignifican las cosas mundanas y el quehacer cotidiano: posfenomenología de lo habitacional (del habitar

habitacional) que, al estilo de la teoría del Actor Red<sup>21</sup>, articula cosas, muebles, ollas, platos, comidas, espacios y mascotas con recuerdos, otras casas, otros lugares, también primos, primas, tías, barrios y vacaciones. “Totalidad” en un hacer que sólo podría ocurrir en el estado pandémico.

### Las cosas y una subjetividad confinada

El enclaustramiento ha superpuesto una serie de “situaciones” relativas a cómo se construye la realidad social en pandemia, “realidad” en tanto relación que se da entre los actores sociales, las cosas/objetos del habitar y las acciones que esos objetos permiten ejecutar. Así, toda realidad es, además de subjetiva (Schutz, 2008), también relacional, en tanto cosas que se articulan (o tejen) en redes socio-materiales —al estilo de Latour (2008)— o, como lo supone la ontología sociológica, mediadas intencionalmente por los objetos. Ello supone una “realidad pandémica” en tanto “plataforma material” (también comunicacional) que se estructura, primero, a partir de la objetivación del propio SARS, en tanto actante que genera y transmite la enfermedad y luego por una serie de procesos: i) científicos (que estabilizan epistemes sobre el contagio, el antídoto y cuantificaciones varias); ii) medidas socio-sanitarias (para contrarrestar el contagio), iii) políticas productivas y laborales (para evitar el descalabro económico) y iv) acciones familiares (arreglos y acuerdos socio-afectivos). Todo ello remite no sólo a agenciamientos en cada nivel, sino también erige unas ontologías prácticas (Law y Lien, 2012) en tanto las cosas y objetos construyen, articulan o transforman mundos donde se relacionan personas, tecnologías, políticas, objetos, espíritus o ideas (Jensen y Morita, 2015). Catalina, proporciona un buen ejemplo de ello:

21 A fin de reforzar el enfoque utilizado, indicar que la teoría del Actor Red (Latour, 2008), en un sentido reducido, supone explicar lo social a partir de, al menos, dos principios. Primero, revertir (aplacar, restringir) el peso epistemológico de lo “social” (o lo “societal”), en tanto realidad ya dada y preexistente a toda complejidad social: la sociedad no es el inicio de la explicación/interpretación sociológica. Por el contrario, ella es la consecuencia de lo que Latour llama “asociaciones”, i.e., relaciones e interacciones sociales que son, al final y en óptica de Latour, a lo único que tenemos acceso en tanto constatación empírica. Segundo —que es lo que viene al caso— en esas asociaciones/ensamblajes/interacciones (primarias y fundacionales) no sólo concurren actores y actrices sociales, sino también, actantes no-humanos: dichas interacciones —también las intencionalidades, voluntades, los imaginarios y los mundos simbólicos— están mediadas tanto por materialidades microscópicas (como objetos, dispositivos o cosas), como macroscópicas (como lugares e infraestructuras).

... incluso ha arreglado el balcón poniendo plantas y hierbas medicinales. Lugar que ella cuida con especial interés ya que sus hierbas se han transformado en una medicina para hacer frente a los distintos problemas de salud y emocionales que ha tenido durante este periodo; todo lo que se sabe sobre plantas y hierbas lo ha aprendido de mi abuela y mi mamá”. (Concepción, septiembre de 2020, comunicación personal).

Para nuestro caso, nos referimos, por una parte, a mundos pandémicos, en tanto abstracciones o imaginarios que objetivan, principalmente, una enfermedad grave y el riesgo global de la muerte. Por la otra, referimos a “mundos de enclaustramiento”, en tanto ontologías prácticas que se resisten, primero, a la enfermedad (por ejemplo, a través del uso de mascarillas, alcohol y las vacunas) y, luego, a la mismísima cotidianidad. Es en ese contexto donde adquieren “sentido práctico” las materialidades, objetos y cosas, en principio triviales, pero que en el escenario de confinamiento enactan con el sentido profundo del habitar, la distancia y el permanecer. Esto implicó una serie de ajustes en el mundo del trabajo, la educación de los hijos y la recreación; y que se refieren, precisamente, a cómo se desarrollan no sólo adaptaciones emocionales, sino también los acomodos coreográficos al espacio y las cosas.

Desde una interpretación optimista, las materialidades, en tanto mecanismos, generan procesos de respuesta a, primero, la amenaza al orden social global (i.e., la interpretación sociológica más obvia para la expansión planetaria de la muerte); y segundo —en un nivel de confinamiento familiar— a la amenaza de que la vida familiar colapse en salud mental y en las libertades individuales. Sin embargo, los dispositivos tecnológicos, si bien “traen” el trabajo y el aprendizaje a la casa, al mismo tiempo constituyen mecanismos de distanciamiento y cuidado y, en tanto dispositivos, se transforman en mecanismos cotidianos de control: el estrés y presión familiar también son trasladados por los dispositivos tecnológicos al espacio del hogar:

... el espacio es muy poco, nos toca vivir los tres en una pieza. Alberto ha montado un lugarcito con un par de computadores para trabajar, “mi oficina”, me dice. Mi hijo Fernando, de 15 años, juega videojuegos, de vez en cuando aprende inglés por su cuenta (...) incluyendo a mi mamá, vemos películas, comemos cabritas (“cotufas” en Venezuela), refrescos y dulces, y lo pasamos bien. Antes de la pandemia íbamos juntos al cine los fines de semana, y luego a comer *sushi*, pero ya no se puede. En el

día usamos el espacio para comer juntos y para que Fernando se conecte a sus clases *online* y haga sus tareas. Por la noche armamos las camas. (Santiago, octubre de 2020, comunicación personal)

Por otra parte, el estado de confinamiento —en este periodo de tiempo— ha transitado hacia una *sociedad que cosifica lo informacional*. En la óptica de Castells (2006), ahora sí las tecnologías han penetrado en la vida social, instalando no sólo nuevas formas de conexión, sino inscripciones humanos/cosas que se convierten en nuevas lógicas de interacción y significación. Si bien el estado prepandémico poseía un anclaje en las comunicaciones y las tecnologías de la información, el estado pandémico amplificó su lógica reproductiva (por ejemplo, la del temor, por medio de una vida virtual paralela) en esas mismas tecnologías. Paradoja macabra donde, por una parte, el orden social se desestabiliza constantemente, pero, por la otra, logra un equilibrio fantasmal, dada la funcionalidad que las tecnologías poseen en el acercamiento/distancia con la cotidianidad pandémica. Así, las tecnologías (no sólo las de la información) han intensificado una capacidad situacional de agencia, lo que inicialmente operaría como un mecanismo de salida al estrés provocado por el distanciamiento social, se ha transformado en el objeto que inscribe la pandemia; le da forma al enclaustramiento, al distanciamiento y a la vida familiar.

Lo anterior diseña el escenario donde se instala materialmente el confinamiento y el proceso donde, recursivamente, las familias han venido construyendo el entramado simbólico del mismo. La vida cotidiana, por lo tanto, aquel espacio/momento que se define por la situacionalidad de las interacciones familiares, está objetivada en las inscripciones de las cosas y lugares que las familias han construido para enfrentar, por una parte, el contagio y la enfermedad (la incertidumbre, el caos, el miedo) y, por la otra, la cotidianidad pandémica (entretenerse, distribuirse tareas; trabajar o estudiar): en breve, el terror a una enfermedad que si no provoca la muerte, puede hacer miserable las relaciones familiares. Así, el temor pandémico, ciertamente, no sólo remite a los desajustes y desorganización que provoca la irrupción de la enfermedad y el posible contagio, sino, fundamentalmente, al temor a desconstruir (desfondar) las relaciones afectivas. Un temor consistente en estrés, aburrimiento, angustia, intolerancia y, tal vez, incluso, violencia:

... hoy día yo fui aquí, a la Clínica Recreo, al oftalmólogo (...) fue más, fue extraño, sí, porque tener tanto rato la mascarilla en la cara, me picaba, me molestaba y, lo otro, ver al doctor que parecía astronauta, fue como evidenciar que... Fue evidenciar que es la pandemia. (Entrevista familiar, Valparaíso, 8 de septiembre de 2020, comunicación personal)

En este proceso, los hijos e hijas se han transformado en el epicentro de la protección material y el cuidado emocional. Ello dice relación con el amor y el cuidado, pero también con el sentido de trascendencia: en los hijos las familias se proyectan y en ellos se deposita el futuro sin contagio. Por lo tanto, un estado pospandémico se materializa en el presente, extremando las medidas sanitarias y mediando las restricciones a la circulación de las personas. Esto no ha dejado de ser problemático, dado que los hijos e hijas adolescentes han sido, precisamente, quienes más han sufrido con los periodos de confinamiento. Tal como lo muestran las entrevistas, las familias han tenido que redefinir su cotidianidad para, por ejemplo, sobrellevar los deberes escolares, el trabajo o el ocio.

En estos casos, los dos polos (el cuidado familiar y el ajuste de la organización material de la cotidianidad) se sostienen en los mecanismos de la “habitabilidad”. Esto significa que los actores construyen un marco material para sobrellevar el enclaustramiento bajo los límites de, por una parte, la espacialidad, y, por otro lado, por el uso de cosas u objetos que permiten la abstracción o fuga al encierro. Esos mecanismos de habitabilidad son los que han permitido, en muchos casos, enfrentar las situaciones de estrés y han canalizado, por lo tanto, cómo al interior de las familias se sostienen los momentos pandémicos más extremos. Sin esos mecanismos (por ejemplo, los acomodos habitacionales) el enclaustramiento hubiese operado, muy probablemente y con mayor intensidad, como un elemento disruptivo de la convivencia y de las relaciones familiares. Un ejemplo lo expresa Ignacio, mostrando que una simple salida fuera de la casa puede marcar la diferencia entre la angustia y la estabilidad emocional.

Eh... pero no salimos, casi, casi no salimos. De hecho, el Ignacio salió, de marzo que no salía, hasta hace como tres semanas atrás. Que fuimos aquí en Recreo a caminar no más. Y él necesitaba llevar el alcohol gel en la mano, porque para él era casi un escudo. (Valparaíso, 8 de septiembre 2020, comunicación personal)

La misma lógica situacional se puede aplicar para los casos en que las familias deciden visitar a familiares o ser visitados por ellos. En estos casos, más allá de los afectos y de la necesidad de la interacción social, el mecanismo (trasladarse, esquivando los controles callejeros de la autoridad) dice relación con microprocesos a través de los cuales las familias aplacan el encierro y el distanciamiento social: la salida —con o sin permiso— es un elemento catalizador para una convivencia pandémica. Desde una lógica posfenomenológica, el uso de utensilios opera como el elemento que moviliza las acciones del habitar, lo que comprende al menos dos aspectos: por una parte, tenemos el carácter situacional y contingente de la acción mediante el despliegue tangible de cosas, aparatos u objetos. Para el caso, la relación actantes/actores que conlleva transmitir y expresar *in situ* la filiación. El uso de vehículos (autos o bicicletas), ciertamente, acerca las relaciones familiares, pero a la vez, en tanto aparatos, se transforma en cómplices que más allá de la literalidad, traen y trasladan la presencialidad del cariño (y preocupación) hacia los otros. Sin duda que los vehículos —o cualquier medio de transporte— logran aquello. Sin embargo, dicho “traer” —más allá de quienes no tienen vehículos o no saben conducirlos— ressignifica el distanciamiento. Por otra parte, las familias basan su existencia socioemocional en una historia común que, prepandemia, se nutría, precisamente, de la reconstitución constante de roles, posiciones, relatos y significaciones autocontenidas e inscritas en dichas prácticas. Existe, en el enactar, una cualidad mnémica que asienta la emocionalidad; comprime y encapsula los momentos y situaciones de la cotidianidad confinada, que no sólo remiten a interacciones filiales, sino también a situaciones de reflexión y soledad individual. Sin esa mediación mnémica del enactar, el estado de enclaustramiento desbordaría, aún más, en ciclos recurrentes de saturación y estrés.

Desde una lógica material, y más allá de las lógicas del cariño, los arreglos cotidianos que quiebran el confinamiento (como el uso de vehículos), apuntan a cómo la propia familia permite y vuelve a reconstituir el estado de seguridad que otorga el habitar. Lo que aparentemente parece una interrupción (dado que toda materialidad implica un costo), reconfigura la excepcionalidad del confinamiento, por intermedio de destensionar la convivencia familiar y reposicionar cierto orden afectivo. Ello genera “des-temporalizar el presente” (Leccardi, 2014), toda vez que el estado pandémico queda, aparentemente, entre paréntesis. Más aún cuando las personas no logran tener más esperanzas que soportar, en una cotidianidad materialmente modificada, el fin de la pandemia,

pero a su vez, sin tener ningún indicio (objetivo) de que ello tenga, en el horizonte próximo, un cierre o final. Leccardi denomina a este proceso “presente absoluto”: momento fenomenológico de horizonte lejano que no permite, para el caso, ver el momento pospandémico. En lo cotidiano, y desde una lógica material (posfenomenológica), esto se ve mediado, por ejemplo, por el nuevo escritorio, un patio reacondicionado, un jardín, que constituyen momentos de recreación, ocio o distensión. Ese horizonte lejano se revierte, pero al mismo tiempo se perpetúa, a través de, por ejemplo, los juegos de mesa, las aventuras culinarias o ver televisión. Muchos de los relatos apuntan a cómo el momento pandémico pudo llegar a convertirse en un *lapsus de confort* y entretención a partir de acciones como esas. Si bien, dichas acciones sólo se produjeron al inicio de la pandemia, el relato posterior de las familias —después de tres o cuatro meses— resignificaba muy positivamente dicho momento. El presente perpetuo queda inscrito no sólo en la memoria y la valoración familiar, sino que queda inscrito en el “juego mismo”; “en la mesa”, “a cierta hora” y “ciertas personas”.

Así, las mediaciones objetuales que ocurren en la práctica cotidiana o familiar generan momentos creativos producidos por los objetos de inscripción: la casa, en términos estructurales, y las cosas, en términos fenomenológicos, se aparecen como el lugar/acción que principalmente soportan las dinámicas cotidianas de creatividad afectiva: sin el nuevo escritorio no hay aprendizaje telemático, sin el nuevo jardín no hay recreo a la monotonía, sin los juegos de mesas no hay recuerdos de infancia.

### **Volver (las cosas te traen de vuelta)**

Una de las principales y más recurrentes narrativas acerca del confinamiento señala que la pandemia ha revalorado la dinámica familiar. Una especie de idealización que, en términos de prioridades emocionales, diseña lo que podríamos llamar un “regreso al calor de lo familiar”, evocación que, en el momento prepandémico estaba obnubilada y en retaguardia —no sólo por la vorágine social modernista y consumista de un país subdesarrollado—, sino más bien por la certeza de lo presente que, en tanto mecanismo social, opera como *praxis* irreflexiva de lo que entendemos como “lo seguro” y sobre lo cual resulta innecesario resignificar en su actualidad cotidiana. Sin embargo, el relato enclaustrado intenta “cruzar el desamparo” para rescatar lo que parece olvidado por la excesiva

naturalización de ese “presente absoluto” que, por lo mismo, no repara en detalles ni en cuidados.

A modo de encuadre, desde la teoría de los mecanismos sociales, identificamos primero las acciones e interacciones en tanto microprocesos y, en segundo lugar, extendemos la definición mecanicista hacia un encuadre posfenomenológico: los microprocesos del enclaustramiento comprenden objetos y utensilios que, en tanto mundo de la vida, se desbordan de subjetividad. En este caso, las emociones, razones, motivos, expectativas y recuerdos generan una simbiótica social donde, sin llegar a la fusión (por lo demás, irrealizable), las cosas y emociones quedan entrelazadas.

Asimismo, siguiendo a Boer et al. (2021), la posfenomenología parte de la premisa que la observación de los fenómenos (situaciones, momentos) que nos interesan, depende instrumentalmente de la tecnología (aparatos, objetos, cosas, dispositivos) que participa o está involucrada en el fenómeno o, en su defecto, los instrumentos otorgan las condiciones y son los mediadores de las situaciones e interacciones sociales a ser explicadas. En nuestro caso, las cosas y objetos se vuelven mediaciones tecnológicas que permiten, en el enclaustramiento, traer/trasladar una serie de recuerdos prepandémicos que, junto con resignificar la cuestión familiar, median procesos, estrategias o mecanismos de resistencia emocional al confinamiento. Así, el traer nuevamente a la familia, en tanto resignificación de su actualidad, apunta a cómo las materialidades del confinamiento enactan, por una parte, procesos de intersubjetividad y por la otra, situacionalidad y *praxis* de ciertas cosas, objetos y haceres. Ello supone unos mecanismos sociales que recomponen roles, figuras e imágenes familiares donde, por ejemplo, “la madre” o “la abuela” se resignifican en la situacionalidad pandémica del “cocinar”, “reunir” o “jugar”; re-cobran así una centralidad que sólo ha sido posible dada la resignificación de cosas/acciones —pequeñas cosas y detalles afectivos, amorosos, personalizados— con procesos mnémicos satisfactorios. “La familia vuelve”, no por una idealización abstracta, sino a través de lógicas situacionales muy concretas, muy materiales.

## El cocinar y el jugar

El cocinar y la cocina, como también el jugar y los juegos —de mesa, por ejemplo— constituyen momentos que, en un micronivel, configuran fenómenos regulares referidos a la memoria y dinámicas familiares. No obstante, en momentos de enclaustramiento pandémico, la cocina, el cocinar y el jugar se convierten, además, en lugares y momentos claves para enfrentar la rudeza emocional del confinamiento. Esto tiene relación con los objetos (con lo que se come y con los que se juega; con el gusto y la satisfacción), pero también, en tanto mecanismos, con cómo a su alrededor orbitan procesos (relaciones e imaginarios) de resistencia. Y si bien el cocinar, el comer y el jugar contienen estructuras muy delimitadas; para el caso, la preparación, la mesa (“poner la mesa”) o respetar las reglas de los juegos (para que sean divertidos). El jugar y el comer se han transformado en procesos no sólo cotidianos, sino también biopolíticos, que han repositionado simbólicamente la vida familiar.

A veces, había días que yo llegaba y estaban, la verdad, todos durmiendo, Sol, generalmente, me esperaba, pero los niños durmiendo, ahora eso no ocurre, digamos. Entonces, también tomamos once, por ejemplo, en la tarde, juntos, entonces, en general, han sido eso como los momentos, ¿ya? Incluso esto de almorzar y de preparar, a lo mejor, de repente algunas cosas juntos, hemos cocinado, no sé si cocinado, pero hemos hecho pan, Sol ha hecho harto pan. (Entrevista Familiar, Valparaíso, 8 de septiembre 2020, comunicación personal)

Ambos momentos han implicado, por una parte, el recuerdo colectivo-familiar, en tanto, “el comer o el jugar todos juntos” remite a las tradiciones familiares y, por la otra, a la inmediatez del reencuentro en el afecto. En clave teórica ello se explica a partir de cómo los “objetos del cocinar” y “los juegos” enactan dimensiones profundas de la subjetividad familiar que, expuestas al estado de enclaustramiento, se activan exponencialmente. El *telos* afectivo del cocinar y el jugar desbordan a una emocionalidad espacialmente comprimida. Desde la lógica de las materialidades, los límites espaciales, el distanciamiento y, por lo tanto, los enclaustramientos se liberan en momentos como esos.

Desde el punto de vista mnémico y, sin perder de vista el entramado cultural del comer o el jugar, ambos momentos, inevitablemente, enactan con la historicidad familiar y, a través de ello, con identidades y

entramados simbólicos que, además de evidenciar profundos procesos de socialización, expresan los tránsitos hacia dimensiones situacionales concretas. Sin ello, sin la actualidad de la acción —contenida en la praxis concreta del habitar— es muy probable que ese proceso mnémico no pudiese manifestarse. Si bien las “cosas del comer y jugar” no implican, por sí mismas, el entramado hermenéutico del recuerdo, sí poseen la cualidad de gatillar el proceso mnémico. En efecto, el cocinar y el jugar constituyen prácticas sociales renovadoras. Hay una sutil contradicción sistémica entre el ritual de la vida cotidiana como tradición respecto de las micro prácticas sociales de resistencia al confinamiento.

Mi esposa está más feliz que antes, porque han sido, a pesar de la pandemia, han sido como unas pequeñas vacaciones para nosotros. Así que ella se ha dedicado a regalarnos, nos ha hecho hartas comidas en las cuales, a veces, yo participo, por ejemplo, a veces un asado y ahí me toca participar. Y ella nos hace empanadas de camarones o nos hace sopaipillas, pancito amasado, cazuela... Nos ha regaloneado harto. (Alto Hospicio, 25 de septiembre del 2020, comunicación personal)

Como instancia renovadora, cocinar/comer, juegos/jugar en tanto mecanismos, “traen” (nuevamente) la dinámica familiar: los arreglos vinculados a la decisión de qué comer prefiguran el primer momento donde el acuerdo (cocinar “algo rico”) se objetiva en las cosas (la mesa, la comida) ese micro-orden familiar. Esto es, el primer nivel de la “idealización familiar”: la gestión del acuerdo, qué decide acerca de la cosa/objeto, está copado de significados cuyo desenlace se enacta con un entramado de momentos —pasados y actuales— que refieren, precisamente, a la historia familiar: a las abuelas, a la infancia, a la otra casa; y desde ahí a los momentos de felicidad, tranquilidad, que luego, en el cocinar o en el jugar, re-viven; traen a la mesa la seguridad familiar antipandemia: no es sólo una “picadita”, sino que es “la picadita” que en la mesa nos protege de la aflicción y sacrificio pandémico:

Para comer algo rico, y por lo general pedimos algo, o cocinamos ambos. O hacemos algo en la noche igual, por ejemplo, a veces hacemos, así como una picadita. Eso hacemos juntos los tres. (Entrevista familiar, Iquique, 13 de noviembre del 2020, comunicación personal)

En un segundo nivel, jugar y comer se transforman en la extensión sociológica de la “cosa” (extensión en tanto objeto resignificado), pero que en el acto del comer o jugar quedan en un paréntesis que da paso a otra dimensión de la resignificación familiar: “comer todos juntos de nuevo” o “jugar a las cartas en familia”: la mesa y la comida transitan a un acto comunicativo que se reconstituye gracias a la pandemia: comemos o jugamos todos juntos (como lo hacíamos hace muchos años atrás) y ello nos une, nos queremos, nos divertimos. La pandemia empuja interacciones sociales que, en un micronivel de cotidianidad, subliman el lazo y la protección. En ese acto/acción/interacción se re-instala lo familiar, ahora, en un acto nuclear y elemental de reencuentro afectivo (no es una fiesta, ni una celebración), donde la dinámica familiar y la reproducción recursiva de lo familiar quedan autodefinidas por el acto del comer o jugar, “la familia es lo que come y lo que juega”.

Esto, a su vez, implica “un nosotros” que, como se ha señalado, idealiza lo familiar, ahora no sólo como una exageración psicológica (en tanto racionalidad “natural” —diría Husserl (Toledo, 2012)— que resignifica lo “aparente”), que reconstituye el lazo original perdido, sino como un mecanismo de protección frente a un “otro”: la pandemia está, a su vez, objetivada en, por una parte, en el contagio y, por lo tanto, en el riesgo de la muerte; y por otra, en una autoridad político-sanitaria que “me amenaza” con la sanción. La familia, en el acto de interacción cara-a-cara, en la contingencia misma del hacer (comer y/o jugar), olvida y niega, por un par de horas, ese entorno.

El comer-la comida (o el juego, como los “de mesa”) tienen un papel fundamental en cómo se gesta el acto divertido. El cocinar con los hijos, jugar a las cartas o salir al cerro, contienen la virtud de objetivar y contener el peso traumático del confinamiento, así el acto hedónico no sólo es diversión familiar, sino también un mecanismo de escape al sacrificio del encierro y las restricciones. Esto, además, se objetiva en el acto mismo, por cuanto “el cocinar”, “el jugar” como “el salir”, no ocurren como actos individuales, sino como subjetividades que interactúan, por lo tanto, el proceso de sentido y significación se construye no sólo en el momento mismo en que el acto ocurre, sino en cómo se construye familiarmente lo divertido. Aquello transporta temporalmente a los sujetos, posee la capacidad de la narración retrospectiva, toda vez que, en estado de confinamiento, el acto divertido hace transitar la experiencia desde un pasado satisfactorio (seguro, feliz, pleno) a un presente en tensión y conflicto. Así, las cosas-hacer de la familia, sean como resistencia, sean

como elementos mnémicos, operan para fortalecer al grupo, reforzando la cotidianidad familiar, los roles y los afectos.

...hemos jugado juegos de mesa, muchos juegos de mesa, lota, jugar lotas, a veces en las tardes jugar lota... ¡Qué más! Bueno, Netflix me ha salvado un montón, ver series, eso es lo que he hecho, me he visto casi todas las series de Netflix, mi hijo también. (Alto Hospicio, 27 de octubre del 2020, comunicación personal)

...hemos buscado la manera de entretenernos, de reírnos, hemos jugado *Metrópolis*, ¿*Metrópolis* es la palabra?... ¿Cuál es el juego que jugábamos? *Metrópolis*, ¿ese de los billetes?... ¿*Monopoly*?, nos matábamos de la risa, porque quien quedaba con más, o quien quedaba sin las casas y haciendo cosas acá con mi hermana, dulces, de alguna manera ella tejiendo, yo también haciendo... (Iquique, 28 de septiembre del 2020, comunicación personal)

Muchas familias, sobre todo al inicio del estado pandémico, recurrieron a los juegos en familia. Esto representaría una respuesta inmediata al tedio que provoca el confinamiento, así como la diversificación de las actividades familiares. Por supuesto que existen otros mecanismos que, tal vez, logren asentar de mejor forma el compromiso familiar: la distribución de roles cotidianos, el factor económico, el respeto, el manejo del estrés y gestionar la tolerancia al interior del grupo familiar. Sin embargo, el factor lúdico, además de contribuir al compromiso familiar, resignifica de mejor forma el sacrificio y, en muchos casos, el sufrimiento.

### **A modo de cierre**

Más allá de los detalles empíricos, los hechos, datos y experiencias, este estudio posibilita una comprensión amplia del fenómeno del confinamiento y cómo situar las explicaciones/interpretaciones —fenomenológicas, por ejemplo— no sólo desde los entramados emocionales, como si los elementos simbólicos, las subjetividades, los imaginarios ocurriesen en un vacío social. Por el contrario, subrayar las estructuras materiales del acto interpretativo, sean en un nivel microscópico (desde los objetos) como macroscópico (desde los lugares), permite extender la explicación teórica hacia y desde factores relativamente olvidados. En ello hemos

buscado un volver atrás, en tanto es imposible soslayar cierta objetividad —la de las cosas en este caso—, pero sin que ello signifique caer en un obtuso positivismo, ni negar —por el contrario, más bien reafirmar— la dimensión constructivista y situacional de la propia objetividad científica.

Considerando lo anterior, hemos puesto especial atención al innegable peso que poseen los procesos biopolíticos, no sólo los promovidos desde el estado pandémico, sino también aquellos que el discurso científico ha instalado hasta en los lugares más recónditos del planeta. Esto es muy tangible: las personas no inventan mascarillas, ni los distanciamientos sociales, ni patrullas militares a la vuelta de sus casas y, sin embargo, a su vez, existen esas ventanas que permiten generar algunas concepciones sobre cómo esas materialidades intervienen en la invención del mundo. Aquí nos hemos centrado en ese mundo inventado que, desde las personas y familias —objeto de este estudio— se han construido, incluso a la fecha, sobre los riesgos de la pandemia, un proceso muy objetivo, muy material.

## Referencias

- Bachelard, G. (2008). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica.
- Barbera, F. (2006). A Star is Born? The authors, principles and objectives of Analytical Sociology. *Papers, Revista de Sociología*, (80). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Baudry, S. y Eudes, E. (2016). Urban Gardening: between green resistance and ideological instrument. En D. Courpasson y S. Vallas (Eds.), *The Sage Handbook of Resistance*. Sage Reference. Sage Publications Ltd.
- Castells, M. (2006). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Siglo XXI Editores.
- Courpasson, D. y Vallas, S. (2016). *The Sage Handbook of Resistance*. Sage Reference. Sage Publications Ltd.
- de Boer, B., Molder, H.T. y Verbeek, P. P. (2021). Understanding science-in-the-making by letting scientific instruments speak: From semiotics to postphenomenology. *Social Studies of Science Journal*, 51(3), 392-413.
- Fox, N. y Alldred, P. (2019). The Materiality of Memory: Affects, Remembering and Food Decisions. *Cultural Sociology*, 13(1), 20-36.
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores.
- Heidegger, M. (2017). *Filosofía, ciencia y técnica*. Editorial Universitaria.
- Jensen, C. B. y Morita, A. (2015). Infrastructures as Ontological Experiments. *Engaging Science, Technology, and Society*, 1, 81-87.
- Joas, H. y Knöbl, W. (2016). *Teoría Social. Veinte lecciones introductorias*. Editorial Akal.
- Johansson, A. y Vinthagen, S. (2014). Dimensions of everyday resistance: an analytical framework. *Critical Sociology Journals*, 42(3).
- Larkin, B. (2013). The politics and poetics of infraestructura. *The Annual Review of Anthropology*, (42), 327-343.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Editorial Manantial.
- Law, J. y Lien, M. E. (2012). Slippery: Field notes in empirical ontology. *Social Studies of Science Journal*, 43(3), 363-378.
- Leccardi, C. (2014). *Sociologías del Tiempo*. Editorial Universidad Finis Terrae.
- Lozanovska, M. (2021). Space and Culture: Quarantine. *Space and Culture Journal*, 24(2), 188-193.
- Lynch, M. (2013). Ontography: Investigating the production of things, deflating ontology. *Social Studies of Science*, 43(3).
- Manning, P., Moore, S., Tchilingirian y Woodthorpe, K. (2023). Remembering and Narrativising COVID-19: An Early Sociological Take. *Sociology*, 57(3).

- Marche, G. (2016). Graffiti as Infrapolitics: A study of visual interventions of resistance in San Francisco. En D. Courpasson y S. Vallas (Eds.), *The Sage Handbook of Resistance*. Sage Reference. Sage Publications Ltd.
- Mol, A. (2003). *The Body Multiple: Ontology in Medical Practice*. Duke University Press.
- Riis, S. (2008). Review essay Postphenomenology: 'Festschrift' for Don Ihde. *Philosophy & Social Criticism Journal*, 34(4), 449-457.
- Rounavaara, H. (2012). Deconstructing explanation of mechanism. *Sociological Research Online*, 17(2). [www.soresonline.org.uk](http://www.soresonline.org.uk)
- Schütz, A. (2008). *El problema de la realidad social. Escritos I*. Editorial Amorrortu.
- Scott, J. (1985). *Weapons of the Weak*. Yale University Press.
- Searle, J. (2006). Social Ontology: Some basic principles. *Papers, Revista de Sociología*, (80). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Sismondo, S. (2015). Ontological turns, turnoffs and roundabouts. *Social Studies of Science*, 45(3).
- Toledo, U. (2012). *Socio-Fenomenología. El significado de la vida social cotidiana*. Ed. Pencopolitana.
- Varela, F., Thompson E. y Rosch E. (2016). *Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*. The MIT Press.
- Woolgar, S. y Lezaun, J. (2015) Missing the (question) mark? What is a turn to ontology? *Social Studies of Science*, 45(3).

## Reflexiones finales

Félix Aguirre

No cabe duda de que la actual crisis se ha transformado no sólo en la mejor herramienta para ilustrar cómo la epidemia ha sacudido las coordenadas que cada persona requiere para orientar su comportamiento diario, sino también en un ejemplo de hasta qué punto nuestra vida cotidiana parece estar dramáticamente vinculada a procesos y tendencias mundiales.

Si bien es cierto que contenidos expuestos en el libro indican que las familias han desplegado diversos ajustes y estrategias para sobrellevar el proceso pandémico, y que lo han hecho con recursos provenientes de su propio contexto cultural y social prepandémico, como viene sucediendo con los mercados económicos y con la mediación que proveen las tecnologías de la información, la pandemia también se ha desplegado en marcos estructurales globales. El hecho de que este brote de COVID-19 se generara en un contexto de hacinamiento —y al mismo tiempo lo intensifica— y en circunstancias que hicieron posible que en muy pocos meses el virus lograra una extraordinaria eficacia para que se transmitiese, contagiara y matara a personas, muestra hasta qué punto responder a la pandemia desde el lente de una política pública requiere de una mirada genuinamente multidisciplinaria y *glocal*, desde luego que, fundada en la evidencia, pero también que refleje los valores de una sociedad más democrática.

El hecho de decretar cuarentenas, reducir la interacción social a gran escala, difundir masivamente buenas prácticas de higiene personal e inyectar ayudas económicas directas a las familias, ha mostrado ser una respuesta efectiva ante la urgencia de la crisis, pero las respuestas a largo plazo debieran ser consideradas aún más importantes. Resulta muy inquietante, por ejemplo, constatar que, a pesar de la pérdida de miles de vidas, la política institucional continúa ignorando la evidencia científica

sobre el papel de la salud pública en la mejora de la calidad de vida y como motor del crecimiento económico, de forma que muchos gobiernos siguen mostrándose renuentes a invertir lo suficiente en sus sistemas de salud pública, un asunto que adopta tintes dramáticos cuando observamos que son justamente las economías menos desarrolladas donde es más probable que el riesgo de la aparición de nuevas enfermedades infecciosas sea más alto (Gupta et al., 2021).

La cooperación mundial, especialmente en la esfera de la salud pública y el desarrollo económico, será esencial en las próximas décadas. En el corto plazo los bancos centrales y las autoridades económicas de todos los países deberán asegurarse de que la profunda perturbación económica que ha generado la epidemia se mitigue con medidas extraordinarias, asociadas a un considerable aumento del gasto público —como las adoptadas en Chile durante el último año—. En el largo plazo la gestión de las consecuencias de la crisis requerirá un esfuerzo multifacético que afectará no solamente la política monetaria, sino muy especialmente la política fiscal, la política sanitaria y la política laboral.

La experiencia internacional sugiere que varios países no sólo han reducido con éxito su tasa de infección por COVID-19 más temprano que otros, sino que la eficacia de la respuesta ha dependido de la velocidad y la escala de la intervención gubernamental y de cómo las comunidades han recibido, percibido y actuado sobre la información proporcionada por los gobiernos y otras agencias (Toshkov et al., 2021)<sup>22</sup>, de modo que si bien no existe una estrategia de política pública de “talla única”, basamos estas recomendaciones en el hecho de que la opinión común de los expertos adopta como supuesto que los factores de riesgo familiar que se han acentuado durante la pandemia se mantendrán en el mediano plazo, y que esta incertidumbre incidirá, no solamente en la acentuación de las precariedades económicas de las que hemos dado cuenta en el libro, sino también en nuevos riesgos asociados a: i) pre-existencias de patologías en la salud de las personas; ii) el lente de género y los cuidados; iii) la urgencia de reparar en el estado de la salud mental; iv) la importancia de contar con una comunicación del riesgo eficaz y su articulación con las comunidades; y iv) una reflexión final sobre el control social, la pandemia y las libertades civiles.

---

22 <https://www.ilo.org/global/topics/safety-and-health-at-work/lang--es/index.htm>

## **1. Una atención prioritaria a las y los enfermos crónicos y a las necesidades especiales**

Durante nuestro estudio cobraron una extraordinaria relevancia las decisiones y ajustes familiares que se adoptaron en función de las preexistencias de enfermedades crónicas de algunas personas. Sabemos que las personas con discapacidades físicas que comúnmente enfrentan desafíos diarios como barreras a la movilidad comunitaria, un acceso reducido a los servicios de salud y un mayor riesgo de sufrir depresión, pueden enfrentar desafíos adicionales en el contexto de la pandemia. También los enfermos crónicos y las personas con capacidades especiales tienen necesidades específicas y variadas que debe tenerse en cuenta a la hora de enfocar la planificación de una política pública en este contexto pandémico. Es muy importante pensar y aplicar estrategias de gestión del riesgo que garanticen que estos grupos puedan acceder a medidas preventivas.

Desgraciadamente, a nivel mundial, la evidencia indica que ha habido una carencia de investigación temprana sobre los impactos de COVID-19 en personas con capacidades especiales, por lo que debiera ser prioritario catastrar las necesidades específicas de una población especialmente vulnerable para garantizar su inclusión en las recomendaciones de salud pública y por parte de los responsables de la formulación de esas políticas, pues se trata de un grupo que, desgraciadamente, con demasiada frecuencia se olvida en las decisiones gubernamentales y que debe incluirse en las futuras estrategias de crisis (Lebrasseur et al., 2021). Las personas con capacidades diferentes tienen necesidades específicas y variadas, y pueden ofrecer una información muy valiosa a tenerse en cuenta al planificar una intervención. Esto incluye hacer que la información sea accesible de diversas maneras y aplicar estrategias de gestión de riesgos que garanticen su acceso a medidas preventivas (Kennedy, 2019).

## **2. Aplicar el lente del género para orientar una política pública sobre los cuidados**

En medio del brote de COVID-19 y de la crisis económica resultante, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha recomendado que las medidas de apoyo gubernamentales se focalicen en los grupos de población más afectados, las mujeres y las otras minorías sexuales forman parte de dichos grupos. La evidencia apunta a un menor acceso a los

servicios de salud sexual y reproductiva, a un aumento de la violencia doméstica y a un efecto adverso (y muy desproporcionado comparado con los hombres) en la continuidad laboral<sup>23</sup>.

¿Las políticas a largo plazo, diseñadas para combatir la recesión posterior a la pandemia, ampliarán o reducirán las desigualdades de género? Las políticas públicas tienen el paradójico potencial de empeorar o mitigar estos impactos de género, dependiendo de la voluntad política del gobierno de turno. Sin embargo, a más largo plazo, un enfoque comparativo podría poner de relieve el papel atenuante o cada vez más amplio de los enfoques de política de género, en especial en países como Chile, muy renuentes a reducir este tipo de brechas, que van de lo salarial a la calidad del empleo y que incluyen la progresión profesional, el salario decente y una política de conciliación laboral. Sabemos que, diferencia de crisis anteriores, la del COVID-19 ha tenido mayor impacto en las industrias con altas proporciones de empleo femenino<sup>24</sup>, y que incluso en países más desarrollados, como el caso de los Estados Unidos, desde el comienzo de la pandemia las madres han reducido sus horas de trabajo más que los padres, reforzando y sesgando aún más la distribución existente de las tareas de cuidado infantil en la mayoría de las familias (Cook y Grimshaw, 2021; Hughes et al., 2020; Reichelt et al., 2021).

Es aún más alarmante constatar que cuando se exploran los cambios acaecidos durante la crisis y su influencia en los arreglos familiares, pareciera que, como sucedió en las familias estudiadas, la posición de las mujeres en estas y, por ende, su vínculo con otros parientes, todavía es definido en términos de su potencialidad de brindar cuidados: de su capacidad de asistir. Esta desigualdad se aprecia como una tendencia mundial en las labores de cuidado y se contrasta con los roles de los padres, quienes, a diferencia de las madres, derivaron algunas de las actividades a sus hijas mayores. Debemos destacar, que, si bien se ha producido un cierto reordenamiento de las labores del hogar durante la pandemia y que una parte importante de nuestros entrevistados declaró que la cuarentena y el encierro los ayudó a compartir y conocerse más como familia, lo cierto es que las madres y/o las dueñas de casa no han reducido ni la cantidad ni el tiempo dedicado a las responsabilidades domésticas, y que esta sobrecarga —como puede apreciarse en el caso de Chile— es vivida de manera abrumadora, en tanto que los hombres (padres e hijos) aparecen más alejados del quehacer doméstico y centrados en el trabajo,

23 <https://globalhealth5050.org/>

24 <https://www.ilo.org/global/topics/safety-and-health-at-work/lang-es/index.htm>

ya sea presencial, o a distancia desde el hogar, donde, además, disfrutaron de mejores espacios para ello (Cairney, 2021).

### **3. Reforzar las coberturas sanitarias referidas a la salud mental**

Las circunstancias únicas creadas por la pandemia de COVID-19 plantean serios desafíos para la estabilidad del estado de ánimo y la regulación emocional de los individuos de todas las edades (Huebener et al., 2021). En Argentina, según un estudio reciente sobre las reacciones afectivas tempranas en adultos, los encuestados mostraron síntomas ansiosos y depresivos sustanciales. Un 33% y un 23% de los participantes informaron posibles síndromes depresivos y ansiosos, respectivamente, en tanto el grupo más joven (18 a 25 años) mostró la mayor prevalencia de síntomas (Torrente et al., 2020). Este estudio está en línea con la literatura previa que destaca la importancia del impacto psicológico de las pandemias, pero además demuestra que estas reacciones están presentes a gran escala y se están produciendo inmediatamente después del inicio de la cuarentena, como una reacción adaptativa temprana, que proporciona una información muy relevante sobre los impactos ambientales repentinos en los estados afectivos y las vías específicas para que se expresen la ansiedad y la depresión, lo que estimamos ofrece una interesante lectura para el caso de nuestro país.

Otros trabajos han destacado que el tiempo dedicado a las clases en línea y al autoestudio está trastocando los hábitos de sueño, las rutinas diarias de ejercicios y los efectos posteriores sobre el peso, la vida social y la salud mental de los estudiantes, por lo que sugieren que las autoridades públicas tomen todas las medidas necesarias para mejorar la experiencia de aprendizaje de niñas y niños, mitigando los impactos negativos causados por el brote de COVID-19, por lo que, una vez que las instituciones educativas hayan vuelto a la normalidad, las autoridades deberían haber analizado cuidadosamente los problemas experimentados durante la transición repentina al aprendizaje en línea y prepararse para cualquier situación futura. En especial, es probable que muchos estudiantes sufran de estrés, ansiedad y depresión, por lo que será necesario brindarles apoyo emocional (Chaturvedi et al., 2021).

#### **4. Reforzar la comunicación del riesgo y articular la información con las comunidades regionales y locales**

Sabemos que el compromiso y la respuesta de las personas frente a la información sobre salud pública están fuertemente influenciados por su identidad cultural y social, así como por la edad, el género y el acceso a los recursos (Dobson y Barnett, A., 2018). Estos factores permiten no sólo comprender el modo en que los diferentes públicos perciben qué autoridad es “confiable”, sino, aún más importante, su capacidad real para responder a la información. No podemos ignorar que en la era de la “posverdad”, las comunicaciones gubernamentales son vistas por algunos como inherentemente políticas y cargadas de valores.

Como hemos destacado en las conclusiones de nuestra investigación, las familias entrevistadas conciben la pandemia fundamentalmente como una contingencia. Esto es como un acontecimiento que irrumpió en las vidas de las personas en forma inesperada y cuyas causas son remotas, de manera que la pandemia es significada en relación con sus consecuencias mucho más que respecto de sus causa (Vergara et al., 2023). Un juicio muy repetido entre los participantes en nuestra investigación es la deficiente gestión gubernamental de la pandemia. Las medidas preventivas son casi unánimemente consideradas inapropiadas o insuficientes, especialmente la aplicación tardía de medidas preventivas por parte de las autoridades nacionales y, en menor medida, regionales, configurándose una relación crítica con el Estado, expresada en términos de una desconfianza generalizada hacia el rol de las instituciones públicas y las autoridades.

Durante las emergencias sanitarias los gobiernos deben priorizar la transparencia. La comunicación durante una crisis de salud pública como la que estamos viviendo incluye revelar qué evidencia se utilizó para informar las recomendaciones de salud pública, a quién se consultó y qué escenarios se consideraron, especialmente en situaciones en las que se necesita actuar rápidamente. La colaboración de intermediarios confiables y autorizados, como expertas y expertos médicos y de salud pública, ha sido clave, especialmente en contextos en los que la confianza en el gobierno es baja, o ha sido desafiada por la opinión popular, como el caso que nos ocupa (Funk et al. 2019).

El éxito a largo plazo de una comunicación eficaz del riesgo depende de la capacidad de quienes formulan las políticas gubernamentales para generar un amplio apoyo a través de una mayor y continua participación

de la comunidad (Toshkov et al., 2021). La participación inclusiva de grupos comunitarios en el diseño de una política, la sensibilidad a las preocupaciones y valores de esos públicos y los desafíos crecientes que impone el uso de las tecnologías digitales en las actividades cotidianas de comunicación y participación, son las dimensiones más relevantes para lograr el cumplimiento de los comportamientos necesarios de los individuos, las comunidades, las organizaciones y las naciones en un contexto de pandemia (Hantrais et al., 2020).

La reciente proliferación de información disponible a través de los medios en línea añade una capa adicional de complejidad. La televisión y los medios de comunicación impresos, que en el pasado han sido un conducto esencial para la circulación de información de salud pública, ahora deben competir con una amplia gama de redes sociales de fácil acceso y a una multitud de fuentes de noticias y de opinión en línea (Burgess y Green, 2018). Una consecuencia de esto es la proliferación de desinformación que puede intensificar la ansiedad y exacerbar las tensiones sociales y los comportamientos discriminatorios (Waszak et al., 2018).

En nuestra opinión, lo anteriormente dicho hace que sea prudente que los gobiernos busquen un compromiso cívico continuo con los diferentes grupos de referencia comunitarios alojados en los diferentes territorios y comunidades locales. Debemos reconocer que esas comunidades pueden no verse afectadas por una pandemia de la misma manera y en el mismo grado. Como sugiere un estudio reciente aplicado en la vecina Colombia, los funcionarios gubernamentales parecen estar en una mejor posición para comprender las circunstancias de la vida, las necesidades, las fortalezas y las capacidades de las comunidades multiculturales y vulnerables, si trabajan con líderes comunitarios de confianza (Gomez-Marin et al., 2020).

Esta competencia intercultural requiere empatía, respeto y reconocer la ignorancia propia. Por ejemplo, algunas culturas prefieren la comunicación cara a cara para promover la información preventiva que consideran importante, y su experiencia previa con los servicios de salud puede ser fundamental para comprender su resistencia a comprometerse o a participar. Si los servicios públicos no son culturalmente conscientes de ello, una política pública puede terminar desafiando a muchas personas y, por lo tanto, las estrategias de prevención deben ser sensibles a esas prácticas espirituales, religiosas o culturales (Lewandowsky et al., 2021). Un interesante trabajo reciente de Hyland-Wood et al. (2021) propone

reforzar la comunicación segmentando la información en estos grupos de riesgo:

- Niñas y niños hasta 12 años (y sus familias).
- Adolescentes de enseñanza secundaria.
- Adultos jóvenes, entre 18 y 30 años.
- Adultos mayores de 70 años, incluyendo aquellos que viven en residencias.
- Pueblos indígenas.
- Comunidades de género diverso/LGBTQ+.
- Personas que se hayan visto afectadas por desastres naturales (incendios/inundaciones/terremotos/etc.).
- Personas que padecen afecciones potencialmente mortales (en especial los inmunocomprometidos).
- Comunidades y personas con discapacidades auditivas/visuales/de movilidad (ver Baptista et al, 2021; Habersaat et al., 2020).

## 5. Sobre el control social. La pandemia y las libertades civiles

Bajo la crisis sanitaria, que fue también una crisis existencial, ¿necesitamos un retorno a estilos de gobierno en los que la policía debe garantizar el pleno cumplimiento de la letra de las políticas implementadas para contener el COVID-19? O, en el caso opuesto, ¿necesitamos una mayor participación social a lo largo del ciclo de la formulación, ejecución y control de una política pública, ya que sólo a través de pactos podemos enfrentar las amenazas de alto impacto de una manera legítima y efectiva? ¿De qué manera el *shock* que ha provocado el COVID-19 está remodelando la gobernanza pública en el sentido más básico? ¿Este nuevo estado de cosas será transitorio o duradero? ¿Cuáles son las implicaciones que tendrá esta crisis en nuestra cultura administrativa y en la rendición de cuentas de una administración pública democrática?

Si bien es prematuro hablar del éxito o fracaso de la gobernanza pandémica, actualmente existe una sensación (no un análisis sólido) de que ciertos sistemas públicos de Asia oriental (en particular, Corea del Sur y Taiwán, posiblemente Hong Kong, Japón, Singapur y otros) respondieron mejor que los sistemas públicos occidentales a la pandemia (ver Anderson et al., 2020; González-Bustamante, 2020). Una forma de comparar el desempeño diferencial es que el sistema de gobernanza de

los países de Asia oriental mencionados se han asociado a la tradición administrativa “confuciana”, cuya posible influencia y efectos aún persisten en rasgos claves de sus burocracias. Por ejemplo, en una interfaz jerárquica entre el Estado y la sociedad, en una cultura política en la que prima la lealtad a la autoridad, o en la prevalencia de un imaginario social que reconoce la legitimidad del Estado y de su aparato burocrático porque su autoridad descansa en un “mandato del cielo” (Drechsler, 2018).

Sin embargo, varios de los países mencionados más arriba están utilizando tecnologías para enfrentar las medidas de distanciamiento social de una manera que puede afectar el ejercicio de ciertas libertades civiles de sus ciudadanos. Por ejemplo, el gobierno de la República Popular China está haciendo uso de una aplicación para monitorear el movimiento de las personas, clasificándolas de acuerdo con su estado de salud e historial de viajes. Una aplicación similar ha sido propuesta en Alemania, lo que plantea preguntas éticas sobre el papel legítimo de la intervención estatal en la restricción de la libertad de movimiento y justifica la preocupación de la opinión pública sobre la privacidad del almacenamiento y el uso de esos datos, inquietudes que se intensifican por la forma en que algunos políticos, como el presidente húngaro Victor Orban, han aprovechado la crisis para suspender garantías y procesos democráticos (Subbian et al., 2021).

Además, los esfuerzos para combatir la epidemia siguen encontrando obstáculos con la propagación de noticias falsas. Un ejemplo dañino y de alto perfil ha sido las afirmaciones prematuras sobre la efectividad de la cloroquina en el tratamiento de COVID-19, cuyo consumo ha provocado casos de intoxicación en varios países del mundo. Por ejemplo, la agencia de seguridad de medicamentos de Francia ha relacionado la cloroquina con eventos cardíacos adversos en pacientes con COVID-19 y un ensayo del medicamento en Brasil, con el beneplácito y el aliento de su presidente, tuvo que detenerse por la misma razón, lo que obligó a Twitter y Facebook a eliminar las publicaciones del presidente brasileño Jair Bolsonaro.

Como podemos apreciar, no contamos con una gobernanza global que obligue a todos los países a adoptar políticas para contener la propagación de la infección basadas en la evidencia científica, a pesar de que sus acciones puedan representar una amenaza para el resto. Por el contrario, es de suponer que, con la progresiva flexibilización de las medidas de distanciamiento social, el panorama será aún más desafiante. Un proceso de prueba y error en el que tendremos que aprender unos de otros y en

un contexto en el que todos los sistemas de salud están estresados, con pocos recursos y extraordinariamente expuestos.

Hasta acá llegan nuestras recomendaciones. Como hemos tratado de insinuar, creemos que los desafíos que enfrentará la política pública afectarán no sólo al diseño de sus instrumentos, sino también a lo que entendemos por un servicio verdaderamente “público”. A la capacidad organizativa de cada servicio, a la gobernanza pública e incluso a las creencias y valores que justifican las tradiciones administrativas. Esperamos que este listado de temas, que no pretende ser exhaustivo —pues aún ignoramos muchas dimensiones y potenciales efectos del COVID-19— ni exclusivo —dado que comprende otros países además de Chile— permita reflexionar sobre la necesaria renovación de las capacidades administrativas, contribuyendo a la generación de un servicio público más resiliente, equitativo y efectivo.

## Referencias

- Anderson, M., Mckee, M. y Mossialos, E. (2020). Developing a sustainable exit strategy for COVID-19: health, economic and public policy implications. *Journal of the Royal Society of Medicine*, 113(5), 176-178. DOI: 10.1177/0141076820925229
- Baptista, I., Marlier, E., Spasova, S., Peña-Casas, R., Fronteddu, B., Ghailani, D., Sabato, S. y Regazzoni, P. (2021). Social protection and inclusion policy responses to the COVID-19 crisis. An analysis of policies in 35 countries. *European Social Policy Network (ESPN)*. Publications Office of the European Union.
- Burgess, J. y Green, J. (2018). *YouTube: Online video and participatory culture*. John Wiley & Sons.
- Cairney, P. (2021). The UK government's COVID-19 policy: assessing evidence-informed policy analysis in real time. *British Politics*, (16), 90-116 <https://doi.org/10.1057/s41293-020-00150-8>
- Chaturvedi, K., Vishwakarma, D.K. y Singh, N. (2021). COVID-19 and its impact on education, social life and mental health of students: A survey. *Children and Youth Services Review*, (121), 105866. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2020.105866>
- Cook, R. y Grimshaw, D. (2021). A gendered lens on COVID-19 employment and social policies in Europe. *European Societies*, (23), 215-227. DOI:10.1080/14616696.2020.1822538
- Dobson, A. J., y Barnett, A. G. (2018). *An introduction to generalized linear models*. CRC press.
- Drechsler, W. (2018). Beyond the western paradigm: Confucian public administration. *En Public Policy in the 'Asian Century'* (pp. 19-40). Palgrave Macmillan.
- Funk, C., Hefferon, M., Kennedy, B., y Johnson, C. (2019). Trust and mistrust in Americans' views of scientific experts. Pew Research Center, 2.
- Gomez-Marin, J. E., González, A. y Rodríguez-Morales, A. J. (2020). Pandemia COVID-19: Reflexiones sobre su impacto para la preparación en el control de enfermedades infecciosas en Colombia. *Infectio*, 24(3), 141-142.
- González-Bustamante, B. (2020). Evolution and early government responses to COVID-19 in South America. *World Development*, (137). <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2020.105180>
- Gupta, Y., Bavinck, M., Ros-Tonen, M. et al. (2021). COVID-19, poverty and inclusive development. *World Development*, (145), 105527. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2021.105527>
- Habersaat, K. B., Betsch, C., Danchin, M., Sunstein, C. R., Böhm, R., Falk, A. y Butler, R. (2020). Ten considerations for effectively managing the COVID-19 transition. *Nature human behaviour*, 4(7), 677-687.

- Hantrais, L., Allin, P., Kritikos, M. et al. (2020). COVID-19 and the digital revolution. *Contemporary Social Science*. <https://doi.org/10.1080/21582041.2020.1833234>
- Hughes, M. M., Groenewold, M. R., Lessem, S. E., Xu, K., Ussery, E. N., Wiegand, R. E., ... y Stuckey, M. J. (2020). Update: characteristics of health care personnel with COVID-19—United States, February 12–July 16, 2020. *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 69(38), 1364.
- Huebener, M., Waights, S., Spiess, C.K. et al. (2021). Parental well-being in times of COVID-19 in Germany. *Rev Econ Household*, (19), 91–122. <https://doi.org/10.1007/s111150-020-09529-4>
- Hyland-Wood, B., Gardner, J., Leask, J. y Ecker, U. (2021). Toward effective government communication strategies in the era of COVID-19. *Humanities and Social Science Communications*, (8), 30. <https://doi.org/10.1057/s41599-020-00701-w>
- Kennedy, J. (2019). Populist politics and vaccine hesitancy in Western Europe: An analysis of national-level data. *European Journal of Public Health*, (29), 512–516.
- Lebrasseur, A., Fortin-Bedard, N., Lettre, J. et al. (2021). Impact of COVID-19 on people with physical disabilities: A rapid review. *Disability and Health Journal*, (14), 101014444. <https://doi.org/10.1016/j.dhjo.2020.101014>
- Lewandowsky, S., Cook, J., Ecker, U. K., Lewandowsky, S., Cook, J., Ecker, U. K. H. y Newman, E. J. (2021). *Under the Hood of The Debunking Handbook 2020: A consensus-based handbook of recommendations for correcting or preventing misinformation*.
- Reichelt, M., Makovi, K. y Sargsyan, A. (2021). The impact of COVID-19 on gender inequality in the labor market and gender-role attitudes. *European Societies*, 23(1), 228–245. <https://doi.org/10.1080/14616696.2020.1823010>
- Subbian, V., Solomonides, A., Clarkson, M. et al. (2021). Ethics and informatics in the age of COVID-19: challenges and recommendations for public health organization and public policy. *Journal of the American Medical Informatics Association*, 28(1), 184–189. <https://doi.org/10.1093/jamia/ocaa188>
- Torrente, F., Yoris, A., Low D.M. et al. (2020). Sooner than you think: A very early affective reaction to the COVID-19 pandemic and quarantine in Argentina. *Journal of Affective Disorders*, (282), 495–503. <https://doi.org/10.1016/j.jad.2020.12.124>
- Toshkov, D., Carroll, B. y Yesilkagit, K. (2021). Government capacity, societal trust or party preferences: what accounts for the variety of national policy responses to the COVID-19 pandemic in Europe? *Journal of European Public Policy*. <https://doi.org/10.1080/13501763.2021.1928270>

- Vergara, J.I., Leyton, D., Sepúlveda, M., Lagos, G., Tavares, C., Vergara, A. (2023) Imaginaries of the Pandemic in Chile: A Conceptual-Empirical Discussion, en: *Bulletin of Latin American Research*, 42(2), 283–301. <https://doi.org/10.1111/blar.13381>
- Waszak, P. M., Kasprzycka-Waszak, W. y Kubanek, A. (2018). The spread of medical fake news in social media—the pilot quantitative study. *Health policy and technology*, 7(2), 115–118.



## Sobre las y los autores

### **Félix Aguirre**

Es Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, España. Desde 2006 es profesor titular de la Escuela de Sociología de la Universidad de Valparaíso. Sus líneas de investigación son la historia política e intelectual del socialismo y la cultura política contemporánea. Es director alterno del proyecto “Transmisión generacional de memorias sobre el pasado reciente y movilizaciones que disputan el género en el Chile de la posdictadura” (FONDECYT Regular 1210360, ANID). Entre sus publicaciones se encuentra: Cruz, M.A; Aguirre, F. & Eguren, P. (2022). El género en campaña. La construcción visual del género en los carteles de dos campañas electorales durante el Chile de la posdictadura. *Revista Española de Ciencia Política* 59: 143-180.

### **Angélica Barra Pérez**

Es socióloga y Licenciada en Sociología por la Universidad Arturo Prat de Iquique y Magíster en Relaciones Internacionales y Estudios Transfronterizos del Instituto de Estudios Internacionales INTE-UNAP. Sus líneas de investigación refieren a fronteras, movilidad, interculturalidad y género. Su última publicación es: Calquín, C., Cazorla, K., Barra, A., & Vergara, A. (2022). “Ustedes no vuelven hasta el próximo año ¡porque la mamá dijo!” Ethopolítica del cuidado, mujeres y gobierno del riesgo en pandemia COVID-19. *Rumbos TS*, 17(28): 109-129.

### **Carolina Barros Tavares Peixoto**

Es historiadora por la Universidad Federal Fluminense, Magíster en Historia Social por la misma universidad, y Doctora en Poscolonialismos y Ciudadanía Global, por la Universidad de Coímbra. Sus líneas de investigación refieren a los diálogos entre la historia política contemporánea y la literatura; estudios sobre Identidad y Memoria; estudios poscoloniales. Su última publicación es Leyton, D.; Sepúlveda, M.; Vergara, J.; Vergara, A.; Lagos, G.; Peixoto, C. (2023). *Postales Familiares. Diario vivir durante la pandemia por COVID-19 en Chile*. Ocho Libros.

### **Claudia Calquín Donoso**

Es psicóloga por la Universidad de Santiago, Máster en Estudios de Mujeres, Género y Ciudadanía y Doctora en Ciudadanía y Derechos Humanos por la Universidad de Barcelona. Se desempeña como profesora asistente de la Escuela de Psicología de la Universidad de Santiago de Chile y como directora del Magíster en Psicología Educacional de la misma universidad. Es especialista en género y políticas de infancia. Ha sido investigadora responsable de dos proyectos ANID sobre políticas de salud materno-infantil y es actualmente coinvestigadora de un proyecto Fondecyt regular sobre vulnerabilidad y trayectorias educativas. Entre sus últimas publicaciones, se encuentra: Calquín-Donoso, C.; Guerra-Arrau, R. (2023). Entre la familia y el mercado: pobreza femenina en un programa de asistencia social en Chile. *Íconos-Revista De Ciencias Sociales*, (75): 181-200;

### **Fabiola Ibáñez Carrillo**

Es socióloga, Licenciada en Sociología por la Universidad Arturo Prat y Magíster en Ciencias Sociales Aplicada por la Universidad de Tarapacá. Es también académica de la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Arturo Prat. Sus líneas de investigación refieren a género y feminismo. Es académica en el Proyecto InES de Género, ANID de la Universidad Arturo Prat. Su última publicación es: Ibáñez, F. & Stang, F. (2021). La emergencia del movimiento feminista en el estallido social chileno. *Revista Punto Género*, (16):194-218.

## **Germán Eduardo Lagos Sepúlveda**

Es sociólogo y Magíster en Ciencias Regionales por la Universidad de Concepción. Se desempeña como docente de los Departamentos de Antropología y Comunicación Social de la misma universidad. Sus intereses en investigación se relacionan con la ecología política, la relación Estado-pueblos originarios, las metodologías de la investigación y la sociología de vida cotidiana. Actualmente colabora con el proyecto ANID-Fondecyt 1230050 “Sitios de memoria en el Área Metropolitana de Concepción: memorias sociales sobre la catástrofe de la dictadura (1973-1990)” y con el programa ANID Conocimientos 2030 titulado “Abrir y transformar las Ciencias Sociales: diseño de un plan estratégico para la Universidad de Concepción”.

## **Daniela Leyton Legües**

Es antropóloga social de la Universidad de Chile, DEA en Antropología Social por la Universidad Autónoma de Madrid, Magíster en Cooperación Internacional por la Universidad Complutense de Madrid y Dra.(c) en Ciencias Humanas por la Universidad Autónoma de Madrid. Se desempeña como profesora asistente de la carrera de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Concepción, Chile. Sus líneas de investigación remiten a la antropología médica y del cuerpo, cuidados y medicalización de la salud infantil y materna en Chile. Su última publicación es: Leyton, D., Sepúlveda, M., Vergara, J., Vergara del Solar, A., Lagos, G., Peixoto, C. Eds. (2023). *Postales Familiares. Diario vivir durante la pandemia por COVID-19 en Chile*. Ocho Libros.

## **Cristian Ortega Caro**

Es sociólogo, Licenciado en Sociología de la Universidad Arturo Prat, Magíster en Ciencia Política por el Instituto de Estudios Internacionales INTE-UNAP y Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Se desempeña como académico de la Facultad de Ciencias Humanas y del Núcleo SER+T Sociedad, Estado y Región de la Universidad Arturo Prat. Sus áreas de trabajo refieren a Epistemología y Estudios Sociales de la Ciencia, impartiendo cátedra en dichas áreas en pregrado

y posgrado. Ha publicado artículos en la temática, participado en grupos de trabajo, congresos y en diferentes proyectos e instancias referidas a Estudios Sociales de la Ciencia.

### **Mauricio Sepúlveda Galeas**

Es licenciado en Psicología, Universidad de Concepción, Máster en Antropología de la Medicina y Doctor en Antropología, Universidad Rovira i Virgili, Tarragona, España. Se desempeña como docente de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Chile. Sus líneas de investigación refieren al estudio y análisis genealógico de los regímenes fármacosexuales contemporáneos. Sus investigaciones, teórica y epistemológicamente, articulan perspectivas críticas y enfoques posestructurales, fundamentadas empíricamente en un trabajo de carácter etnográfico. Uno de sus últimos artículos en dicha línea es: Sepúlveda, M. & Lucero, J. (2003). Usos de poppers y homoerotismo: hacia una genealogía queer del régimen fármacosexual. *Revista Caracol*, 25: 476-511.

### **Héctor Solórzano Navarro**

Es sociólogo, Licenciado en Sociología, Universidad Arturo Prat, Magíster en Dirección y Gestión de Recursos Humanos, de la misma universidad y Doctorando en Investigación Transdisciplinar en Educación, Universidad de Valladolid, España. Se desempeña como director de la carrera de Sociología de la Universidad Arturo Prat y como académico de la Facultad de Ciencias Humanas. Sus líneas de investigación son la sociología de la ciencia, metodologías cualitativas e interculturalidad. Es investigador del proyecto NODOS ANID Laboratorio Naturales, LabAncestral, Universidad Arturo Prat.

## Jorge Iván Vergara del Solar

Es antropólogo por la Universidad Austral, Magíster en Sociología por la Universidad Católica de Chile, (Santiago, 1993) y Doctor en Sociología por la Universidad Libre de Berlín. Se desempeña como profesor titular en la Universidad de Concepción. Sus líneas de investigación remiten al Estado y los pueblos indígenas, además de la identidad cultural y teoría social. Entre sus libros se cuenta: Vergara, J. I.; Gundermann, H. y Foerster, R. (2013). *Estado, conflicto étnico y cultura*. Santiago, Universidad de Antofagasta-Universidad Católica del Norte, 2013 y Leyton, Daniela; Sepúlveda, Mauricio y Vergara, Jorge Iván et al (Editores) (2023), *Postales familiares. Diario vivir durante la pandemia por COVID-19 en Chile*. Ocholibros.

## Ana Vergara del Solar

Es psicóloga y Licenciada en Psicología, por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Salud Pública, por la Universidad de Chile y Doctora en Estudios Sociológicos, por la Universidad de Sheffield, Reino Unido. Se desempeña como profesora asociada en la Escuela de Psicología de la Universidad de Santiago. Sus líneas de investigación remiten a los estudios sociales de la infancia y los estudios sociocríticos en parentalidades. Es investigadora responsable del proyecto “El involucramiento de niños y niñas en la circulación de cuidados familiares Un estudio de casos en tres ciudades de Chile” (FONDECYT 1220133, ANID). Entre sus publicaciones se encuentra: Vergara, A., Llobet, V. y Nascimento, M.L. (2021) *South American Childhoods since the 90's. Neoliberalisation and children's rights*. Palgrave.



## Agradecimientos

Agradecimientos a las familias que se involucraron en la investigación que dio origen a este libro, por hacernos parte de su intimidad y relatar-nos sus historias y sus búsquedas, incluso en momentos en que la pérdida de personas cercanas y la incertidumbre cotidiana lo hacían todo muy difícil.

Agradecimientos al International Consortium of Studies Investigating Family and Community Transitions during COVID-19 (ICo-FACT), liderado por el Instituto de Educación del University College London (UCL), por habernos integrado en esta valiosa experiencia investigativa, en conjunto con varios países de distintas regiones.

Agradecimientos a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo del Gobierno de Chile (ANID) por otorgarnos el financiamiento que hizo posible desarrollar en nuestro país esta investigación, a través del proyecto “Familias en tiempos de COVID-19: experiencias, desafíos y respuestas de las familias en contextos de desigualdad social” (COVID-0341).

Agradecimientos a las universidades a las cuales pertenecemos por apoyarnos en el desarrollo de la investigación mencionada: Universidad de Santiago de Chile como institución patrocinante, Universidad Diego Portales, Universidad de Concepción, Universidad Tecnológica Metropolitana, Universidad Arturo Prat y Universidad de Valparaíso.

Agradecimientos a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago por haber acogido el proyecto de este libro y hacer posible su edición. Especialmente, a Jorge Castillo, César Zamorano y Consuelo Olguín, que tuvieron la paciencia de darnos tiempo y acompañarnos en ese proceso.

Agradecimientos a Nelson Muñoz por facilitarnos sus hermosas y sensibles fotografías y permitirnos escoger una de ellas para ser incorporada en la tapa de este libro.

Agradecimientos a Alexis Figueroa por captar sutilmente el sentido de nuestro libro y plasmarlo en el texto incluido en su contratapa.

Este libro fue posible gracias al apoyo de la  
Universidad de Santiago de Chile a través de  
la Facultad de Humanidades.

En la presente edición trabajó el equipo  
completo de Editorial Usach:

Director  
Galo Ghigliotto

Equipo editorial  
Catalina Echeverría (editora)  
Andrea Meza (diseñadora)  
Ana Ramírez (diseñadora)  
Consuelo Olgún (editora adjunta)

Equipo administrativo  
Martín Angulo (jefe administrativo)  
Claudia Gamboa (secretaria)  
Daisy Farías (auxiliar de servicio)

Equipo comercial  
Emiliana Pereira (jefa comercial)  
Javier Solís (ventas)  
Pablo Masquiarán (asistente de bodega)



\*

Esta  
primera  
edición de *En  
las grietas de una  
pandemia: experiencias,  
precariedades y gobiernos* se  
terminó de editar en diciembre de  
2023.

Para los textos de portada se utilizó  
la tipografía Patua One; para  
el interior se utilizó la  
tipografía Adobe  
Caslon Pro.



En la historia sociocultural, la pandemia puede ser el actual nombre de un género, acaso “discursivo”, de antigua data y antes nombrado en un arco que va desde el castigo del cielo a las maquinaciones siniestras de aún más siniestros y humanos agentes, que como característica encarnan las intenciones ocultas y la ubicuidad. Los “untadores” de la peste negra del 1600 europeo pueden ser hoy los laboratorios ocultos de experimentación biológica, y el castigo del cielo retorna como la advertencia de una entelequia ecológica superior a la humanidad. Como sea, el nombre está aquí. Actualizado y aquí. Aunque no sea en esencia algo *nuevo*: existe un marcado relato al respecto, que más bien haciéndose eco en lo literario, ha intentado dar con el cuerpo pandémico y de su suceder, en base a testimonios y crónicas —contemporáneamente incluyendo cine, poesía y novela— que enmarcan la situación. Desde el bíblico relato de las plagas de Egipto a la crónica Ibn al-Wardī, fallecido en Alepo a causa de la enfermedad; desde las anotaciones de Abraham Catalano de Padua al *Diario del año de la peste en Londres* de D. Defoe; desde Boccaccio a Pepys y su ácida crónica, desde las anotaciones de Bartolomé de las Casas y la viruela en América, a las noveladas historias de Manzoni, Camus, Soldán, hay todo un mundo de letra y discurso, complementado asimismo y ahora por toneladas de información científica y bits.

Este libro busca indagar en las “grietas” del discurso posible en relación al COVID-19, grietas que implican tanto el cuerpo y su subjetividad, como el otro cuerpo, presente en la autoridad. Lo precario es signo que recorre ambos en una aparente certeza amenazadora, que desde el discurso público ordena. Señala este libro: “Una pandemia es un acontecimiento, una enfermedad y una dolencia, que proyecta una determinada imagen en torno a la cual no sólo coexisten interpretaciones distintas, sino que también compiten entre ellas”. Son algunas aclaraciones vitales, para un escenario darwiniano de la comunicación.

Alexis Figueroa A.

